



J. SELGAS

LA
MANZANA
DE ORO

6

P06565

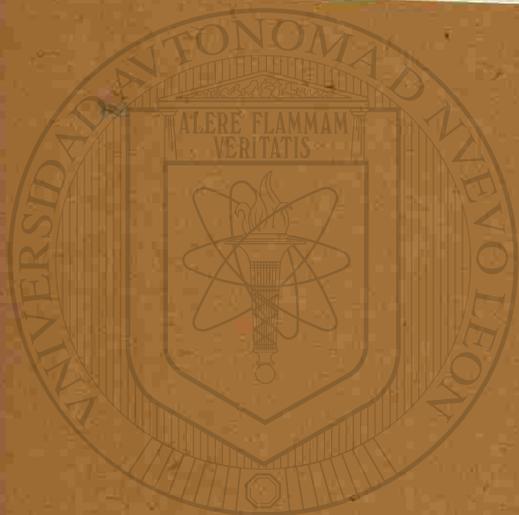
eS4

M3

T.6



1020027385



UANL



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

FONDO
RICARDO GOVARRUBIAS





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

LA MANZANA DE ORO.

Núm. Clas.	SN
Núm. Auton.	S 465 m
Núm. Acc.	33844
Proceden.	- 8 -
Precio	
Fecha	
Clasific.	
Catalogo	



LA

MANZANA DE ORO,

NOVELA ORIGINAL

POR

JOSÉ SELGAS.

VI.

EL DEDO DE DIOS.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

MADRID.

LIBRERÍA DE D. LEOCADIO LOPEZ,
calle del Carmen, 13.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"

Año. 1625 MONTERREY, MEXICO
PARIS.

LIBRERÍA DE D. FRANCISCO BRACHET,
8, rue de l'Abbaye.

1872.

100418

33844

863
5.



PQ6565

54

M3

v.6

FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

DIRECCIÓN GENERAL DE

MADRID: Imprenta de M. RIVADENEYRA. Duque de Osuna, 3.

EL DEDO DE DIOS.

CAPÍTULO PRIMERO.

Vamos á ver cómo las paredes oyen.

—Hermosa Herminia, estáis sumamente pálida, el magnífico azul de vuestros ojos brilla como el cielo cuando el sol se pone, bajo la extensa y ancha sombra de vuestras pestañas. No sonreís sin duda para dejarme ver y admirar el armonioso dibujo de vuestra boca. La tristeza os sienta tan bien como la alegría. Creedme, bella niña; podeis enloquecer al mundo lo mismo sonriendo que llorando. He sabido que habeis pasado la noche agitada, y al saberlo he temblado por vuestra belleza; pero os contemplo y me

tranquilizo. La seriedad que baña vuestro semblante da más precision á la pureza de las líneas; el desórden en que caen vuestros abundantes cabellos realzan la majestad de la frente, sombrean en admirable abandono la suave redondez de la garganta, y queriendo esconder bajo sus arrogantes ondas la graciosa gallardía de los hombros, la descubren en vez de ocultarla. Os lo aseguro, sois el tipo ideal de la mujer, el tipo intachable, el tipo supremo, y os hallais en este instante en la plenitud de la belleza. ¡Oh mi querida Herminia! no os alegréis jamas, os lo suplico, no os peñeis nunca.

De esta manera hablaba Lord Walbrook, muellemente reclinado en una butaca, contemplando á la hermosa Herminia con esa atencion apasionada y fria á la vez con que un artista consumado examina los acabados pormenores de una bella estatua.

La jóven miraba al Lord con la impasibilidad con que las obras de arte se dejan admirar por los artistas. No era, por lo visto, la primera vez que recibia tan lisonjero homenaje, y oia las palabras del Lord, si no con

completa indiferencia, á lo ménos sin satisfaccion y sin sorpresa; ni la sonrojaban ni la envanecian. Ó veia en las alabanzas que Lord Walbrook le tributaba la cosa más justa y más natural del mundo, ó le era de todo punto indiferente ser hermosa y ser celebrada. Yo por mí no me atrevo á resolver el caso, y sólo aconsejo al lector que, si puede, aplace el juicio para más adelante. Entre tanto, oigamos:

—Creo, contestó ella, que habeis equivocado el camino, pues advierto que podriais llegar á ser un gran poeta.

Inclinóse Lord Walbrook en sentido afirmativo, y añadió:

—Sin duda alguna, querida mia. ¡Oh! estoy seguro de ello; si no fuera Lord Walbrook habria sido Lord Byron; pero ya veis, he nacido despues, y volver atras no me trae cuenta.

—Pensais juiciosamente, dijo la jóven; pero decidme, Milord, ¿á qué debo el honor de esta visita? No soleis verme todos los dias, y á la hora en que hoy habeis venido no nos vemos nunca.

— Ciertamente, bella Herminia; y eso os probará que me he apresurado á enterarme por mí mismo del estado de vuestra salud, y por primera vez he penetrado en vuestra habitacion sin anunciarme, y vais á tener la bondad de oír mis excusas. Anoche me desperté en lo mejor de mi sueño; imaginaos que estaba soñando la mayor delicia del mundo; me sentia transportado á..... no sé dónde..... el lugar importa poco, porque no he pensado nunca seriamente adónde iré despues de muerto; pero mi idea fija es el modo de morir, el modo, que es la forma, y la forma lo es todo para mí; soñaba, pues, la muerte más original y más bella que puede imaginarse, cuando..... ya lo he dicho, me desperté. Abrí los ojos y se disipó mi sueño, sin dejarme más que el recuerdo confuso, la imagen indecisa de mi soñada muerte. Desperté como el que resucita, que es la mayor contrariedad que puede afligir á un hombre despues de muerto, y oí ruido dentro del palacio y voces en la calle, y deduje que para tanto alboroto debía ocurrir algun suceso extraordinario. Me encogí de hombros mental-

mente, dí media vuelta y cerré los ojos buscando mi sueño perdido. Esta mañana se ha dignado Tom dirigirme la palabra sin que yo le preguntase, y por él he sabido que habeis pasado muy mala noche, y he venido contra todas las reglas de la costumbre á sorprenderos con esta visita extraordinaria.

— ¡Ah, Milord! exclamó Herminia. ¡Cuánto os lo agradezco!

— Y bien, hermosa niña, ¿qué ha sido ello? preguntó Lord Walbrook.

— Una cosa, contestó ella, parecida á un sueño. Imaginaos que despues de acostada despedí á Mari, que se retiró dándome las buenas noches. Quise dormirme y no pude conseguirlo, porque mis párpados se negaban á cerrarse y mis esfuerzos eran inútiles. Creí que la luz de la lamparilla, á pesar de la pantalla que la cubria, alimentaba el insomnio que se habia apoderado de mí; queria dormirme á toda costa, y ved qué locura, apagué la luz. Entónces, ved qué capricho, tuve miedo de la oscuridad. Era un miedo pueril, tan pueril, que no me determiné á llamar á la doncella, temerosa de que se ri-

yera de un miedo que, como comprendéis, Milord, la hubiera hecho muy poca gracia. Pasaban por delante de mis ojos sombras invisibles y llegaban á mis oídos mudos rumores. Veía todas las luces que tiene la oscuridad y oía todos los ruidos que acompañan al silencio. Comencé á dudar si estaba dormida ó despierta, cuando percibí distintamente el crujido sordo de un vidrio que se rompe.

Lord Walbrook la interrumpió diciendo:

— Todo eso es muy interesante y me tenéis con la boca abierta.

— Pues esto no es nada, dijo Herminia con encantadora naturalidad. Ahora veréis.

— Perdonadme la interrupcion, añadió el Lord, y proseguí; nos hemos quedado en el momento crítico en que cruje un vidrio que se rompe.

Herminia continuó de esta manera:

— No sé lo que hubierais hecho, pero yo alcé la cabeza, que no encontraba descanso sobre las almohadas, y apliqué atentamente el oído. El pasador de una ventana rechinó suavemente. No supe qué pensar y lo pensé

todo. Aparté poco á poco las cortinas de la cama y alargué la mano buscando el cordon de la campanilla, porque estaba resuelta á llamar á Mari. Mas de pronto me asaltó la idea de que otra mano iba á coger la mia. Así permanecí algunos instantes hasta que sentí en el rostro y en las manos como una onda muy suave de aire frio. Entónces reflexioné y estuve á punto de echarme á reir. Os diré lo que me ocurrió. Yo dije: Mari no ha cerrado bien los cristales, el aire ha empujado y se han abierto. ¿No os parece esto muy natural?

— Naturalísimo, contestó lord Walbrook.

— Cobré ánimo, siguió diciendo ella, y quise darme á mí misma una prueba de valor. Alargué el brazo heroicamente, encontré mi bata, me la puse y salté sobre la alfombra.

— ¿Adónde ibais? preguntó Lord Walbrook.

— ¡Oh! contestó la jóven con cierto orgullo: á cerrar yo misma la ventana que Mari se habia dejado abierta.

— Eso fué una temeridad, señorita, re-

plicó Lord Walbrook reconviniéndola con dulzura. Os expusisteis á coger una perlesía, y las perlesías desfigurán horriblemente.

Herminia dejó ver una sonrisa fugitiva y continuó diciendo:

—Yo iba á tientas, y cuando me creí cerca de la mesa de los candelabros, me encontré junto al sofá. Allí me detuve para recobrar el tino perdido. Mas, ¡ay Milord! de repente se iluminó la estancia y me encontré delante de un hombre, cuyo rostro me pareció horrible, y que sorprendido con mi presencia, retrocedió volcando el velador de porcelana. Lancé un grito, mis ojos se oscurecieron, me faltaron las fuerzas y caí desfallecida al pié del sofá. Creo que llamé á Mari..... y..... ya no puedo contaros más.

—Lo comprendo, dijo Lord Walbrook; pero ¿qué quería ese hombre de mi más bello tipo, puesto que se permitió escalar estas habitaciones?

—De mí, nada, Milord, contestó la joven; de vos, todo..... todo cuanto hubiera encontrado á la mano.

Hizo nuestro ilustre inglés un gesto, el

único con que alguna vez en las grandes ocasiones solía alterar la grave serenidad de su impassible rostro; gesto que en buena ortografía venía á ser como un signo de admiración desdeñosa. Despues preguntó á Herminia:

—¿Quereis cambiar de habitaciones? Elegid las que más os agraden, y hoy mismo podeis quedar instalada.

—No, no, se apresuró á decir ella. Estas habitaciones son las que más me agradan; ya estamos prevenidos y no se determinarán á una segunda tentativa; ya veis que el éxito de la primera no es para animar á nadie.

—Gracias á vuestro valor, hermosa Herminia.

—Decid más bien, gracias á mi miedo.

—De todas maneras, añadió Lord Walbrook, es preciso ponerlos á cubierto de un nuevo susto, para lo cual he dispuesto que dos criados de la casa, provistos de excelentes carabinas, vigilen durante la noche los alrededores del palacio por la parte interior de la verja. Para este servicio voy á elegir á Black, cuyos ojos de buho ven al traves

de las más espesas tinieblas, y á Queen, que oye hasta lo que no suena. De este modo podréis dormir tranquila.

La jóven replicó con viveza:

—Ay, Milord, vuestras precauciones me parecen excesivas. Vais á convertir el palacio en una fortaleza. No os falta más que abrir un foso, ponerle un puente levadizo y declararos en plena Edad Media.

—¡Es una buena idea! exclamó lord Walbrook. Reune lo original y lo útil. Veréis; sustituirémos la verja con un muro almenado, abriremos un foso ancho y profundo, tendremos nuestro puente levadizo, y colgaremos de una almena al primer ladron que se presente. Así saldremos de la vulgaridad de estos palacios que parecen de carton, y evitaremos que los malhechores nos sorprendan dentro de nuestra casa.

—Cierto, añadió la jóven; pero advertid que eso sería de malísimo gusto en nuestro hermoso siglo.

—Convengo en ello, señorita; mas yo os pregunto: ¿quereis que nos dejemos robar?

—Ah, exclamó Herminia con cándida

formalidad; ésa no es cuenta vuestra; la sociedad entera pondrá de vuestra parte toda su indignacion el día en que os hayan robado; la inmensa policía que vela por la seguridad de los ciudadanos buscará al ladron aunque sea en el centro de la tierra, encuéntralo, ó no lo encuentre, y el juez instruirá inmediatamente el proceso. ¿Qué más quereis?

—Me habeis convencido, dijo Lord Walbrook muy seriamente; y advierto ademas que la muralla oscureceria estas habitaciones que no quereis abandonar. Os hago, pues, gracia del muro, del foso y del puente levadizo, y reduzco la vigilancia del palacio á los ojos de Black y á los oídos de Queen.

Herminia no insistió aunque parecia algo contrariada, y Lord Walbrook cambió el rumbo de la conversacion, diciendo:

—Sin advertirlo acabais de adoptar la posicion artística en que os vi por primera vez. Estais como en el retrato; la misma palidez, la misma sombra sobre la frente y la misma precision de perfil. Cualquiera diria que os hallais dominada por el mismo pensamiento. Sólo os falta aquella gota de sangre que se

deslizaba por vuestra sien como una lágrima del corazón. ¡Ah! no variéis de postura; os encuentro así perfectamente, juntáis al encanto de la realidad el atractivo del recuerdo. Pronto hará un año que os encontré, y me estais haciendo creer que éste es el primer instante en que os veo. Os copiais admirablemente.

No pudo Herminia contener un suspiro que salió ahogadamente de su pecho, y dijo:

—Por agradable que sea para mí la admiración que desde el primer momento me tributasteis, os aseguro, Milord, que el recuerdo que evocais me entristece.

—Bien, Herminia; no hablemos más de ello. Buscad otro asunto que alimente vuestra conversacion, porque si me lo permitis voy á que me sirvan té en vuestra presencia.

—Yo misma os lo serviré.

Dijo levantándose y haciendo sonar la campanilla con que llamaba á su doncella, la cual, algo más despierta que la noche anterior, se presentó inmediatamente. También estaba pálida la doncella, porque la narra-

cion del suceso la tenía aterrada. Además estaba indignada contra sí misma, y aseguraba que no se perdonaría nunca la torpeza de no haberse despertado á tiempo para auxiliar á su señora.

Ésta, al verla entrar, le dijo:

—Mari, acercad ese velador y despues traednos un servicio de té.

La órden fué inmediatamente ejecutada.

Lord Walbrook tomaba té á cualquier hora. Acercó á sus labios la pequeña taza de china que Herminia le presentó, y saboreando impasiblemente el perfumado líquido, exclamó:

—¡Oh! veo que os aburrís soberanamente. Sois francesa y permanecéis muda. Esto es incomprendible. ¿Qué os preocupa?

—Nada, Milord.

—Estamos en España por vuestro gusto.

—Cierto.

—¿Os cansa ya Madrid?

—No.

—A mí me es indiferente cualquier punto de la tierra; podeis elegir el que gustéis.

—Sois muy complaciente conmigo y os

lo agradezco. La galantería inglesa es muy sería; pero ¡ah! es muy fina. Iré donde me lleveis.

— Puesto que no os desagrada permacer en Madrid, quedémonos. Mas decidme, ¿por qué mostrasteis tanto empeño en venir á España?

— ¿Me permitis hacer una pregunta ántes de daros la respuesta?

— Hacedla.

— Pues bien, Milord, ¿por qué os sorprende ahora el empeño que entónces tuve?

— Os lo diré : porque ahora veo que habeis venido á Madrid á sepultaros, y no me parece la córte de España mejor cementerio que la capital de Francia. En París os dejabais ver, no erais allí tan avara de vuestra hermosura, y aunque es verdad que preferiais los sitios retirados y solitarios, huyendo de las grandes concurrencias, no obstante, creo que ibais con frecuencia al teatro de la Ópera. Yo os vi alguna vez en vuestro palco. Pues bien, aquí os habeis encerrado entre las cuatro paredes del palacio, ó mejor dicho, en estas habitaciones..... Salis, es cierto, pero llevais siempre cerrada la berlina.

Estoy seguro de que nadie os ha visto aún. Mas veo que tampoco os agrada esta conversacion, y reconozco que ha sido una impertinencia suscitarla.

— No, Milord, replicó ella; hablemos de esto; es un asunto como otro cualquiera, y quizá me complace más de lo que creéis, porque me agrada vuestra curiosidad, y las mujeres somos así; nos gusta mucho interesar, y nada interesa tanto como un secreto. La mujer que consiga hacerse incomprendible tendrá un atractivo más á los ojos de los hombres, que se empeñan en comprendernos. Creedme, en mi conducta se encierra un gran secreto.

Al terminar estas palabras dejó oír una dulce carcajada, la misma que Lanuza oyó apoyado en la pilastra de la verja la noche que vió el perfil de Mari. Por un movimiento, cuya naturalidad no podia ser dudosa, á la vez que se reía volvió Herminia la cabeza, echando una ojeada hácia uno de los ángulos de la habitacion contiguo á la cama, y siguió diciendo :

— Un gran secreto, Milord, que me he

reservado sin más fin que el de poner á prueba el alcance de vuestra perspicacia; ya veis si pienso en vos. Yo me pregunté: ¿qué haría para distraer á Lord Walbrook, que se matará el día que encuentre la muerte que busca? y no supe qué contestarme. Quise venir á Madrid y vinimos, preferí la soledad á la compañía, me escondí para ver sin ser vista, y me dije: los curiosos se harán lenguas, y Lord Walbrook querrá muy justamente conocer la razon de mi conducta. Pero hé aquí que Lord Walbrook no piensa en semejante cosa, y experimento un terrible desengaño al ver que un secreto no le inspira interes. Imaginaos, Milord, cuán agradablemente me habréis sorprendido al dejarme entender que tambien vos deseais penetrar mi secreto. Mi satisfaccion es completa, puesto que os he hecho sentir algo, aunque este algo no sea más que curiosidad. Ahora bien; ¿quereis sondear el misterio? pues poned en ejercicio vuestra perspicacia. Dejad de pensar en la muerte, que no encontráis, y pensad en mí, que estoy en vuestra presencia; adivinadlo.

Lord Walbrook tuvo la bondad de sonreirse, y exclamó:

—¡Oh! me proponéis un enigma sumamente fácil.

—Descifradlo pues.

Miró el inglés atentamente á la jóven, y ésta bajó los ojos; él dijo:

—Sentiria haceros perder vuestras ilusiones.

—¿Sin duda conocéis mi secreto? preguntó Herminia.

—Sin duda, contestó impasiblemente Lord Walbrook.

Esta vez fueron los hermosos ojos de la jóven los que se clavaron en el semblante de Lord Walbrook; pero era imposible leer en la cara del inglés ni una letra de su pensamiento; presentaba la seriedad de un libro cerrado.

—¡Imposible! exclamó ella redoblando la atencion de su mirada.

—Imposible, repitió Lord Walbrook. Vos lo decis, y sin embargo tratáis de leer en mi rostro lo que apenas podeis ocultar en el vuestro.

Un ligero matiz sonrosado se extendió por las mejillas de la jóven. La inesperada salida del Lord la había desconcertado.

— Bien, añadió reponiéndose; si sabéis mi secreto, decídmelo.

Volvió á sonreirse Lord Walbrook, y esto era extraordinario, porque en tan poco tiempo no se había sonreído jamas dos veces. En verdad, no le hizo á Herminia mucha gracia esta segunda sonrisa, y no pudo disimular su sorpresa cuando le oyó decir:

— Vuestro secreto no me pertenece, y por lo tanto no tengo derecho á decirlo ni á vos misma. Además, sería cruel que por daros una prueba del alcance de mi perspicacia mortificáramos vuestros oídos con un relato que os debe ser enojoso. Moveis la cabeza con ademán incrédulo tentando mi vanidad, y no obstante, me resisto; sería una imprudencia hablar de lo que tan secretamente guardais, porque ya sabéis que las paredes oyen.

Palideció Herminia, y sonriéndose dijo:

— Me dejais convencida. Conoceis la mitad de mi secreto; pero me permitiréis que

os diga que no lo ha sorprendido vuestra perspicacia. Confesadme que os lo han contado. ¿Quién, Milord, quién os ha hecho esa confidencia?

— Imaginaos, hermosa Herminia, quién pudo ser. ¿No lo adivináis? pues os lo diré; me lo contó detalladamente el.....

Herminia se puso de pié súbitamente, y extendiendo la mano sobre el rostro de Lord Walbrook como queriendo contener la palabra que iba á salir de sus labios, exclamó:

— No, no pronunciéis su nombre.

— ¡Por qué!..... preguntó el Lord, admirado de tan repentino arranque.

— Porque..... contestó ella soltando una nueva carcajada. Vos lo habeis dicho: «las paredes oyen.»

— Ciertamente, así lo he dicho; mas como ha muerto.....

— ¡Muerto!.....

— Sí.

Dejó caer la jóven la cabeza sobre el pecho murmurando:

— No lo sabía.

— Perdonad mi indiscrecion, creí que es-

tabais enterada de su muerte, y ahora advierto que como vivís tan solitaria no sabéis nada de lo que pasa en el mundo. Mas tranquilizaos, pues en verdad no tenéis grandes razones para llorarle. Es un error creer que los desengaños son tristes, cuando ellos son los que más enseñan.

Alzó Herminia su gallarda cabeza, echando hácia atrás los dorados rizos que coronaban su frente, y cruzando los brazos con suprema arrogancia, dijo:

—Milord, ¿no habeis sentido nunca en vuestra alma la centella de la venganza?

—¡Oh! contestó el inglés; la venganza es el placer de los dioses.

—¿Qué habriais hecho, siguió diciendo la jóven, con el yankee que os robó la felicidad de la muerte que habiais soñado?

—¡Ah! exclamó Lord Walbrook apretando los puños con semblante impasible.

—Pues bien, continuó ella; á mí me han robado la felicidad de mi vida, y necesito vengarme. Ahí tenéis todo mi secreto.

—Soberbia actitud, exclamó el Lord contemplando á Herminia. La indignacion os

sienta tan bien como la tristeza, y el dolor os hace tan bella como la alegría. Sois un tipo admirable. No os movais; que recoja yo todos los detalles artísticos de vuestra actitud.

Y poniéndose de pié buscó el punto de vista adelantando y retrocediendo, como quien examina una estatua.

—Bien, prosiguió diciendo; los pliegues de vuestra bata caen soberanamente. Poseeis la belleza original, sois el primer ejemplar de mi coleccion; es decir, el primer ejemplar del mundo. Vengaos, hermosa criatura, mas no abuseis del placer de la venganza, que puede trastornar la armonía de vuestra belleza.

Y retirándose poco á poco, andando de espaldas para no dejar de ver la figura que excitaba su fria admiracion, retrocedió hasta la puerta, echó la última ojeada, y haciendo un movimiento de aprobacion salió de la estancia, diciendo:

—Sólo *Bel-Khrer* es tan bello como Herminia.

En cuanto Lord Walbrook hubo desapa-

recido, corrió Herminia á la puerta por donde lo habia visto salir, y allí se detuvo un momento hasta que las pisadas del ilustre Lord se perdieron en la bóveda de la escalera interior que subía al piso principal del palacio. Entonces cerró la puerta, asegurándola por medio del pasador, y atravesando la estancia con pasos majestuosos que marcaban con riguroso compas la graciosa cadencia de sus movimientos, se dirigió al extremo opuesto murmurando entre dientes:

—Vamos á ver si las paredes oyen.

Allí aplicó la mejilla al papel aterciopelado de que estaban vestidas las paredes, y dijo con voz apagada pero penetrante:

—¿Habéis oído?

El muro recogió estas palabras, y una voz interior, semejante á un soplo, contestó:

—Sí.

CAPÍTULO II.

La primera escaramuza.

Inmediatamente despues que la pared interrogada contestó *sí*, apartó Herminia un sillón que ocupaba aquel ángulo de la pieza, oprimió con su dedo sonrosado el botón amarillo de una de las flores que matizaban el papel de las paredes; el muro se estremeció crujendo interiormente, y se abrió de pronto.

—Salid, dijo la jóven, y una sombra apareció en el umbral, haciendo retroceder á Herminia, asustada al verla dibujarse en la oscuridad del hueco que formaba la puerta.

—¡Caballero! exclamó, comprendo muy bien que habréis pasado una noche horrible encerrado en esa pequeña pieza estrecha como un ataúd y oscura como un sepulcro,

recido, corrió Herminia á la puerta por donde lo habia visto salir, y allí se detuvo un momento hasta que las pisadas del ilustre Lord se perdieron en la bóveda de la escalera interior que subía al piso principal del palacio. Entonces cerró la puerta, asegurándola por medio del pasador, y atravesando la estancia con pasos majestuosos que marcaban con riguroso compas la graciosa cadencia de sus movimientos, se dirigió al extremo opuesto murmurando entre dientes:

—Vamos á ver si las paredes oyen.

Allí aplicó la mejilla al papel aterciopelado de que estaban vestidas las paredes, y dijo con voz apagada pero penetrante:

—¿Habéis oído?

El muro recogió estas palabras, y una voz interior, semejante á un soplo, contestó:

—Sí.

CAPÍTULO II.

La primera escaramuza.

Inmediatamente despues que la pared interrogada contestó *sí*, apartó Herminia un sillón que ocupaba aquel ángulo de la pieza, oprimió con su dedo sonrosado el botón amarillo de una de las flores que matizaban el papel de las paredes; el muro se estremeció crujendo interiormente, y se abrió de pronto.

—Salid, dijo la jóven, y una sombra apareció en el umbral, haciendo retroceder á Herminia, asustada al verla dibujarse en la oscuridad del hueco que formaba la puerta.

—¡Caballero! exclamó, comprendo muy bien que habréis pasado una noche horrible encerrado en esa pequeña pieza estrecha como un ataúd y oscura como un sepulcro,

que Mari ha destinado á ropero. Mas ¡Dios mio! vuestra palidez es extremada, el desórden de vuestro semblante me aterra.....

En efecto, no era Lanuza, era más bien el cadáver de Lanuza el que asomaba por la puerta.

—Señora, contestó adelantándose, el desórden que advertís en mi semblante no es más que indicio del desórden de mis ideas. Durante la noche he temblado por vos. A cada instante temia ver abrir la puerta que me ocultaba, sin que yo hubiera podido impedirlo, y me estremecía pensando la desgracia que podia ocasionaros mi presencia. Despues percibí los primeros rayos del dia, cuyo vago resplandor penetraba débilmente en mi escondite, luégo oí vuestra voz, y me pareció tan tranquila y tan serena, que mis temores de ser descubierto empezaron á disiparse. Os oí despedir á vuestra doncella haciéndole entender que deseabais estar sola, y esperé con ansiedad indecible el instante de volver á veros, es decir, el momento de libraros de mi presencia. Me pareció sentir vuestra mano sobre la pared buscando el

boton que abre esta puerta y respiré; mas la puerta permaneció inmóvil, y llegó distintamente á mis oidos la voz de Lord Walbrook.....

Herminia lo interrumpió diciéndole :

—Sentaos, os veo muy conmovido, adivino la causa y os lo agradezco. Por mi parte, no he podido ántes sacaros de vuestro escondite. Desde el suceso de anoche este es el primer momento que me dejan sola. Por lo demas, tranquilizaos; nuestra situacion es bastante difícil, pero vos me ayudaréis á discurrir un medio seguro para salir de este apurado caso.

Dicho esto, hizo sentar á Miguel. Tomó agua de la cafetera, que mantenía caliente el fuego de la chimenea, y le sirvió una taza de té diciendo :

—No es un gran alimento, pero os veo tan agitado que no me atrevo á mandar que os sirvan el almuerzo.

—¡Señora! exclamó Lanuza.....

—No os asustéis, añadió ella, podréis almorzar sin ser visto; pero miéntras tanto tomad esa taza de té y aguzad el entendimien-

to, porque ya veis, no es posible que os resignéis á ser perpétuamente mi huésped. Y os vuelvo á preguntar: ¿Habeis oido á Lord Walbrook?

—Sí, contestó Miguel, lo he oido todo.

—En ese caso sabréis que es imposible burlar la vigilancia que desde esta noche va á establecer al rededor del palacio. Vuestra salida va á ser más difícil de noche que de día, y de día es imposible que salgais sin ser visto.

Miguel contestó:

—Ni siquiera puedo hacerlos el sacrificio de mi vida.

—Es que áun cuando pudierais, replicó Herminia, sería inútil, porque yo no aceptaría ese sacrificio.

—¿Qué os importa mi vida?

—Mucho.

—¿Por qué?

—Porque la habeis expuesto por la mía, y habeis sido bien cruel por cierto.

—¿Acaso no deseais vivir?

—No.

—¿Qué decis!

—Digo que la vida me es indiferente, como nos es indiferente el estuche despues que nos han robado la alhaja.

—Ved qué singular coincidencia, añadió Miguel; á vos os es indiferente la vida y á mí me es insoportable.

—Hé aquí, dijo Herminia queriendo sonreirse, una situacion bien original. Somos dos personas que no nos conocemos, que ignoramos hasta nuestros nombres, que nos vemos metidos por un suceso imprevisto en un callejon sin salida; que me salvais generosamente de las manos de un asesino y poneis al mismo tiempo mi honor en grave compromiso; los dos estamos desesperados, y no obstante, no podemos hacernos servir un fúnebre banquete para beber en el vino de los postres el veneno de los Borgias. Esto sería sublime, digno sin duda alguna de nosotros, pero es imposible; porque vos no querréis deshonoraros ni deshonorarme, y yo no puedo consentir que caiga sobre nuestra memoria el baldon póstumo de una perpétua ignominia. Mas debemos consolarnos, pues ya no privan los espectáculos román-

ticos, pasó la moda, y nuestros cadáveres harían un efecto deplorable, nuestra sublimidad nos llevaría al más soberano ridículo.... Ay, amigo mío, es preciso vivir; doblemos la cabeza ante el rigor de nuestra suerte y vivamos.

Miguel oyó todo esto más que con sorpresa, con espanto, creyendo unas veces que en el seno de aquella mujer hermosa como un ángel se ocultaba un corazón despedazado por grandes infortunios, y pensando otras veces que detrás de aquellos ojos soberbiamente rasgados, en cuyo azul profundo brillaban los resplandores del cielo, se escondía la frialdad desconsoladora y sarcástica de un alma insensible.

En verdad, la hermosura de Herminia presentaba la suavidad apacible de las almas serenas y la dulce expresión con que se revelan á los ojos los corazones tiernos. Su belleza desmentía sus palabras; mas ya sabemos que la Providencia permite que la naturaleza deposite mortales venenos en el cáliz de las flores más bellas.

Miguel experimentaba, bajo la influencia

de la hija de Lord Walbrook, una fascinación irresistible; sentía en el alma esos escalofríos de la fiebre, que abrasan y hielan á la vez la sangre. La imagen de Herminia se repetía en el fondo de su pensamiento, como un recuerdo perdido en las misteriosas selecciones de la memoria; la voz de la joven resonaba en los oídos de su alma, como un eco lejano. Tenía miedo de acercarse demasiado á ella, y no encontraba en su voluntad fuerza bastante para separar la mirada de su rostro. Se asomaba, si ustedes me permiten decirlo así, á la boca de su corazón, y lo veía oscuro y profundo como un abismo, y sentía el vértigo con que los abismos atraen á los que se empeñan en sondear sus profundas oscuridades.

En esta situación de ánimo, poco más ó ménos, se encontraba nuestro héroe delante de la bella hija de Lord Walbrook, ante la que se inclinó diciendo:

— Comprendo, señora, que soy aquí un huésped más molesto que peligroso, pues por muchas que sean las dificultades que se opongan á mi salida, y por grande que sea

en mí el temor de comprometeros, veo que os hallais bastante tranquila y envidio vuestro valor, y os lo agradezco, porque me devolveis la serenidad, que empezaba á faltarme. Me haceis notar que nuestra situacion es más cómica que dramática, pues habeis tenido la bondad de burlaros de ella en vuestras últimas palabras, llenas de ironía. Reconozco la superioridad que sobre mí ejerceis, y me resigno á desempeñar en este caso el papel subalterno que me corresponde.

—Os equivocais, replicó ella; nuestra situacion es sumamente comprometida, y puesto que mostrais cierta predileccion por las escenas fuertes, os diré que es horrible. Os anuncio que no saldremos con bien del paso en que estamos metidos. No teneis salida.

—Así veo las cosas, contestó Miguel, y si vos no haceis un milagro, convirtiéndome en sér invisible, preciso será que os resigneis á darme hospedaje por algun tiempo.

Y diciendo esto se reclinó en el sillón en que estaba sentado, con el aire del que toma posesion de su casa.

Herminia lo miró un instante y le dijo:

—Habeis adoptado el ademan, el estilo de la alta comedia, que es de muy buen efecto, y siento que no tengais espectadores, porque os aplaudirian furiosamente. Yo no puedo aceptar tan temeraria competencia, y os desafio en el terreno trágico, os miro con majestad soberana y os pregunto: ¿Qué hado fatal os ha traído cerca de este palacio? ¿En qué hora aciaga habeis penetrado en esta solitaria estancia? ¡Infeliz de mí é infeliz de vos! ¿qué terrible destino es el que nos une con invisible mano, cuando un abismo nos separa? Decidme en nombre de los dioses, ¿qué ciego impulso os arrastró al pié de la verja? ¿qué funesta generosidad os hizo penetrar hasta aquí?.....

—¡Bravo!..... exclamó Miguel.

La jóven hizo un movimiento de impaciencia y se sentó diciendo:

—Dejad los aplausos para despues y contestadme. Pero no os tomeis esa molestia; yo os lo diré. El palacio de Lord Walbrook encerraba un secreto..... un secreto que debia ser muy interesante, puesto que era muy

difícil averiguarlo. ¡Quién sabe lo que se puede ocultar en una berlina tenazmente cerrada!..... Semejante capricho tiene el grave inconveniente de atraerse las vivas miradas de la curiosidad. Todos desean penetrar el secreto, pero Lord Walbrook permanece mudo, el palacio inaccesible y la berlina continúa siempre cerrada. Yo comprendo que esto debía ser insoportable, y que la impaciencia pública dedicaría su actividad á buscar en las suposiciones la clave del enigma. Vos sois un jóven brillante, honor de la sociedad en que vivis. Gozáis la celebridad de vuestra fortuna, sobre todo de vuestra fortuna con las mujeres, pues yo creo, perdonad mi ingenuidad, que en este punto habeis de ser muy afortunado. No bajeis los ojos con inútil modestia, llevais en el semblante la satisfaccion de vuestras conquistas. Vivis con opulencia, amais con inconstancia y poseeis un hermoso caballo. Os he visto manejarlo con destreza. Pero esto sin duda no bastaba á vuestra gloria, acaso os encontrabais descontento de vos mismo y deseabais una ocasion propicia en que pudierais

renovar vuestra celebridad, cuando hé aquí que el secreto de Lord Walbrook se os ofrece como una empresa digna de vos. No me interrumpais, yo rectificaré. Acaso no pensasteis en semejante cosa, convengo en ello; pero no me negaréis que recibisteis con agradable sorpresa la inesperada noticia de que no estaban para vos cerradas las puertas del palacio de Lord Walbrook. Vinisteis con Sir Packet y nada pudisteis averiguar. Visteis una sombra y un retrato; hé ahí todo lo que sacasteis de vuestra visita. Mas esa sombra y ese retrato avivaron vuestra curiosidad. Descubrir el secreto de Lord Walbrook era elevaros á una altura incommensurable, era conseguir un triunfo que os habia de proporcionar la admiracion de todos los curiosos, y os propusisteis averiguar de noche lo que no podiais penetrar de dia y, ya lo veis, habeis tenido la fortuna de conseguirlo.

— Señora, exclamó Miguel con acento de sinceridad ofendida, ¿creeis que la escena de anoche fué obra mía, empleada como supremo recurso para escalar yo mismo vuestras habitaciones?

— No, contestó la jóven, no puedo creer eso, estoy completamente segura de lo contrario. Sería en mí insensata semejante sospecha.

— Ahora, continuó Lanuza, necesito sincerarme de otro cargo que me habeis dirigido, confundiéndome con el tropel de curiosos empeñados en inquirir el secreto de la berlina misteriosa. Os juro que no es la curiosidad la que me ha traído muchas noches á rondar vuestras ventanas. El secreto de Lord Walbrook me fué indiferente hasta que vi vuestro retrato; entónces sentí un vivo deseo de conoceros.

— ¡ Ah! exclamó Herminia sonriendo, explicaos.

— Me explicaré, y os suplico que no heis mis palabras con el frio mortal de vuestras burlas.

— Os lo prometo.

— Pues bien, vi vuestro retrato..... y.....

Herminia lo interrumpió diciendo:

— Esperad un momento, porque yo tambien tengo que hacer os una súplica. Os debo la vida, esta vida que habeis salvado con

generoso aturdimiento. Nos hallamos en una situacion bastante singular. Vos no podeis huir y yo no puedo abandonaros, y es claro que aprovecharéis la oportunidad de tan rara aventura para dejar ver los naturales impulsos de vuestro genio emprendedor. No me sorprende; en vuestro caso pocos se creerian dispensados de sentir por mí algo parecido á un amor repentino. Ya sé yo que procederéis con suma delicadeza, que os pondréis á la altura de las circunstancias, que guardaréis todas las reservas necesarias, y que haréis todas las salvedades convenientes; pero, en suma, como otro cualquiera acabaréis por hacerme entender que os he inspirado un amor eterno. Esto es indispensable en nuestra situacion; está en carácter, es muy propio del caso, y no ha de causarme admiracion ni enojo. Mas por Dios os suplico que no habeis de mi extraordinaria belleza; dispensadme de oír impertinentes alabanzas, libradme esta vez siquiera de esas lisonjas con que los hombres vulgares seducen la vanidad de las mujeres más vulgares aún. Decid que me amais, y lo oiré con tranqui-

lidad y hasta con gusto, pero no hagais la milésima edicion de mi retrato, no me martiriceis con el inventario de mis perfecciones, porque vais á aparecer á mis ojos soberanamente insoportable y completamente insulso. Ahora proseguid.

Semejante salida dejó á nuestro héroe textualmente cortado y sin retirada; era un golpe de mano que le cogia desprevenido y lo arrojaba fuera de las posiciones de su pensamiento, sin saber dónde refugiarse. Era una acometida imprevista, que introducía la confusion en sus ideas, el espanto en sus sentimientos y el desórden en sus palabras. No supo qué replicar, y se quedó mudo, atónito, estupefacto.

Era la primera mujer que veía lanzarse heroicamente contra la alabanza que iba á besar dulcemente los piés de su hermosura, anticipándose á ella y vencéndola con valor increíble. Miguel se sintió humillado, y sacando fuerzas de la flaqueza de su amor propio, inclinóse con afectada cortesía y dijo:

—Os aseguro que no pensaba ofender vuestra modestia con alabanzas impertinen-

tes. Podeis creerme, porque os juro que vuestra belleza, por admirable que sea, no ha conseguido sorprenderme por la novedad. La impresion que me ha causado se parece mucho á la que experimentamos al ver el retrato de un original conocido. Permitidme, pues, que admire vuestra belleza; pero advertid que no es vuestra belleza la que admiro, sino vuestra semejanza.

—¡Oh! exclamó la jóven llevándose la mano á la boca en ademan de contener la risa que comenzó á dibujarse en sus labios. Esto sí que es gracioso y original y sumamente nuevo. ¿Os admirais de que yo me parezca á mí misma?

—Me maravilla, contestó Miguel, que deis á mis palabras el sentido que de tal modo despierta vuestra hilaridad, pues á pesar de vuestra modestia me dejais sospechar que acaso os creéis única en el mundo.

Esparciose en el semblante casi risueño de Herminia, una seriedad repentina, á la manera que suele oscurecerse la claridad del cielo cuando interrumpe los rayos del sol un celaje fugitivo, despues del que parece que

33844

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1625 MONTERREY, MEXICO

brilla con más fuerza su luz inagotable. Esto, poco más ó ménos, ocurrió en el semblante de la jóven, pues la sonrisa reapareció en sus labios, disipáronse las sombras de su rostro, y prorumpió en una carcajada, en la misma carcajada que hacia estremecer á Lanuza siempre que la oía.

—No os enfadeis conmigo, le dijo con cariñoso acento; mi risa no debe ofenderos; ántes bien debe persuadiros de la complacencia con que os escucho. No es posible hablar con vos formalmente. Teneis el privilegio de llevar mi atención de sorpresa en sorpresa, y ahora os veo empeñado en convencerme de que yo soy otra, ó de que hay otra que soy yo. Explicadme eso, que os prometo oiros sin pestañear; me vais á tener encantada.

Miguel se aplomó sobre el asiento que ocupaba como el jinete que se afirma en la silla, y contestó diciendo:

—Sois terrible, señora; pero me siento con valor bastante para arrostrar vuestra burla. ¿Qué queréis? Por raro que os parezca el caso, yo os repito que sois la misma y sin

embargo sois otra. Vuestras facciones, vuestra voz, lo azul de vuestros ojos, lo rubio de vuestros cabellos, forman un conjunto, en el cual sois ella con decidida semejanza. Cuanto más os contemplo, cuanto más atentamente os examino, más fielmente se une vuestra imágen á mi recuerdo, y siento poderosos impulsos de preguntaros quién sois; pregunta inútil, que se detiene en mis labios, porque fuera de la viva semejanza que vuestra belleza ofrece, todo lo demas me dice que no sois ella.

—Vamos, dijo Herminia, ya os voy comprendiendo: me amabais ántes de conocerme, ó más bien vais á hacerme el amor por sustitucion. El método no es enteramente nuevo, pero está poco usado. Vais á hablar-me de una mujer á quien habeis amado con toda vuestra alma, de la cual soy yo un vivo retrato; excusado es decir que esa mujer despertó en vos el primer cariño, el dulce fuego de las primeras miradas, las tiernas ánsias de los primeros suspiros. En mi presencia, por la fuerza retrospectiva del parecido que en mí encontrais, se renueva en vuestra me-

moria el recuerdo de aquellas delicias pasadas, de aquellos sueños desvanecidos, de aquellas esperanzas perdidas; se renueva todo el encanto de aquel amor fugitivo, que brilló en el cielo de vuestra vida como un relámpago, ó más bien como aurora pasajera. En mí veis la imagen de aquella mujer querida, veis en mis ojos sus miradas, en mis labios sus sonrisas, y oís su voz en mis palabras. Sois un seductor temible, vuestro recurso es de un efecto seguro. Ya veis que yo lo he comprendido, y no obstante, os confieso que ese amor que mi presencia os recuerda, me inspira interes. Por de pronto habeis cautivado mi curiosidad, y aunque eso no es bastante, siempre es algo. No me negaréis que soy ingenua.

Miguel contestó :

—Sobre todo, sois perspicaz.

—Mucho, añadió ella.

—En ese caso no se os ocultará la poderosa influencia que ejercéis sobre mí.

—Sí, reconozco que brillo á vuestros ojos como la luna con la luz que el sol le presta; mas me conformo con mi suerte.

Contadme la historia de ese primer afecto, que llenó vuestro corazón de dulces esperanzas. Será un tierno idilio; imaginaos que yo soy *ella*. Esperad : para que el efecto sea seguro y la ilusion completa, decidme ante todo si era altiva ó humilde, triste ó risueña; si poseia la encantadora malicia de las mujeres ó la sencilla inocencia de los ángeles. Dadme una idea de su alma, porque quiero en todo parecerme á ella.

—Su alma, contestó Miguel, se reflejaba en su semblante como en un espejo; por sus ojos miraba la inocencia, la bondad sonreía en su boca.

Tomó Herminia la actitud más candorosa del mundo, alzó los ojos con expresion compasiva, y reprimiendo apénas el impulso espontáneo de un suspiro indiscreto, preguntó con tristeza :

—¿Y os olvidó?

—Sí, contestó Miguel.

Hubo un momento de silencio, durante el que movió Herminia la cabeza con aire reflexivo. ¿Era lástima ó duda? Miguel no supo á qué atenerse, y añadió :

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA T. RIA
"ALFONSO REYES"
1625 MONTERREY, MEXICO

—El mundo se interpuso entre nosotros.

Lo creo, dijo ella, porque ésa es precisamente mi historia. Nos une el lazo de la misma desgracia. Ay, añadió lanzando un suspiro del fondo de su alma, ¡era yo tan dichosa!

Miguel se mordió los labios, diciendo:

—Con Lord Walbrook habeis hablado de venganza.

—Sí; el amor se venga amando.

—No es una venganza muy terrible.

—Más de lo que imagináis.

Vaya V. á penetrar en los abismos del corazon humano, y acabará por perderse en sus profundas oscuridades. Miguel ha oido desde su escondite la conversacion de Herminia con Lord Walbrook y ha experimentado un pesar indecible al comprender que la jóven es víctima de un amor desgraciado. Y no es compasion la que siente; son celos; celos inexplicables, y por lo mismo más agudos y más crueles. Ya se ve; lo singular de la aventura, el éxito feliz con que habia acudido en su socorro, la belleza deslumbradora de la misteriosa hija del excén-

trico inglés, eran circunstancias bastantes para levantar en la imaginacion irreflexiva de un jóven el fantástico edificio de un amor novelesco. Pues añádase á esto la semejanza de Herminia con Magdalena, y lo que es más, toda una noche escondido por ella misma, oyendo al traves de la pared su voz, sus palabras, sus respiraciones, sus pasos, y será preciso convenir en que Miguel tenía razon bastante para abandonar su pensamiento á las locas esperanzas de una pasion impetuosa, cuyo gérmen llevaba en el fondo del alma en el recuerdo de Magdalena. No sentia, segun él pensaba, el fuego de una pasion repentina, sino el dulce, el apacible calor de una ternura resucitada; porque Herminia era Magdalena; pero Magdalena realzada por la opulencia, engrandecida por el lujo, adornada con todos los encantos de una educacion brillante. La habia dejado en una boardilla y la encontraba en un palacio. La costurera se convertia á sus ojos en reina. Magdalena fué la aurora, cuya tímida claridad anuncia el dia; Herminia era el sol que inunda el cielo con sus resplandores; fué la primera la

vision fugitiva de sus sueños, y era la segunda la realidad resplandeciente de la mujer soñada. Confundiendo á las dos en un mismo sentimiento, podía adorar á Herminia y amar á Magdalena; en su corazón, la una no era más que la continuación de la otra.

Herminia, hija de Lord Walbrook, bien podía sustituir á Magdalena, hija de Juana. Ésta era un dulce recuerdo, aquélla una bella esperanza, y ambas, uniéndose como la noche que se aleja y el día que se adelanta, envolvían su espíritu en las dulzuras de lo pasado y en las delicias de lo porvenir. ¡Hermoso crepúsculo!

Acaso este doble modo de sentir no se sujete á las severas reglas de la constancia, pero téngase en cuenta que si en el pensamiento de nuestro héroe había dos nombres, en su corazón no se encontraba más que una imagen.

En tal situación de ánimo, ¿qué había de hacer durante el tiempo que permaneció encerrado en su escondite? Lo que cualquiera de nosotros habría hecho en su lugar; lo que hace el pájaro inquieto preso entre los

dorados alambres de la jaula. Agitó las alas de su imaginación, voló por los espacios imaginarios que abría á sus ojos risueña fantasía; y saltando de pensamiento en pensamiento, de deseo en deseo, de esperanza en esperanza, soñó despierto realidades de quiméricas delicias, aspirando con ansia los delicados perfumes que le ofrecía la virginidad de aquel corazón, que, por supuesto, daba ya por suyo.

No debe sorprendernos semejante confianza; ninguna mujer es insensible al beneficio de verse tan audazmente socorrida en momentos tan críticos y de un modo tan extraordinario. Herminia, cuando ménos, debía sentir gratitud hácia aquel hombre desconocido, que tan noblemente se había interpuesto entre ella y el asesino. Después debía experimentar admiración, la admiración que causa el valor. Realmente, su situación era para concebir esperanzas, y en honor de la verdad, pocos hombres se habrán visto en mejores condiciones para concebir las. La cosa se le presentaba bajo tan felices auspicios, que no había más que coser y cantar.

Imaginémonos ahora el efecto que en él causaría la conversacion habida entre Herminia y Lord Walbrook, cuya parte importante he relatado en el capítulo anterior, y de la que no perdió palabra. Nunca es más terrible una puñalada que cuando ménos se espera. Verse precipitado desde las alturas de las más risueñas esperanzas al abismo del más cruel desengaño, es una caída mortal. Todo el castillo de naipes de su felicidad vino al suelo, y al abrirse aquella estancia, estrecha como un ataúd y oscura como un sepulcro, en que Herminia lo tuvo escondido, salió como un cadáver, muertas sus esperanzas, muertas sus ilusiones, muerto todo el encanto de su feliz aventura. Salía herido de muerte en su amor y en su vanidad. Aquello era una burla de su suerte, una terrible irrisión de su destino; era un solemne chasco.

Se indignó interiormente contra Herminia, que había tenido la debilidad de amar á otro antes de verlo á él, y tuvo aquel amor; parece mentira! por una infidelidad; y allá en el fondo de su alma llegó hasta el extremo

de llamarla ingrata. Vamos, en el corazon humano pasan cosas muy singulares.

Del desaliento pasó al enojo, del enojo al desden, y la soberbia encendió su alma gritándole: «Cobarde»; y se juró á sí mismo emprender inmediatamente la conquista de aquel corazon, que parecia inaccesible. Le halagaba la perspectiva de la lucha que se había propuesto emprender, y decidió entrar en campaña ántes de perder la posición en que se hallaba, decidido á conservarla á todo trance. Conoció pronto que el enemigo con quien tenía que habérselas era hábil, diestro, temible, y estas mismas dificultades excitaban su ardor, provocándolo al combate.

Ya hemos presenciado la primera escaramuza.

La posición de Miguel era sumamente estratégica. Sea como quiera, él se encontraba en las habitaciones de Herminia, oculto por ella misma; su presencia allí era un secreto, y concibió desde luego el propósito algo péfido de prolongar su estancia, poniendo, si era necesario, nuevas dificultades á su evasión.

Casi vencido en el primer encuentro, si-

muló una retirada, cambiando el rumbo de la conversacion con estas palabras.

—El recuerdo de cosas pasadas nos aleja de la realidad de nuestra situacion presente. El interes que me inspirais me dice que yo no debo permanecer aquí más tiempo.

—Es verdad, contestó Herminia; somos unos locos; hemos perdido un tiempo precioso; mas vuestra advertencia me indica que sin duda habeis encontrado un medio seguro de salvar la vigilancia que nos rodea.

—¡Yo!..... exclamó Miguel; os aseguro que no encuentro modo de libraros de mi presencia.

—En ese caso, añadió la jóven, nuestra situacion se hace sumamente grave; no tenéis salida. Por ahora sois mi prisionero.

—Lo único que me detiene, dijo Lanuza, es el temor de comprometer vuestro nombre; pero discurremos: por ejemplo, pedid vuestro coche y salid con cualquier pretexto. Yo esperaré aquí y aprovecharé una ocasion oportuna, en que sin ser visto pueda saltar al jardin.

—¿Y por dónde saldréis? preguntó ella.

—Escalaré la verja.

—Os verán. Anoche hicisteis una locura, y ahora quereis enmendarla con una tontería. Creedme; no podeis huir, ni yo puedo abandonaros.

Ambos se miraron atentamente. Miguel oía por segunda vez esas palabras, y le pareció notar en ellas algo de doble sentido. Herminia parecia empeñada en sorprender en el rostro de su huésped la impresion que le causaba la imposibilidad de evadirse.

Miguel movió la cabeza, repitiendo:

—No puedo huir ni vos podeis abandonaros; es raro esto.

—Muy raro, añadió ella, moviendo tambien la cabeza. Siento afligiros, pero ya lo veis, no hay escape.

En esto sonó en la puerta que comunicaba con la galería inmediata un golpe discreto, que hizo dar á Miguel un salto sobre su asiento, á la vez que la jóven exclamó:

—¡Llaman!

Repitióse el golpe, y la voz de Lord Walbrook resonó detras de la puerta, diciendo:

—¡Herminia!

Ésta se levantó apresuradamente, dirigiéndose á la puerta, y aplicando la boca á la juntura de las maderas, dijo:

—¿Sois vos, Milord?

—Yo, contestó la voz.

Herminia no se detuvo. Descorrió el pestillo y abrió, encontrándose, claro está, con Lord Walbrook, que entró pronunciando estas palabras:

—Perdonadme; hace media hora que he salido de aquí sin despedirme de vos; es una falta imperdonable en cualquiera, y mucho más imperdonable en un inglés, y de todo punto imperdonable en un inglés Lord, y vengo á ofrecer os mis excusas. Diréis que es una impertinencia, pero el rigor de la cortesía lo exige. Es la primera vez que he incurrido en semejante torpeza. ¿No os parece inoportuna esta formalidad?

—No por cierto; porque vuestra visita me saca de un apuro. Entrad, Milord, entrad; caéis como llovido del cielo.

—¿Qué os sucede? preguntó Lord Walbrook.

Buscó Herminia con los ojos á Lanuza,

pero había desaparecido, dejando el sombrero sobre el velador de porcelana.

—Ved, dijo ella, señalando al velador, qué imprudencia.

—¿Es un sombrero!..... exclamó Lord Walbrook.

—Sin duda.

—¿Oh! ya comprendo; me lo dejé olvidado en mi primera visita. No lo extrañéis, Herminia; vuestra belleza es capaz de hacer olvidar el saludo y de hacer olvidar el sombrero.

Diciendo esto, tomó el que estaba encima del velador, y la jóven soltó una carcajada.

—¿De qué os reis? preguntó Lord Walbrook asombrado.

—De vos, contestó la jóven, que tenéis un sombrero en la cabeza y otro sombrero en la mano.

—Explicadme esto, añadió Lord Walbrook descubriéndose y presentándole en cada mano un sombrero. Y añadió probándose el que tenía en la mano derecha. Este sombrero no es mio.

—No os puedo decir á quién pertenece,

replicó Herminia, si ántes no os tomáis la molestia de decirme su nombre.

—No os entiendo, dijo Lord Walbrook, teniendo un sombrero en cada mano.

—En el suceso de anoche hay una parte muy importante, que todos ignoran y que vos solo debéis saber.

—Contádmela, murmuró Lord Walbrook, juntando los sombreros y comparándolos.

—No me corresponde á mí ese relato. Entrad en mi ropero y presentadme á la persona que en él encontraréis, porque no la conozco.

Los dos sombreros se cayeron de las manos de Lord Walbrook. Dió un paso hácia la puerta del ropero, y ésta se abrió, saliendo por ella Lanuza.

—Milord, exclamó éste; he salvado su vida de las manos alevosas de un asesino; á vos os toca salvar su nombre de los feroces dientes de la maledicencia y de la calnmnia.

Pronunció Miguel estas palabras con semblante pálido y voz trémula, mientras Herminia sonreía, y Lord Walbrook contemplaba á uno y á otro con mirada atónita.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Cdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

CAPÍTULO III.

Ni amante ni cómplice.

Justo será que respiremos por algunos momentos el aire libre, dando aunque no sea más que una vuelta por la Fuente Castellana. Casualmente hace una tarde hermosa y brilla el sol con verdadera majestad, semejante á un boton de oro prendido al manto azul de los cielos.

No nos ofrece la naturaleza por esta parte de Madrid grandes distracciones, ni por los accidentes del terreno, ni por la variedad de las vegetaciones; pero en desquite acude todas las tardes á este largo paseo la flor y nata de la sociedad madrileña, á pié, á caballo y en coche. Y llegamos á tiempo para tomar parte en la general sorpresa de que parecen poseidos los ánimos de los que

replicó Herminia, si ántes no os tomáis la molestia de decirme su nombre.

—No os entiendo, dijo Lord Walbrook, teniendo un sombrero en cada mano.

—En el suceso de anoche hay una parte muy importante, que todos ignoran y que vos solo debéis saber.

—Contádmela, murmuró Lord Walbrook, juntando los sombreros y comparándolos.

—No me corresponde á mí ese relato. Entrad en mi ropero y presentadme á la persona que en él encontraréis, porque no la conozco.

Los dos sombreros se cayeron de las manos de Lord Walbrook. Dió un paso hácia la puerta del ropero, y ésta se abrió, saliendo por ella Lanuza.

—Milord, exclamó éste; he salvado su vida de las manos alevosas de un asesino; á vos os toca salvar su nombre de los feroces dientes de la maledicencia y de la calnmnia.

Pronunció Miguel estas palabras con semblante pálido y voz trémula, mientras Herminia sonreía, y Lord Walbrook contemplaba á uno y á otro con mirada atónita.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Cdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

CAPÍTULO III.

Ni amante ni cómplice.

Justo será que respiremos por algunos momentos el aire libre, dando aunque no sea más que una vuelta por la Fuente Castellana. Casualmente hace una tarde hermosa y brilla el sol con verdadera majestad, semejante á un boton de oro prendido al manto azul de los cielos.

No nos ofrece la naturaleza por esta parte de Madrid grandes distracciones, ni por los accidentes del terreno, ni por la variedad de las vegetaciones; pero en desquite acude todas las tardes á este largo paseo la flor y nata de la sociedad madrileña, á pié, á caballo y en coche. Y llegamos á tiempo para tomar parte en la general sorpresa de que parecen poseidos los ánimos de los que

andan á pié, de los que galopan á caballo y de los que trotan en coche.

Dos de los primeros detienen á un jinete que hace piafar aiosamente á su caballo al estribo de una ligera carretela; prestemos atención y oigamos.

Los de á pié preguntan:

— ¿Quién es?.....

El que está á caballo contesta:

— No se sabe.

Tan terminante respuesta no satisface, por lo visto, la curiosidad de los de á pié, y van sin duda á dirigirle una nueva pregunta; pero ó el jinete no es muy diestro ó el caballo no es muy dócil, y ántes que la nueva pregunta salga de los labios de los curiosos, jinete y caballo desaparecen entre el ordenado tropel de caballos que vienen y van y de coches que van y vienen.

Más adelante tropezamos en un corro formado por uno de esos encuentros tan frecuentes en los paseos y en las calles. En él se habla, al parecer, del mismo asunto, y las reglas de la más severa cortesía no nos impiden detener el paso y meter el oído en la

conversacion que, digámoslo así, tienen entre manos.

Uno dice:

— Este Madrid es muy singular, todo le llama la atención, la cosa más insignificante lo pára y lo deja con la boca abierta. Es un pueblo de espectadores, sediento siempre de novedades. Todo espectáculo tiene aquí público. Vamos, confesémoslo ingenuamente, Madrid es una mina para los *saltimbanquis* y para los charlatanes.

Otro añade:

— No se admire V., el vulgo es el mismo en todas partes.

Un tercero toma parte en el diálogo diciendo:

— Pues observen ustedes que no es el vulgo el que en esta ocasión se deja seducir por la novedad. Vean ustedes, lo más brillante de la sociedad está aquí, y ella es la que ha tomado el asunto por su cuenta. Reparen ustedes cómo la criolla llama al Vizconde, cómo hablan. De seguro le está dando la órden de averiguarlo todo con pelos y señales. El Vizconde debe estar en sus glo-

rias, porque es el *corre-ve-y-dile* de los salones más activo que conozco. ¡Eh..... cómo galopa!..... allá va de coche en coche, como mariposa de flor en flor. ¿De quién será el caballo que monta?

— En efecto, replicó el segundo, no es el vulgo, lo que generalmente se llama vulgo, el que forma esta tarde el público del espectáculo, que tiene en movimiento tantas lenguas y en espectación tantos ojos, y eso significa que el vulgo es toda multitud en el mero hecho de ser muchedumbre.

— No saquemos las cosas de quicio, añadió otro de los circunstantes, que hasta entonces había permanecido con los oídos abiertos y la boca cerrada. Distingamos. Es cierto que el vulgo se encuentra en todas partes, que también el vulgo se perfuma, se viste de seda y pasea en coche; pero convingamos al mismo tiempo en que es bien natural la expectación que presenciamos. No es ciertamente una cosa extraordinaria, nunca vista, y sin embargo es muy notable. Debía producir efecto, y lo ha producido. Se hablará dos días del asunto y al tercero se

hablará de otra cosa; ello es que es preciso hablar de algo. Los periódicos se caen de las manos, llevamos seis sesiones, pásmense ustedes, tres en el Congreso y tres en el Senado, sin que haya ocurrido ningún incidente dramático; los demás teatros están muertos; no hay ningún escándalo nuevo que nos entretenga, ningún crimen original que nos sorprenda, los desafíos ya no ofrecen novedad ninguna, los suicidios están gastados, nadie da que decir. ¿Hemos de aburrirnos? La berlina misteriosa nos ha proporcionado asunto para algunos días, pero ya estaba agotado, y esto nos ha venido de molde.

Pronunciando las últimas palabras hace una graciosa cortesía, gira militarmente sobre el talón izquierdo, y se aleja con aire triunfante, seguro de que lo que acaba de decir no tiene vuelta de hoja.

Los circunstantes se rien y el corro se deshace.

No hemos sacado nada en limpio de estas conversaciones, cogidas al vuelo. Mas he aquí que alcanzamos á oír otra entablada entre una madre y una hija, detras de las

que marcha pausadamente un lacayo vestido de flamante librea.

Detras del lacayo vamos nosotros, recogiendo el diálogo siguiente:

— Mamá, es inglesa.

— No, hija mía.

— Sí, no tengas duda.

— ¿En qué lo has conocido?

— Vaya, en que es rubia.

— No importa; debe ser francesa.

— ¿Por qué?

— Porque habla en frances como un pagayo. La he oído al pasar junto á nosotras ántes de que dejáramos el coche.

— ¿Y qué decia?

— *N'est pas possible.*

— Ah, entónces será francesa.

Fácilmente podemos colegir por la reunion de datos que hemos adquirido, que se trataba de una mujer desconocida, muy notable, que podia ser inglesa, porque era rubia, y francesa, porque hablaba en frances.

Siguiendo adelante encontramos una disputa, en la que cuatro esperanzas de la patria, esto es, cuatro jóvenes casi imberbes,

pertenecientes á esa brillante juventud que charla en los cafés, juega en los casinos, baila en los salones, entra y sale en los teatros; que adelantándose á la gloria de sus futuros destinos, suele emplear su incansable ocio dando muestras de su espíritu varonil en famosas corridas de novillos; sostienen con caloroso empeño cuatro distintos pareceres.

Hablan á la vez, quitándose unos á otros la palabra de la boca. Hé aquí lo que oímos:

— Indudablemente es su hija.

— Imposible; es su mujer.

— Ni una cosa ni otra, porque no es casado.

— ¿Qué es entónces?

— Su sobrina.

— Sois imbéciles. No es ni su hija, ni su mujer, ni su sobrina; es pura y simplemente su querida.

— Un almuerzo á que es su hija.

— Una comida á que es su mujer.

— A Enriqueta, que tanto os gusta, me la apuesto á que es su sobrina.

— Pongo la cabeza á que es su querida.

En los coches la conversacion gira sobre el mismo tema.

El Vizconde apacigua el galope de su caballo, se acerca al landó de la criolla y dice:

— ¡Es una jóven soberanamente hermosa!

Acompaña á las señoras de Vegahonda César, que deja caer diplomáticamente estas palabras:

— ¡Bah!..... No tanto.

— ¡Oh! sí, exclama el Vizconde. Todos convienen en que posee una belleza deslumbradora.

— Efecto pasajero de la novedad, replica el diplomático.

— Y bien, dice Mercedes mirando á César con marcada benevolencia, y dirigiendo desdeñosamente sus palabras al Vizconde.

Que parece hermosa, ya lo sabemos, que debe ser muy jóven, no se nos oculta, puesto que hemos tenido ocasion de verla á poca distancia; pero, Vizconde, por lo visto ha perdido V. la cabeza. De su hermosura estamos enterados. ¿Es eso todo lo que viene á comunicarnos?

Estas palabras retratan á la vez la satis-

faccion en el rostro de César y en el rostro del Vizconde, porque el primero ha recogido en la benévola mirada de Mercedes el premio de su hábil lisonja, y el segundo conoce en las desdeñosas frases de la criolla que ha herido su vanidad de mujer. Ambos buscan una entrada en aquel corazon sombrío, y cada uno llama á distinta puerta; el diplomático apela á la adulacion, el Vizconde á los celos. ¿Cuál de estos caminos conduce más pronto al corazon de las mujeres vulgares? Hé aquí una cosa que no se sabe á punto fijo, porque todavía no se ha hecho la estadística de las incautas hermosuras á quienes ha extraviado la lisonja y ha perdido la envidia.

El Vizconde hace botar á su caballo, que trota pegado al estribo del landó, y dice:

— He corrido de un extremo á otro escudriñando en los semblantes y en las conversaciones la impresion que causa, y puedo asegurar á ustedes que el efecto es completo. Se lleva en pos de sí todas las miradas, y no se habla de otra cosa. Hasta el General, para quien saben ustedes que no hay más mujer

en el mundo que la Marquesa, está admirado. De lo demas no se sabe todavía una palabra; se hacen várias conjeturas, pero con seguridad nada puede decirse. Es un gran éxito. Despues de la curiosidad producida por la berlina misteriosa, esta especie de presentacion es un golpe maestro, un verdadero suceso, un.....

César lo interrumpió diciendo:

— Está V. desgraciado, querido Vizconde; veo que esta tarde lo abandona á V. su constante fortuna. Lo encuentro á V. inferior á sí mismo; parece mentira que no haya usted podido averiguar nada.

— Sin duda, añadió Mercedes, cree que averiguado el secreto de su rara hermosura, lo demas se da por sabido. ¿No es esto, Vizconde?

— Tal vez, señora, contesta éste; porque es indudable que desde hoy va á ser la mujer de moda; su presencia será apetecida, su amistad solicitada, y todos nos disputaremos sus obsequios. ¡Ah! la Marquesa ha sabido retirarse á tiempo, porque si no, ahora se habria visto eclipsada.

— Me parece, advierte César, que sea el que quiera el efecto que por de pronto haya producido su teatral aparicion, la buena sociedad no abrirá tan fácilmente sus salones á una mujer desconocida, cuya misteriosa existencia puede dar ocasion á conceptos equívocos.

El Vizconde replica:

— Me sorprende la observacion, señor diplomático, y creo firmemente que sólo á V. le ha ocurrido. Aseguro que nadie ha pensado en semejante cosa.

En esto la criolla, que dirige inquietas miradas y frecuentes saludos á una y otra parte, no pudiendo contenerse, grita de pronto:

— Aquí viene.

En efecto, se adelantan al paso entre dos filas de coches, que marchan en direccion opuesta, dos hermosos caballos de lo más puro de la raza inglesa. Sobre uno de ellos monta con firmeza, pero sin gracia, la impassible persona del Lord Walbrook, cuyo rostro inalterable, de una blancura verdaderamente aristocrática, se destaca entre dos patillas severamente británicas, de un rubio

pálido; el sombrero, algo echado hacia atrás, parece que pretende dar á su fisonomía cierta audacia, la audacia cómica del calavera; pero al mismo tiempo la natural gravedad que respira toda su persona inspira respeto. Pasea por la multitud las miradas tranquilas de sus ojos grises, sin desden y sin admiración, esto es, con completa indiferencia; ve, pero no mira.

En el otro caballo monta Herminia con graciosa destreza. Sobre sus hombros caen en rica profusión rizos rubios y brillantes como el oro, y se destaca su semblante vivamente acentuado bajo la sombra que proyecta en su frente el ala del sombrero; la mirada apacible, las mejillas sonrosadas y la boca risueña; no parece sorprendida ni satisfecha del efecto que causa; no se advierte en ella ni gratitud ni envanecimiento; ni solicita la admiración que le tributan, ni la rechaza. En sus movimientos y en sus ademanes resplandece esa naturalidad, siempre agradable, con que las mujeres verdaderamente modestas realzan, sin pretenderlo, el atractivo de sus encantos. Cualquiera dirá

que ignora el poder de su hermosura, ó que es indiferente á su triunfo, ó que es superior á su belleza. Esta circunstancia cautiva los ánimos y se la admira al mismo tiempo que se la estima.

Si es una perfección de su alma, confesemos que es su perfección más envidiable; si, por el contrario, es el refinamiento de una coquetería exquisita, convengamos en que es lo supremo del arte.

Mercedes no pestañea mirando á Herminia, la ve pasar, y vuelve la cabeza mordiendo los labios.

El Vizconde, cuyo caballo continúa trocando al estribo del landó, se inclina, y sonriendo dice:

— Me parece que no atestiguo con muertos.

— No se puede negar, añade el diplomático, que Lord Walbrook, á pesar de su seriedad inaccesible, es hombre de buen gusto. No obstante, me parece que está algo atrasado, pues las rubias han decaído mucho y en estos momentos no son de moda.

— Tanto mejor, añade el Vizconde ri-

yendo á carcajadas; de ese modo romperemos la rutina de la moda. Será curioso vernos en tropel adorar á una rubia cuando las morenas están á la órden del dia.

Mercedes interpone en el diálogo que vamos oyendo un golpe de tos repentino, que hace prorumpir á la señora de Vegahonda en estas palabras:

—Niña, mire, se ha constipado.

—No, contestó la criolla secamente. Y dirigiéndose á César le dice: Está V. haciendo una mala obra, señor diplomático, robando al Vizconde un tiempo precioso. Es un buen jinete y no debemos privarle del honor de añadirse á la escolta que sigue los pasos de Lord Walbrook. Vizconde, lo dispense á V. de ser por más tiempo mi caballerizo.

Ambos rivales se miran con recíproca y burlona lástima, y de seguro darían un ojo de la cara por poderse guiñar el otro; pero esta seña mutua, sorprendida por la criolla, sería de malísimo gusto, y se contentan con restregarse mentalmente las manos, satisfechos á la vez de las palabras de Mercedes; porque en ellas ve el diplomático una desde-

ñosa y terminante despedida, mientras el Vizconde las toma en sentido contrario recibíendolas como una amarga queja; y he aquí de qué manera una misma mujer con unas mismas palabras puede á un mismo tiempo hacer igualmente felices á dos hombres.

El diplomático hace con la cabeza ademán de asentimiento, y añade:

—Reconozco la oportunidad de la advertencia.

—Sí, exclama el Vizconde, que sin duda se había propuesto dominar por el terror, esto es, entrar á sangre y fuego en el corazón de la opulenta criolla; la advertencia no deja de ser oportuna y la agradezco, porque recibo en ella una prueba de interés que no todos han obtenido. Y sin embargo, como mi posición en este momento no deja á la vez de ofrecerme algún peligro, esa contingencia impone á mi vanidad de hombre el deber de no abandonarla. Permítame V., Mercedes, que continúe en mi punto.

Contempla César al Vizconde sin saber adónde van á parar sus palabras, y Merce-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Año. 1625 MONTERREY, MEXICO

des lo mira también indecisa entre sonreirse ó enojarse; él continúa:

— Hay espadas terribles, que hieren mortalmente, de cuyos seguros golpes no siempre podemos evadirnos. Hay lances imprevisos, hay.....

Auméntase la habitual palidez de Mercedes y parece que frunce el entrecejo; César continúa en babilonia, y el Vizconde añade como dando otro giro á la conversacion:

— Vean ustedes quién viene hácia acá.

La criolla no hace movimiento alguno de curiosidad; indiferencia sospechosa, de la que puede colegirse que ha visto ántes que el Vizconde á la persona que se acerca. César vuelve la cabeza, tiende la vista y exclama:

— ¡Ah! sí, es Lanuza.

Casi al mismo tiempo exclama á su vez el Vizconde:

— ¡Soberbio animal!

Bel-Khrer adelanta piafando, y el hábil jinete que lo maneja pasa por delante del landó sin tener para la orgullosa criolla ni un saludo, ni una sonrisa, ni siquiera una mirada.

— No nos ha visto, dice César.

— Pues hay, añade el Vizconde, bastantes motivos para creer que no es ciego.

Mercedes con la cabeza baja y la boca ligeramente contraída repasa una á una las varillas de su abanico. César replica:

— Sin duda..... pero hace mucho tiempo que anda retraído; frecuenta poco los sitios públicos.

— Sí, añade el Vizconde; desde la muerte del Duque es otro hombre, convenido; mas no encuentro razón para que deje de saludar á sus antiguos amigos. Yo, por mi parte, no formo queja; respeto en ese punto hasta las distracciones más inexplicables; y no hablo por mí, hablo por estas señoras, á quienes Lanuza debe muchas distinciones. Es verdad que un triste acontecimiento se interpone; que al fin y al cabo hay por medio un cadáver; pero el tiempo cicatriza hasta las heridas mortales; pronto hará un año que ocurrió la catástrofe, ya ¿quién se acuerda de ella?..... y en verdad, un saludo respetuoso nadie lo niega ni á nadie se le rechaza.

Cierra de golpe la criolla su abanico y pregunta:

—¿Cree V. que nos ha conocido?

César se apresuró á contestar, diciendo:

—No debe creerse.

—Yo creo que sí, añade el Vizconde con cruel ligereza; no es posible pasar á las cuatro de la tarde á dos varas de distancia del landó de las señoras de Vegahonda y no conocerlas. Y aún suponiéndolo así, da lo mismo, porque claro está que ha debido conocerlas.

César está en sus glorias oyendo al Vizconde, porque advierte que de los ojos de Mercedes salen rayos y centellas. La lengua indiscreta, imprudente, anti-diplomática del Vizconde acaba de darle un golpe tremendo á Lanuza en el corazón de la criolla. Ésta dice:

—De todas maneras no veo motivo formal de resentimiento.

—Por supuesto, exclama el diplomático. El hecho es excusable aún admitido como el Vizconde lo pinta. ¿Por qué no hemos de creer que ha eludido el saludo por evitarse un desaire?

El Vizconde se rie, diciendo:

—La diplomacia es terrible. Por excusar la conducta de Lanuza, lo llevan á V. sus bondadosas intenciones hasta el punto de suponer que Mercedes hubiera incurrido en la vulgaridad de negarle su saludo. Hé ahí una cosa que yo no creo.

La criolla replica:

—No me parece que es asunto de precisa urbanidad corresponder á los saludos que no nos son agradables.

—Es posible, contesta el Vizconde; pero esos desaires son de muy mal gusto.

Da el landó la vuelta por el recinto de la Fuente Castellana, y el Vizconde, dando frente á la larga extension del paseo, distingue á lo léjos á Lord Walbrook y á Herminia.

—¡Hola! exclama. Ya tenemos aquí otra vez al impermeable inglés y á su bella pareja. Calle..... y esta vez no vienen solos. Es curioso esto. Ella va en medio, á su izquierda el impassible Lord y á su derecha..... pásense ustedes.

—¿El embajador inglés? preguntó César.

—No, contesta el Vizconde. A su derecha van el arrogante *Bel-Khrer* y el afortunado Lanuza.

Hace la criolla un movimiento repentino como si fuera á lanzarse fuera del coche, pero lo reprime, dejándose caer sobre los almohadones.

Llegan los tres personajes citados por el Vizconde y pasan como tres flechas, llevándose en pos las miradas de la concurrencia. Marchan al gran trote, y *Bel-Khrer* reprime el ímpetu de sus airosos movimientos para no estampar sus cascos duros y negros más allá de donde los pone el caballo que monta Herminia. La diestra mano que lo guía lo obliga á sostenerse sobre las piernas firmes y elásticas como el acero siempre que va á revasar la línea. Sus narices, rasgadas como la boca del león, se dilatan ansiosas, como si todo el aire de la atmósfera no fuera bastante á llenar los ardientes pulmones que respiran dentro de las anchuras de su pecho.

Entre tanto, sus dos compañeros trotan, digámoslo así, unísonos, con toda la formalidad propia de la raza inglesa. Lord Wal-

brook detiene de vez en cuando su caballo, quedándose á la espalda para ver marchar á *Bel-Khrer*, que parece loco de contento.

Quando el jinete es hábil y el caballo dócil, el caballo no es más que la continuacion del jinete. *Bel-Khrer* expresa sin duda la arrogancia y la alegría que Miguel siente.

El genio, el heroísmo, el talento y la hermosura con que suele resplandecer el género humano tienen muchas veces que partir la celebridad con la destreza del primer saltimbanquis que se presenta, con la audacia del último prestidigitador; hoy con las pulgas industriosas, mañana con un elefante prodigioso, más tarde con un mono sabio. Esta vez Herminia y *Bel-Khrer* se disputan la admiracion, y ambos á la vez lo consiguen.

Al verlos pasar resuenan dos exclamaciones.

Unos dicen:

—¡Qué mujer!

Otros:

—¡Qué caballo!

Mercedes ve á Herminia y á Lanuza cruzar fugitivos por delante del landó, resplan-

decientes de juventud y de hermosura, unidos, inclinados el uno hácia el otro; los ve mirarse, sonreirse y hasta amarse; oye las palabras que sus labios pronuncian al pasar, y los ve huir en dichosa, en triunfal carrera. Lord Walbrook galopa junto á ellos sereno, imperturbable, rígido como una estatua ecuestre.

Hablan en frances, y la criolla ha oido estas palabras :

Ella. Olvidadme.

Él. Imposible.

Todo esto pasa como un torbellino, como un torbellino que deja en el corazon de Mercedes una angustia indecible.

El Vizconde con crueldad acerba remacha el clavo de su dolor, diciendo :

—Veo que no hay peligro en trotar al estribo del landó de las señoras de Vegahonda, y si me dan su permiso.....

Mercedes no lo deja concluir la frase y le dice :

—Puede V. retirarse.

El jóven saluda y se aleja al galope.

César canta interiormente su triunfo, pues-

to que se queda dueño del campo. Intenta varias conversaciones, que mueren al nacer; su voz no tiene eco. La señora de Vegahonda parece sorda, Mercedes parece muda, y el diplomático adopta al fin el partido de darse un punto en la boca.

Así pasan algunos minutos, hasta que al fin la criolla exclama :

—¡Oh, cómo me fastidio!

Comienza á disminuir la concurrencia, y Mercedes grita :

—A casa.

César repite la órden, y á los pocos segundos sube el landó majestuosamente por la carrera de San Jerónimo. Apenas se detiene al pié de la escalera, cuando Mercedes salta presurosa; sube, dejando á César el cuidado de acompañar á la señora de Vegahonda; entra en su cuarto, despide á las doncellas que la siguen, y arrojándose sobre su precioso escritorio, traza los siguientes renglones :

«Caballero :

»Posee V. cartas mias; ignoro el valor que usted les da, y sólo deseo saber si tengo derecho á reclamarlas.»

Estas breves líneas salen inmediatamente para su destino, y el emisario vuelve á la media hora con un billete cruelmente voluminoso.

Mercedes lo palpa ántes de abrirlo con mano trémula, rasga al fin el sobre y se encuentra con sus cartas, nada más que con sus cartas. Hay cuatro: las dos que conocemos, la que acaba de escribir y otra; aquella que puso en manos de Miguel por detras del cuadro histórico, en la que le descubria el verdadero motivo del viaje del Duque á París.

Sus menudos dientes rechinan, á sus ojos, encendidos por la cólera, no asoma ni una lágrima, y estrujando entre sus manos sus propias cartas, exclama con voz temblorosa:

— Ni amante ni cómplice.

CAPÍTULO IV.

El retrato.

El gabinete reservado de la Marquesa, acerca del que di una ligera idea en el segundo libro de la presente historia, ha experimentado notables transformaciones; al resplandor del lujo ha sucedido la claridad de la sencillez; la espléndida tapicería de rica seda y de brillantes colores ha dejado su puesto á modesta lana de suaves matices; los muebles, despojados de artificiosas molduras, corresponden dignamente á la humildad de la alfombra y de las cortinas; muestra, no obstante, con cierto orgullo el escritorio de palo santo y un pequeño estante de cedro, como preciosos restos de pasada opulencia. Sobre el escritorio se ve un precioso crucifijo de marfil, que ántes no habia; enfrente del

Estas breves líneas salen inmediatamente para su destino, y el emisario vuelve á la media hora con un billete cruelmente voluminoso.

Mercedes lo palpa ántes de abrirlo con mano trémula, rasga al fin el sobre y se encuentra con sus cartas, nada más que con sus cartas. Hay cuatro: las dos que conocemos, la que acaba de escribir y otra; aquella que puso en manos de Miguel por detras del cuadro histórico, en la que le descubria el verdadero motivo del viaje del Duque á París.

Sus menudos dientes rechinan, á sus ojos, encendidos por la cólera, no asoma ni una lágrima, y estrujando entre sus manos sus propias cartas, exclama con voz temblorosa:

— Ni amante ni cómplice.

CAPÍTULO IV.

El retrato.

El gabinete reservado de la Marquesa, acerca del que di una ligera idea en el segundo libro de la presente historia, ha experimentado notables transformaciones; al resplandor del lujo ha sucedido la claridad de la sencillez; la espléndida tapicería de rica seda y de brillantes colores ha dejado su puesto á modesta lana de suaves matices; los muebles, despojados de artificiosas molduras, corresponden dignamente á la humildad de la alfombra y de las cortinas; muestra, no obstante, con cierto orgullo el escritorio de palo santo y un pequeño estante de cedro, como preciosos restos de pasada opulencia. Sobre el escritorio se ve un precioso crucifijo de marfil, que ántes no habia; enfrente del

estante hay un piano, y más allá un costurero. Estos dos muebles parecen dos amigos, pues representan allí el trabajo y la alegría. Junto á uno de los balcones hay un caballote, sobre el que descansa un pequeño lienzo preparado para recibir las primeras líneas de un boceto. Los espejos han desaparecido de las paredes, pero encima del sofá se levanta un cuadro que atrae los ojos y detiene las miradas.

No es ciertamente una obra pasmosa, un prodigio del arte, mas contiene un bello recuerdo, y su principal mérito consiste en el asunto. Es un retrato de la Marquesa, de cuerpo entero, en el que el pintor supo dar al semblante de Luisa los risueños reflejos de la más pura inocencia. Es ella. Allí están todas las líneas de su rostro, bañadas por ese suave esplendor con que ilumina los rostros de los niños la aurora de la vida. Se halla en la edad en que la infancia se despide de nuestro sér con dulzura y con tristeza, dejándonos la última sonrisa, el último abrazo, el último beso, y tal vez la última alegría.

El fondo del cuadro es el cielo, el cielo azul y sonrosado de una mañana de primavera. Al rededor de la cabeza de la niña resplandece el aire envolviéndola en una atmósfera celestial. Desciende de sus hombros en pliegues suaves una túnica blanca como la nieve, y un velo, más blanco que la túnica, rodea su frente, ceñida por una diadema de rosas, también blancas y brillantes como el nácar. Sonrien sus labios como si su lengua paladeára un manjar divino, y sus ojos miran al cielo con expresion inefable.

Así fué retratada por un tierno deseo de su madre, que quiso perpetuar en el lienzo la imágen angelical de su hija, con el vestido de pureza y el semblante de esperanza con que hizo su primera comunión.

En este espejo se mira la Marquesa.

No son estas solas las transformaciones que podemos advertir. Si valiéndonos de la confianza que nos da la circunstancia de ser antiguos amigos de la casa, penetramos por la puerta del gabinete que conduce á la escalera por donde se bajaba al pabellon, notaremos que esta escalera ha desaparecido; el

muro en que estaba abierta se ha cerrado como un sepulcro. Salgamos á la galería de cristales, y encontraremos otra novedad más sorprendente. Estamos en la parte posterior del edificio y en medio de la galería. Una puerta de dos hojas, que termina en un medio punto cerrado por cristales de colores, se abre delante de nosotros; entremos llenos de interes y de curiosidad, porque precisamente nos encontramos en el umbral de aquella preciosa estancia, contigua al tocador de la Marquesa, destinada á cuarto de baño. Aquí la transformación es más profunda. Han desaparecido las estatuas, los grifos de bronce, los jarrones de porcelana, el suntuoso divan que daba vuelta al rededor de las paredes, los espejos..... todo ha desaparecido. En cambio hay un altar cubierto con un paño immaculado guarnecido de finísimo encaje; el tabernáculo es de oro puro; el retablo es un hermoso lienzo, que representa á Jesus orando en el huerto de las Olivas. Dos ángeles de plata sostienen sendas lámparas del mismo metal; en los cuatro ángulos se levantan, sobre columnas truncadas, que les sirven de

base, los cuatro evangelistas. Delante del altar se ve un reclinatorio. Dos cuadros de grandes dimensiones adornan las paredes laterales, representando uno la soledad de la Virgen y el otro la Asuncion. El techo es una nube luminosa, en cuyo centro se destacan las divinas personas de la Trinidad Beatísima: el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. Sobre el mismo sitio donde ántes se hallaba la voluptuosa pila del baño, se levanta otra pila: la pila del agua bendita. Ya no se respiran allí las suaves emanaciones del ámbar, sino el dulce perfume del incienso.

Como se ve, la transformación es completa y llega hasta el tocador contiguo, que sirve de sacristía, donde se guardan ricos ornamentos y vasos sagrados de oro y plata.

Mundeta ha visto realizarse uno por uno todos estos cambios en las habitaciones particulares de la Marquesa con asombro indecible. Cada vez que veía deshacer una joya para guarnecer un cáliz con piedras preciosas, ó veía pasar los más ricos encajes del opulento ropero de la Marquesa á la sacristía del oratorio, la pobre doncella se santiguaba, diciendo

para sí: «¡Bah!.... esta buena señora ha perdido el juicio»; y al mismo tiempo advertía con asombro que la Marquesa la trataba con más dulzura, con más cariño. Algunas veces llegaba á pensar que no era su señora, sino su amiga. La pobre muchacha se hacia cruces.

Púsose enferma en cierta ocasion, y Luisa la asistió, cuidándola como á una hermana. Un día que la ayudaba á incorporarse sobre la cama, dándole ella misma la medicina dispuesta por el doctor Guillen, Mundeta no pudo contener su emocion, y mirando á la Marquesa con inmensa ternura, rompió en llorar, exclamando:

— Ay señora, ¿con qué pagaré yo tantos beneficios?

Luisa se echó á reír, diciéndole:

— Con esas lágrimas está pagado todo, puesto que es V. tan orgullosa que no quiere tener deudas con Dios, verdadero autor de cuantos beneficios recibimos.

Al fin y al cabo, la doncella fué conveniéndose de que su señora no había perdido el juicio, sino que ántes bien lo había recobrado; y claro está, cuando la Marquesa era

la reina de la moda y el astro luminoso de los salones, Mundeta la tomó por modelo; ahora, que es el consuelo de los afligidos, á la doncella la sirve de ejemplo.

No obstante, murmuraba mucho de los nuevos amigos de la Marquesa, sorprendiéndose de que una señora de tanto mundo, de tan buena sociedad, de tan altas relaciones, tan considerada, tan elegante y tan bella, pudiera pasar las horas muertas en conversacion íntima con el padre Antonio del Corazon de Jesus, sacerdote muy santo y muy bueno, pero que, apartado de las cosas de la vida, no era á propósito para hacer agradable su presencia. Mundeta no comprendía la intimidad de la Marquesa con este santo varon.

Tampoco acertaba á explicarse la confianza con que recibía, y las deferencias con que agasajaba á una señora Gertrúdis, que ignoraba de dónde había salido, pero que entraba en la casa como si hubiera nacido en ella. Y vamos, no era así como quiera, pues la Marquesa llegaba al extremo de besarla, y la pícaro mujer se dejaba besar como si tal

cosa, presentando sus mejillas abultadas y velludas á los sonrosados labios de la noble señora. Esto era inaudito para la doncella, que se admiraba de verlas juntas, charlando como dos cotorras, llorando y riyendo como dos amigas de colegio que se reunen despues de un verano de vacaciones.

Pues déjese V. á la señora Gertrúdis y tome al Sr. Martin, con sus bigotes canos y su levita hasta los talones, con siete cintajos en la solapa, más derecho que un pino, andando siempre á compas, como si llevara delante una banda de cornetas; que ha tomado la casa por hospicio y se descuelga á lo mejor con un regimiento de chiquillos, con la friolera de siete criaturas, que la mayor tendrá catorce años.

Mundeta parecia escandalizada de semejantes abusos. Este señor Martin era recibiendo siempre que iba, la Marquesa le daba la mano, acariciaba á los muchachos, ponía sobre sus rodillas á los más pequeños y los dormía en su regazo. ¡Qué capricho de señora!.....

Pero, ya se ve; poco á poco se fué acos-

tumbrando la doncella al padre Antonio, á la señora Gertrúdis y al Sr. Martin.

Éstos eran los nuevos amigos de la Marquesa; de los antiguos sólo conservaban su confianza el General y Guillen.

Acababa de entrar la señora Gertrúdis en el gabinete de Luisa, hallándose en él el General y el padre Antonio.

El General hacia uso de la palabra diciendo:

— Padre Antonio, vanidad de vanidades, miseria humana, pero ahí tienen ustedes el suceso que ántes de ayer puso en movimiento la admiracion pública. Debe ser inglesa, y es hermosa como un ángel.

— Es natural, contestó el padre Antonio. Admiramos las obras con que el arte embellece y perpetúa las hazañas, y muchas veces los crímenes de los hombres; ¿por qué no han de ser admiradas tambien las perfecciones físicas con que Dios adorna frecuentemente las nobles líneas del rostro humano? No es ciertamente la hermosura del cuerpo, más pasajera y fugitiva que la vida misma, lo que realmente enaltece al hombre; la be-

lleza moral es la esencia de su hermosura; y no dejándonos arrastrar más allá de lo justo por la loca influencia de los sentidos, la admiración tributada á la belleza material, hay que convenir en que es como un paso hácia el sentimiento de la belleza eterna. Los griegos no acertaron á concebir más belleza que aquella que salía de las manos de sus artistas, contenida en la pureza de las líneas y en la corrección de los contornos; nosotros, más dichosos, la encontramos en la pureza de los pensamientos y en la bondad de las acciones. Por eso ellos se enamoraron de Vénus, y nosotros adoramos á la Virgen María. Quiero decir, señora Gertrúdis, añadió dirigiéndose á la pobre mujer, que lo escuchaba con la boca abierta, que podemos andar por las asperezas de la tierra sin perder de vista las alturas del cielo.

—Eso es, señor cura; si su Divina Majestad me hubiera concedido otra cara ménos fea que ésta que llevo, le aseguro á V. que no me quejaría; pero me tocó ser así, y estoy muy contenta, porque, hablemos claros, quien quita la ocasion quita el peligro.

El General y el padre Antonio se sonrieron, y la Marquesa dijo:

—Me interesa esa mujer, cuya singular aparición y rara hermosura dan materia á las conversaciones; y como el General nos la ha pintado con tan vivos colores y tan minuciosos detalles, me parece que la estoy viendo. Me precio de fisonomista y tengo también mi vanidad de pintora. Vamos á ver si el lápiz sabe reproducir lo que el General ha bosquejado con la palabra. Casualmente, añadió sonriendo, está el lienzo preparado y la mano dispuesta á emprender la obra.

Dicho esto se acercó al caballete, cogió el lápiz y comenzó á dibujar con toda la soltura de un maestro consumado, añadiendo:

—Hablen ustedes cuanto quieran; les prometo no distraerme, pues voy á poner en esta empresa mis cinco sentidos. No hay tampoco inconveniente en que se rían ustedes de mi atrevimiento. Alguna vez sabrán la causa que me mueve á ello; entre tanto supongan ustedes que es un capricho de artista.

—Siento, dijo el General, que el insigne doctor no se halle presente, pues nos hu-

biera hecho un retrato científico, explicándonos en qué consiste la dulzura de su mirada, la blancura transparente de su tez y la viva expresión de su sonrisa.

— ¡Toma! exclamó la señora Gertrúdis; eso consistirá en que Dios ha querido dárse-las. ¿No es verdad, Sr. Cura?.....

— Ciertamente, contestó el sacerdote; usted ha llegado al conocimiento de esa verdad por la fe, y aunque más despacio, el doctor llegará también por la ciencia, por la verdadera ciencia.

— Al doctor, añadió Luisa, déjenlo ustedes de mi cuenta. Lo tengo en muy buen camino; poco á poco voy limando los errores científicos, como él dice, que aprisionan su entendimiento, luégo el padre Antonio le dará la última mano.

— Señora, dijo Guillen entrando, cantaré misa cuando V. quiera.

— No, replicó la Marquesa sin apartar los ojos del lienzo en que dibujaba, no aspiro á tanto; me contento con que la oiga V. los días de fiesta. Y aún en este momento no soy tan exigente, me contentaré con que me

traiga buenas noticias de la pobre enferma que le recomendé anoche. Vamos, cuéntenos V. su visita á la parálitica.

— ¡Ah Señora! mi visita á la parálitica es toda una historia.

— Mejor, añadió el General; una historia viene aquí de molde mientras la Marquesa da principio á su obra.

— Hola, exclamó Guillen, tenemos obra entre manos. ¿A qué santo del almanaque le ha tocado su vez?

— A ninguno, contestó la Marquesa, extendiendo las manos sobre el lienzo para impedir que el médico viera lo que estaba pintando.

— Ese ademan me indica, añadió Guillen, que he cometido una imprudencia acercándome al caballete. Sin duda se trata de un secreto.

— Sí, contestó Luisa, mi obra debe permanecer ignorada hasta que esté concluida, porque quiero que la impresión sea completa.

— Respetemos, dijo el doctor, el secreto de esa concepción misteriosa, y vamos á la parálitica.

Diciendo esto, se alejó del caballete y tomó asiento. La señora Gertrúdis puso el codo sobre la rodilla y la barba en el hueco de la mano para oír más atentamente; el padre Antonio y el General se dispusieron también á escuchar, y parecía que los tres esperaban un relato interesante. Guillen dijo:

—Cumpliendo el encargo de la Marquesa, á las ocho de la mañana ya estaba yo en pié, y corría hácia la calle del..... Infierno, número..... quésé yo cuántos, en busca de una parálitica. Llegué á un casucho, cuyo estrecho portal abría paso, por medio de un callejon lóbrego, á un patio más lóbrego todavía. Yo buscaba el número 7 de este patio, y viendo dos mujeres que hablaban á la entrada del callejon, les pregunté para no perder tiempo, y una de ellas me contestó:

—Allí; señalando con la mano la puerta que yo buscaba.

Llegué y dí un golpe con la palma de la mano, y nadie contestó.

Esperé, y volví á llamar con los nudillos de la mano derecha, y no obtuve respuesta alguna.

Llamé de nuevo, valiéndome del puño del baston, que sonó sobre la madera de la puerta con eco sordo, como si golpeára la baldosa de un sepulcro, y tampoco me contestó nadie.

Entónces me volví á las mujeres á quienes ántes habia preguntado por el número 7, y les dije:

—No contestan.

—Ya lo creo, respondió una de ellas.

—¿Por qué? pregunté yo.

—Toma, replicó la otra, porque no.

—¿No vive en ese cuarto una mujer parálitica?

—Sí; ahí duerme, me contestaron las dos.

—Entónces..... insistí yo.....

—Entónces, añadieron ellas, puede V. estar llamando hasta el día del juicio.

—¿Pues?

—Figúrese V. que es muda como un poste.

—¿Pero oye?

—Vaya si oye.

—¿Por qué no abre?

—Caballero, exclamó una de las dos, sol-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

16. 1625 MONTERREY, MEXICO

tando el trapo á reír. ¿Cómo quiere V. que abra, si hace una hora que salió de casa, arrastrándose como una culebra?

Al ver que me dirigia á la calle, la otra mujer me gritó, diciendo:

— Si corre prisa, apriete V. el paso y la encontrará en la calle de Alcalá, junto á la puerta del Cármen; allí pide limosna.

Salí apresuradamente, dejándome á la espalda las carcajadas de las dos mujeres. ¿Qué tal la primera parte de mi historia?

— Muy bien, contestó la Marquesa. Me parece algo cómica.

— Vamos á la segunda parte, añadió el General.

— La segunda parte, siguió diciendo Guillen, es melo-dramática. Intervienen en ella tres personajes, bastante curiosos cada uno por su estilo. Me encontré en la calle algo corrido por la burla de que habia sido objeto, y no muy seguro del partido que debia tomar. Ante todo, mi propósito era complacer á la Marquesa. No queria venir á esta casa sin haber visto ántes á la paralítica, porque hubiera sido exponerme á las

burlas de la Marquesa. Hé aquí un médico, me habria dicho, un sabio médico, capaz de dar con la cuadratura del círculo de la vida, que no ha sabido encontrar á una pobre enferma, que cualquier corazon bondadoso habria encontrado al instante; y en seguida me hubiera presentado con admirable aplomo y cruel sonrisa este horroroso dilema: Ó la caridad sabe más que la ciencia, ó es V. un médico del cual huyen hasta los enfermos que no pueden andar. Ya comprenden ustedes que era preciso ver á la paralítica ántes de venir á esta casa. Pero, ¿dónde encontrarla? La mujer habia dicho: en la calle de Alcalá; junto á la puerta del Cármen, pide limosna; mas esto podia ser el complemento de la broma. No obstante, emprendí el trote hácia la calle de Alcalá, y llegué á la esquina de la calle de las Torres. Me detuve y respiré.

— ¿Estaba allí? preguntó el P. Antonio.

— Allí estaba, contestó Guillen; pero por de pronto me ocurrió una duda terrible. ¿Era aquélla la paralítica que yo buscaba? Porque la Marquesa no me dió más señas

que las de la calle, las de la casa, las del cuarto y la de la enfermedad..... el nombre se le quedó en el tintero.

— Es verdad, doctor, dijo Luisa; creí que el nombre era inútil, pero la señora Gertrúdis lo sabe.

— Se llama Juana, añadió ésta.

— Á buena hora, siguió diciendo el médico. Además, ¡Juana! Como si no hubiera Juanas en el mundo. Pero vamos al caso; yo vi sentada junto á la escalinata de la iglesia, en una silla pequeña, una mujer jóven aún, pero vieja ya, sumamente demacrada, aunque mi instinto médico me advirtió al instante que nunca debió haber sido gruesa. Se hallaba inmóvil, con la mano derecha abierta y extendida sobre la rodilla. Era necesario no ser médico para desconocer que aquella mano carecía de todo movimiento. Mas la vida que se echaba de ménos en el brazo inmóvil, parecía agolpada en los ojos; sobre todo en el momento en que yo, colocado á cierta distancia, examinaba de primera intencion el aspecto de aquella ruina humana. La parálitica miraba con ojos desencajados por la

ansiedad de ver, al ventanillo de una berlina que acababa de pararse delante de ella. Hubo un momento en que temí que los ojos de la parálitica saltáran fuera de las órbitas, y dirigí mis miradas hácia el coche. Delante de la portezuela de la berlina se hallaba un lacayo adolescente, sano como una manzana, blanco como la nieve y rubio como el oro; tenía en la mano su magnífico sombrero de castor. Por el ventanillo asomaba una cara de ángel, bañada por cierta expresion de tristeza, indicio de algun padecimiento latente, pues todo advertia en ella que se hallaba en el momento más risueño de la juventud; pero donde no hay salud, no hay alegría.

La Marquesa movió la cabeza con ademán dudoso, y siguió dibujando; mas Guillen lo advirtió y dijo:

— Señora, lo que acaba V. de oír es casi un aforismo. ®

— Lo mismo me da, replicó Luisa; pero ¿qué quiere V.? contra ese aforismo se encuentran en el mundo muchos enfermos alegres, contentos de padecer, que toman los

males por beneficios, que sonrien en medio de los más crueles dolores.

— Marquesa, replicó á su vez el doctor, eso se cuenta de los santos.

— Justo, añadió Luisa; luego en la santidad consistè la verdadera alegría.

Viendo el General indeciso á Guillen, salió en su auxilio, diciendo :

— Algunas veces tiene esa regla sus excepciones. Por ejemplo, me parece que el profeta Jeremías se pasó la vida llorando, y creo que fué un santo.

Esta vez apartó la Marquesa los ojos del lienzo en que dibujaba, para dirigir al General una sonrisa de burlona benevolencia. Sabía que el entendimiento del ilustre veterano era bastante ménos agudo que su espada, y que en punto á instruccion, no pasaba de la indispensable para desplegar unas guerrillas ó emprender una retirada. En nuestros tiempos las armas y las letras no suelen hacer buenas migas.

El padre Antonio dijo :

— En efecto, Jeremías lloró; mas no fueron, por cierto, sus propias desgracias.

— Sea como quiera, añadió el médico reanudando su interrumpida relacion, el caso es que el lacayo se apartó de la berlina y se dirigió á la parálitica, que no apartaba los ojos de la ventanilla del coche, clavados como dos saetas en el rostro angelical de la hermosa jóven, de tal modo, que, al parecer, no reparó en la moneda de oro que el lacayo dejó caer en su mano. Un instante despues partió la berlina, llevándose detras las ansiosas miradas de la parálitica, que mostraba en el hueco de su mano inmóvil la moneda de oro que acababa de recibir. En esto apareció — pues yo no sé por dónde vino — delante de la pobre mujer un nuevo personaje, tipo especialísimo de esa raza enclenque y astuta, que Madrid engendra al calor de todos los vicios; ojos llenos de malicia, lenguas llenas de blasfemias, rostros en los que aparecen á un mismo tiempo la degradacion y la audacia. Si estos seres, que forman en las grandes poblaciones la verdadera hez de la sociedad, tienen juventud, el que apareció delante de la parálitica era jóven, y presentaba en su vestido el aspecto deplorable

del lujo marchito; llevaba la degradacion en el traje, lo mismo que en la frente. La parálitica, al verlo, cerró los ojos, como si hubiera querido huir de su presencia, como si aquel ser le inspirara horror, como si viera en él un verdadero monstruo. Entónces el personaje de aspecto patibulario se inclinó, hizo una mueca horrible, y con la mayor frescura tomó la moneda de oro que brillaba en la mano de la mujer, y metiéndosela en el bolsillo del chaleco, echó á andar como si tal cosa. Todo esto fué rápido como el pensamiento, y yo sólo pude observarlo. Me acerqué á la mujer y le dije: «Le han robado á V.» Al oír mi voz alzó los párpados, fijó la vista en el hueco vacío de su mano, y levantó los ojos al cielo con una expresion de dolor y de ira indescriptibles. «Aquél es el ladrón, añadí señalando al hombre que muy sosegadamente subía por la calle del Caballero de Gracia.—Sí, me contestó la mujer, agitando expresivamente la cabeza.— Á ése...», grité lanzándome detras del ladrón. Algunos transeúntes se detuvieron y gritaron conmigo: «Á ése..... á ése.....» El fugi-

tivo apretó el paso; cruzó á la acera opuesta, y ántes de ganar la primera esquina, fué detenido por dos guardias municipales, que enterados por mí de lo ocurrido, lo pusieron delante de la parálitica. Inmediatamente se reunió un círculo de curiosos. Yo dije: «Este hombre ha robado una moneda de oro.— Miente V., contestó el bribón con pasmosa sangre fría.— La ha cogido, añadí yo, despreciando el insulto, de la mano de esta pobre mujer, que acababa de recibirla de limosna.— Señores, exclamó el tunante, este hombre está loco; y dando á su fisonomía y á su acento expresion y tono de afliccion, exclamó casi llorando: ¿Cómo habia yo de robar á mi madre?— ¡Es su madre! exclamaron á mi alrededor algunos de los circunstantes.» El recurso era atrevido, quise confundir su audacia, y dirigiéndome á la mujer, la pregunté: «¿No es este infame el que acaba de robarle á V. la moneda de oro?» Bajó la parálitica los ojos, dos lágrimas fluctuaron en sus párpados, y moviendo lentamente la cabeza, ¡pásmense ustedes! dijo que no. Yo me quedé atónito, un murmullo

amenazador circuló alrededor mio, me encogí de hombros y traté de alejarme, y lo conseguí; pero fué en medio de una silba espantosa. Ésta es la historia.

—¿Y cómo se explica eso? preguntó el General.

—Muy sencillamente, contestó la señora Gertrúdis. Juana..... está sufriendo un gran castigo. El ladron es su propio hijo.

—Bien, añadió la Marquesa contemplando su obra. Despues de todo, tenemos que se ha venido V., señor doctor, sin averiguar el estado de la enferma.

—Señora, contestó el médico, estado incurable. Sólo un milagro puede arrancar de sus miembros la mortal parálisis que padecen. Ha perdido el uso de la lengua. La causa de su enfermedad es un derrame, que ha debido proceder de una congestion cerebral, de la que sólo ha podido salvarse á medias, dejando, digámoslo así, medio cuerpo en la sepultura; padece una *hemiplegia*.

—Vamos, señora Gertrúdis, dijo la Marquesa retocando su obra, ilumine V. el entendimiento de nuestro sabio médico, descu-

biéndole el origen de esa enfermedad incurable.

Tomó la palabra la señora Gertrúdis, y á su modo contó la historia de Juana, con todos los pormenores con que nosotros la conocemos, y concluyó diciendo:

—Al ver su casa ardiendo y su tesoro robado, todos creimos que se habia vuelto loca..... Aquella noche le entró una calentura tan fuerte, que parecia tener el infierno dentro de la sangre. Despues no ha vuelto á levantar cabeza.

—Me parece, dijo el padre Antonio, que se reunen en esa infeliz mujer dos enfermedades, una del cuerpo y otra del alma. La primera, segun el doctor, es incurable; puede ser que la segunda no sea tan rebelde.

—Y bien, preguntó el General dirigiéndose á la señora Gertrúdis, ¿qué fué de Magdalena?

—No se ha vuelto á saber de ella, contestó Gertrúdis.

—Ea, exclamó la Marquesa, aquí está mi obra. Prohibo toda lisonja. General, con

franqueza, con lealtad, ¿hay en estas líneas algo del rostro encantador de la hermosa inglesa?

Las cuatro personas que se hallaban en la estancia se acercaron al caballete, y ella siguió diciendo :

— Tengan ustedes en cuenta que esto no es más que un ligero bosquejo, un mero apunte, en que únicamente se marca lo más característico de esa bella fisonomía. Añadan ustedes con la imaginación, que todo lo ve, una tez de azucena ligeramente sonrosada; animen ustedes con el carmin suave de la juventud los puros contornos de esa boca, en cuyos movibles labios se anuncia una dulce sonrisa; imaginen ustedes que al traves de la rasgada sombra de los párpados brillan dos ojos de un azul profundo, y dígame V., General, si he acertado á retratarla.

— Señora, contestó éste, es imposible desconocer la semejanza que existe. Para retratarla de ese modo es necesario haberla visto.

La Marquesa se sonrió, y Guillen dijo :

— No sé á qué original se refiere este re-

trato; de seguro yo no lo conozco; pero ¿saben ustedes á quién se parece? Al ángel de la berlina, á la que dió la moneda de oro á la paralítica..... y ahora caigo..... era..... sin duda alguna..... la hija de Lord Walbrook, de cuya hermosura todo el mundo se hace lenguas.

Miró Luisa al sacerdote con expresión de tierna alegría, y le dijo :

— Padre Antonio, ya ve V. ¿Debo creer que es ella?

— La semejanza, contestó el padre Antonio, parece indudable.

La señora Gertrúdis continuaba embobada contemplando el semblante trazado por el lápiz en el lienzo, como si no acabara de enterarse, y al fin exclamó :

—Vamos..... yo conozco esta cara.

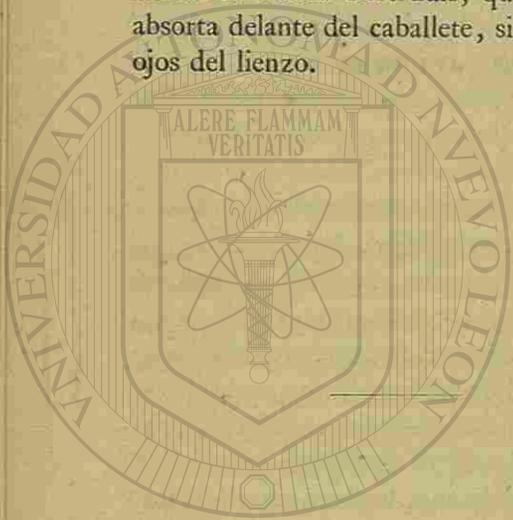
La Marquesa se acercó al padre Antonio y le dijo por lo bajo :

— Dios nos ha oído.

Y volviéndose á los demás, añadió con alegre satisfacción :

— Señores, no me negarán ustedes que he conseguido un verdadero triunfo.

—Triunfo completo, exclamaron todos, menos la señora Gertrúdis, que continuaba absorta delante del caballete, sin apartar los ojos del lienzo.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

CAPÍTULO V.

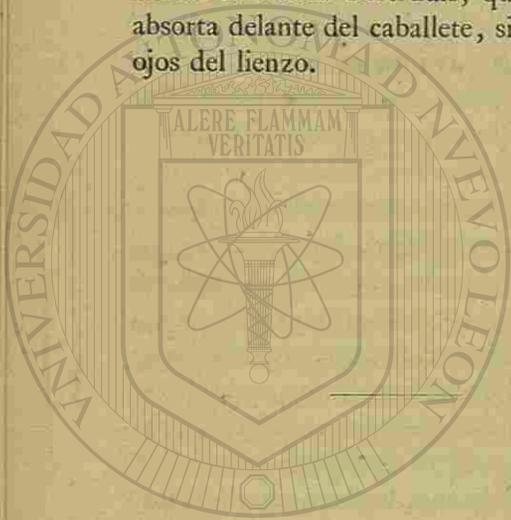
Batalla campal.

Entró Mari en la habitación de Herminia llevando en la mano una bandeja de plata, y sobre la bandeja una carta. La hija de Lord Walbrook, que parecía abismada en profundas reflexiones, apartó la bandeja después de fijar un instante los ojos en el sobrescrito de la carta.

Por el ademán con que apartó la bandeja, y por la expresión de desden con que miró el billete que Mari le presentaba, dejó adivinar que no quería ser interrumpida en la íntima ocupación de dar vueltas á su pensamiento; pero la doncella insistió reiterando la presentación de la bandeja. Entonces Herminia le dijo:

—Mari, mostrais demasiado empeño en que lea esa carta.

—Triunfo completo, exclamaron todos, menos la señora Gertrúdis, que continuaba absorta delante del caballete, sin apartar los ojos del lienzo.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

CAPÍTULO V.

Batalla campal.

Entró Mari en la habitación de Herminia llevando en la mano una bandeja de plata, y sobre la bandeja una carta. La hija de Lord Walbrook, que parecía abismada en profundas reflexiones, apartó la bandeja después de fijar un instante los ojos en el sobrescrito de la carta.

Por el ademán con que apartó la bandeja, y por la expresión de desden con que miró el billete que Mari le presentaba, dejó adivinar que no quería ser interrumpida en la íntima ocupación de dar vueltas á su pensamiento; pero la doncella insistió reiterando la presentación de la bandeja. Entonces Herminia le dijo:

—Mari, mostrais demasiado empeño en que lea esa carta.

— Señora, replicó la doncella, esperan la respuesta, si os dignais darla.

— Si tan urgente es el asunto, añadió la jóven, servidme de secretario; rasgad el sobre y leedme esa carta.

Mari dejó la bandeja sobre una mesa, cogió la carta, rasgó el sobre, y desdoblado el papel, iba á comenzar la lectura de la carta, cuando Herminia la detuvo diciendo:

— No os molesteis, Mari; esa carta estará escrita en español, y vos no entendeis más lengua que la francesa.

— ¡Ah! no, señora, contestó Mari; esta carta la entiendo perfectamente.

— ¡Cómo!..... ¿Habeis aprendido en tan poco tiempo la lengua española?

— Dios mio, exclamó Mari; eso era imposible.

— ¿Entonces?..... volvió á preguntar Herminia.

— Es, contestó la doncella, que la carta que tengo en la mano está escrita en frances.

— En ese caso, podeis leerla. Veamos lo que dice.

— Mari leyó lo siguiente:

«Señora: No he tenido todavía el honor de veros; mas la celebridad de vuestra belleza corre de boca en boca, y no hay á estas horas en Madrid lengua alguna que no haga al día dos ediciones por lo ménos de vuestra hermosura. De esta manera, por absurdo que os parezca, os lo aseguro, ha llegado vuestra imágen á mis oídos. Si os satisface el ser hermosa, me parece que debéis estar satisfecha.

» Yo he querido adivinaros, perdonadme esta vanidad de artista, y encerrándome con mi pensamiento, he intentado reproducir fielmente vuestra imágen. ¿Lo he conseguido? Creo que sí; mas mi satisfaccion no puede ser completa si no obtengo el testimonio de vuestro voto.

» Aquí teneis la pretension que me induce á molestaros. Os envío el retrato, vedlo, y decidme si sois vos la misma que él representa. Si sois la misma, si os reconocéis en la imágen que he bosquejado sobre el lienzo, conservad el retrato como una muestra de la admiracion que os profeso, y no me negueis la ocasion que deseó para ofreceros

personalmente las seguridades de mi afecto. Mas si no he conseguido adivinar vuestra belleza, si no sois vos la que yo he imaginado, devolvedme ese pobre lienzo, y aceptad en cambio el testimonio de mi consideración.»

—¿Quién firma? preguntó Herminia.

—Luisa, contestó la doncella.

—¡Luisa! exclamó la hija de Lord Walbrook.

—Sí, señora, añadió Mari; está bien claro, dice: «Luisa, marquesa viuda de.....»

No dejó Herminia concluir á Mari, pues la interrumpió diciendo:

—¿Dónde está el retrato?

—Lo tiene la mujer que lo ha traído, y no quiere soltarlo, empeñada en que ha de ser ella la que os lo presente.

—Lo mismo da, dijo la joven; hacédla entrar.

—¡Ah! exclamó la doncella, si pudiera evitarse eso.

—¿Por qué, Mari?

—Porque os va á causar una impresion muy desagradable.

—¿Qué decís!

—Digo, señora, que la mujer que trae el retrato es sumamente fea.

Herminia miró un momento á su doncella, arqueó compasivamente las cejas y le dijo:

—No importa, Mari; decidla que éntre.

Salió la doncella, y volvió á entrar guiando á la señora Gertrúdis, que penetró en la estancia sujetando entre sus manos un cuadro oculto en una funda de lienzo. Al ver Herminia el rostro de la señora Gertrúdis no pudo contener una exclamacion, y Mari, moviendo la cabeza, murmuró entre dientes:

—Ya os dije, señora, que era sumamente fea.

—Silencio, añadió la hija de Lord Walbrook, sin advertir que la mujer que traía el cuadro no entendía el frances.

Ésta se adelantó hácia Herminia mirándola de hito en hito, y desembarazando el retrato de la funda en que iba envuelto, lo presentó diciendo:

—La señora Marquesa le envia á V. este recuerdo.

La hija de Lord Walbrook se encogió de hombros como si no entendiera las palabras que acababa de pronunciar la señora Gertrúdis, y fijó los ojos en el cuadro.

— ¡Oh! exclamó Mari viendo el retrato, sois vos, señora.

En efecto, la semejanza era incontestable. La cabeza de Herminia aparecía con toda su deslumbradora belleza. Sobre sus hombros desnudos descansaba un hermoso collar de perlas, y ceñía su talle el cuerpo de un vestido de color de fuego, adornado con encajes negros.

La admiración que se retrataba en el semblante de la hija de Lord Walbrook podía tener dos explicaciones. Ó admiraba en el retrato su propia belleza, ó admiraba el genio del pintor que tan fielmente la había retratado sin tenerla delante. A lo ménos había en el retrato esos rasgos decisivos é inequívocos que determinan las semejanzas entre el original y la copia. Digo esto para tranquilizar los escrúpulos de los lectores incrédulos, no pudiendo probarles la verosimilitud del caso por medio de una información testi-

fical hecha ante el juez de primera instancia.

Pase, dirán algunos, el retrato de Miguel, hecho de memoria por la Marquesa sin haber visto el original más que una sola vez y muy de paso; concedámosle á la noble viuda el rarísimo privilegio de tan feliz retentiva, porque al fin desde el primer momento la imágen del *corrector de pruebas* se había grabado en su memoria; pero el retrato de la hija de Lord Walbrook, hecho por referencia, sin haber visto nunca el original, es exigírle demasiado á nuestra credulidad, por bondadosa que sea.

Y yo digo: Tienen ustedes razón; la reconozco, y únicamente les suplico que sigan adelante.

La señora Gertrúdis dejó ver en sus labios aquella sonrisa que tanto mortificaba á Miguel en los primeros capítulos de nuestra historia, y dijo:

— Señora, no puede V. negar que ése es su retrato.

Mordióse Herminia el labio inferior, reteniéndolo entre sus menudos dientes, como si hubiera querido impedir que pronunciara

alguna palabra imprudente, y se volvió á Mari, diciendo :

—Tomad ese cuadro y colocadlo sobre mi tocador.

Despues se dirigió á la señora Gertrúdis, y señalándole una silla, le hizo ademan de que se sentára. La portera se sentó.

Colocado el cuadro en el lugar en que habia designado Herminia, ésta dijo á Mari :

—Sentaos, que vais á escribir.

La doncella dispuso lo necesario y se sentó con la pluma en la mano, y Herminia comenzó á dictar lo siguiente :

«Señora : Admiro la originalidad de vuestro genio, pues os aseguro que me veo en vuestra obra como en un espejo. Estad segura de que soy yo la mujer que habeis retratado. No sé con qué pagaros tan singular obsequio; un solo medio me ocurre. Os pagaré lo que os debo imitándoos. Yo tambien os adivino, me parece que os veo. ¡Ah! no tengais duda, os conozco. ¿Quereis convenceros de la verdad de mis palabras? pues venid, venid hoy mismo. Vamos, os espero á comer, comerémos solas. Os necesito.»

La hija de Lord Walbrook habia dictado estas palabras acompañándolas con movimientos de inquietud, que dejaban colegir la agitacion interior de su espíritu; agitacion que para la doncella era incomprensible.

Luégo que la última frase estuvo escrita, Mari esperó, creyendo, no sin falta de razon, que la carta no estaba concluida. Lo mismo debia parecerle á Herminia, pues permaneció un instante pensativa; mas por lo visto no encontró más que decir, y levantándose de pronto, exclamó :

—Basta.

Cogió la pluma y firmó rápidamente; ella misma encerró la carta en el sobre y le puso el sobrescrito. Despues la entregó á la señora Gertrúdis, que salió silenciosa de la habitacion, llevándose la carta en la mano y exclamando en voz baja: ¡Dios mio, cómo se parece!..... Pero ¡ah! no es ella, no es ella..... me hubiera reconocido.

—Mari, dijo Herminia, sentándose delante del tocador, hoy quiero estar irresistible.

—Vos lo estais siempre, señora.

—¡Infeliz de mí! exclamó Herminia.

—¿Por qué? preguntó la doncella. Sois rica, vivís en un palacio que Milord ha comprado á vuestro nombre, teneis coches, poseis las más preciosas joyas, vuestra belleza no tiene semejante, os encontrais en la flor de la juventud y sois libre. Dios mio, ¿cómo podeis ser infeliz?

La hija de Lord Walbrook sacudió la cabeza y contestó:

—Maldita hermosura, odiosa riqueza, inútil juventud y horrible libertad. ¿De qué me sirven?

Mari no pudo oír esta exclamacion desesperada sin dar salida á un suspiro estrepitoso, arrancado del fondo de su pecho, revelando esa pena íntima que el catecismo de la verdad, esto es, de la doctrina cristiana, llama, con profundo conocimiento del corazon humano, «tristeza del bien ajeno.» Así entendió Herminia el suspiro de su doncella, pues replicó diciendo:

—Os engaña vuestra envidia, porque, rica, hermosa, jóven y libre, soy la más infeliz de las mujeres.

—¿Qué os falta! preguntó Mari con asombrados ojos.

—Me falta, exclamó Herminia, lo que ni mi libertad, ni mi juventud, ni mi hermosura, ni mi riqueza pueden darme.

Creyó comprender Mari el desesperado sentido de las palabras de su señora, y preguntó de nuevo:

—¿Qué hombre puede ser insensible á vuestra ternura?

Suponed que ninguno. Ó, lo que es lo mismo, imaginaos que el hombre en quien he fijado mi pensamiento, haciéndole dueño de la felicidad de mi vida, es dichoso adorándome.

—Entónces.....

—Entónces, replicó Herminia, soy más desgraciada todavía.

—Señora, no os comprendo.

—Bien, Mari, exclamó la hija de Lord Walbrook contemplándose en el espejo. Sois admirable, y hoy como nunca habeis interpretado fielmente mi deseo. Vuestra habilidad ha conseguido sobre mi cabeza un gran

triunfo. Habéis dado á mis rizos todo el aire de la infancia. Muy bien, Mari, muy bien. Estas ondas que caen sobre mi frente tienen todo el candor de la inocencia.

Y así era la verdad; la cabeza de Herminia había salido de las manos de su doncella peinada con sencillez encantadora. Era la cabeza de una niña, en la que el artificio del peinado se ocultaba bajo la naturalidad de los rizos. Imaginémos todo lo que hay más distante de las horribles monstruosidades con que la moda actual desfigura las cabezas de las mujeres, y tendremos una idea de la graciosa aureola de cabellos rubios que coronaba la frente de Herminia.

Ayudóla Mari á desembarazarse del peinador, y abandonándose al muelle regazo de una cómoda butaca, dijo á su doncella:

—Mari, ya sabéis que estoy visible. A la Marquesa no la detengáis ni un instante, ni para anunciarla; que éntre enseguida.

En aquel momento tocaron discretamente á la puerta, y mientras Mari se guiñaba á sí misma el ojo, Herminia decía:

—Abrid.

La puerta, inmediatamente abierta, dió paso á Lanuza, que entró diciendo:

—Sentiría sorprenderos con mi presencia.

—¡Oh, no! replicó Herminia vivamente; no me sorprendeis, porque os esperaba.

Y como si hubiera querido corregir la ingenuidad de sus palabras, bajó desdeñosamente los ojos, y como si hubiera querido desmentir la severidad de sus ojos, suspiró.

Recogió Miguel estos pormenores con verdadera delicia, y sentándose junto á la joven, le dijo:

—¿Me permitis ser curioso?

—Sedlo.

—¿Por qué me esperabais?

—No sé; pero, en cambio, decidme: ¿por qué habéis venido?

—He venido, contestó con impetuoso acento, porque, os lo juro, no puedo vivir sin veros. No os mostreis ofendida por mis palabras; prefiero vuestra burla á vuestro enojo. Además, tenéis obligación de oirme, porque necesito que me ayudeis á cumplir el penoso sacrificio que me he impuesto.

—Hablad, exclamó la jóven palideciendo. Os escucho sin burla y sin enojo.

—Pues bien. Habeis despertado en mi alma un sentimiento que guardaba yo oculto como sagrada reliquia, como dulce recuerdo de una felicidad perdida que vivia en mí, como la memoria lejana de un paraíso soñado. Sentia yo en mi corazon el misterioso dolor de una gran caída y me consolaba buscando en las soledades de mi pensamiento, en los ocultos rincones de mi memoria, una dulce imágen paciente, resignada, generosa, que me sonreía alentándome á llevar la carga de una vida sin esperanza. Esta imágen toma de repente realidad ante mis ojos. Os presento, os busco y os encuentro. Me acerco á vos, y cuando creo que se ilumina mi vida con la luz de una nueva esperanza, me arrojaís al abismo de una desesperacion profunda. Sois inaccesible, porque vuestro corazon no os pertenece; no quiero que me descubrais vuestro secreto; pero habladme con franqueza, rechazadme con lealtad, negadme vuestra presencia, prohibidme que os vea, y creedme, no volveré á veros. ¿Os parece

demasiado cruel la conducta que os propongo? ¿Creeis, señora, más propio de vuestra belleza y de vuestra bondad el proceder equívoco que habeis adoptado conmigo? Pues bien, yo os aseguro que es indigno de vos. Las mujeres vulgares son demasiado compasivas; las aflige sobre manera la necesidad en que algunas veces se encuentran de ser francas, porque les cuesta mucha pena arrancar del corazon de los hombres las esperanzas que ellas mismas infunden; tanta pena como les costaría arrancar una flor cualquiera de la corona de sus triunfos. La *coquetería* es en sustancia la loca insustancialidad con que las mujeres se prodigan á sí mismas. Así es el vulgo de las mujeres; pero vos, señora, no debeis engañarme con frívolas apariencias.

Oyó Herminia á Lanuza atentamente, y dejando pasar un momento de silencio, en que parecía dudosa, contestó:

—Olvidadme.

Miguel se levantó, hizo un saludo triste y ceremonioso y se dispuso á salir.

—Esperad, exclamó la jóven, tendiendo las manos hácia Lanuza.

Nuestro héroe se detuvo, cruzó majestuosamente los brazos sobre el pecho, y se quedó contemplando á Herminia, que mordía impaciente el cordon de su bata.

—Sentaos, dijo ésta.

Miguel volvió á sentarse exclamando:

—¡Señora!..... no os comprendo.

—Y sin embargo, nadie como vos puede comprenderme.

—Os confieso, señora, que sois para mí un misterio impenetrable.

No pudo Herminia reprimir un suspiro, y Miguel vió brillar dos lágrimas bajo las rasgadas sombras de sus párpados; y las vió como dos estrellas que aparecian en el nublado cielo de su esperanza.

—Os propongo un convenio.

—¿Cuál?

—Seamos amigos.

—Señora, me proponeis una cosa imposible.

—Seamos más, añadió la jóven.

—¿Qué! preguntó Lanuza con ansiedad.

—Seamos hermanos, contestó ella.

—¡Hermanos!

—Sí.

Pasóse Miguel la mano por la frente preguntando:

—Decidme, os lo suplico, ¿qué quereis de mí?

—Os lo diré: quiero ser la sombra de vuestro pensamiento, el reflejo vivo y real de la imágen que llevais en el alma; quiero poseer vuestro cariño, vuestra confianza; quiero estar cerca de vos para sonreir en vuestras alegrías y llorar en vuestras penas; quiero que la semejanza que en mí encontráis con la mujer que habeis amado, mantenga en vuestro corazon el recuerdo perpetuo de su nombre; quiero que me ameis en ella, con ella y por ella. Ved en mí su retrato, á quien ella presta su voz, sus sonrisas y sus lágrimas. ¿Me entendéis? quiero ser vuestra hermana.

Estas palabras salieron en tumulto de la boca de Herminia, pronunciadas con acento vehemente y entrecortado, parecia la explosion de un sentimiento por mucho tiempo comprimido.

Miguel quedó suspenso saboreando la estraña dulzura de aquel singular afecto; y

buscando la clave del enigma, creyó encontrarla y tartamudeó estas palabras:

—Os comprendo, Herminia; á lo ménos creo comprenderos, pero vos no me comprendéis.

Abrió la jóven sus hermosos ojos, cuyo azul profundo parecia iluminado por los resplandores de la aurora, y fijándolos en Miguel con cándido asombro, le dijo:

—Explicaos.

—La primera vez que hablamos, cuando me teniais prisionero en vuestra casa, me dijisteis que os iba á hacer el amor por sustitucion. ¿Os acordais?

—Me acuerdo perfectamente; proseguid.

—Sin duda pensais lo mismo en este instante.

—¿Y bien?

—Sois demasiado altiva para aceptar el segundo término en el afecto de mi alma; y teneis razon; debeis ser en todo la primera, y quereis serlo.

—¿Así lo creeis? preguntó Herminia con satisfaccion mal disimulada.

—Así lo creo; mas, por inexplicable que

sea el interes que me inspirais, por incomprendible que os parezca la misteriosa unidad en que se confunden mi tierno recuerdo y el amor que hácia vos me arrastra, os juro que.....

Herminia alzó la mano para detener el complemento de la frase y se apresuró á decirle:

—No jureis, no hagais traicion á vuestros sentimientos, no cometais una infidelidad inútil, porque os engañais respecto á mi altivez. Me complace ocupar el segundo turno en vuestro corazon. No lo dudeis. Si yo os la hiciera olvidar un momento..... ¡oh! qué cruel desatino, tendria celos de mí misma. Poned la mano sobre vuestro corazon y contestadme. Si ahora mismo surgiera del fondo de este pavimento y se interpusiera entre nosotros y se arrodillara á vuestros piés y cogiera vuestras manos y estampara en ellas sus labios, y os dijera: «Miguel, aquí me tienes; mi alma es siempre la misma para tí; en ella está tu recuerdo vivo, profundo, inmenso, inextinguible como la luz del sol, como la claridad del cielo, como

el alma inmortal en que lo llevo; aquí está lo mismo que tú lo dejaste la última vez que nos vimos, ¿te acuerdas?»

Herminia, uniendo la acción á la palabra para dar más vigorosa, más enérgica expresión á su pensamiento, se había puesto de pié, había caído de rodillas delante de Lanuza, había cogido sus manos y las había besado. En esta actitud seguía diciendo:

—«¿Te acuerdas?» Ahora, añadió cambiando de tono, yo os pregunto: ¿á cuál de las dos tenderíais vuestros brazos?

—¡Señora! ¡Señora! exclamó Miguel trémulo, confuso, indeciso, atónito, ante aquel arrebató, ante aquel abandono.

—Decidlo, añadió la jóven sacudiendo las manos de Miguel, que aún tenía asidas.

—A ella, dijo Miguel con voz ahogada.

—Juradlo.

—Os lo juro.

Apénas pronunció Lanuza el juramento, abandonó Herminia sus manos, púsose de pié, apaciguó la agitación de su rostro, y miró á Miguel con una expresión de ternura indecible; había en ella pasión, gratitud, felicidad.

—Gracias, dijo con dulcísima sonrisa.

—¡Quién sois, señora! exclamó Lanuza absorto.

—Si quereis, contestó ella, seré vuestra hermana.

Nuestro héroe bajó la cabeza y se mordió los labios. Sintió de nuevo en su corazón la herida de los celos y contestó diciendo:

—Me ofreéis cuanto podeis ofrecerme, y os lo agradezco; pero ¡ah! no me envanece la generosa compasión que os inspiro. No abuseis de vuestra bondad. Decidme con noble franqueza que vuestro corazón no os pertenece. Disipad en mí toda esperanza. Eso es lo que os pido, lo que os suplico, señora, lo que os exijo.

La hija de Lord Walbrook, que aún se hallaba de pié, se sentó, ó más bien se dejó caer sobre la butaca; parecía que en su razón luchaban opuestos pensamientos. Después de un momento de indecisión dirigió á Miguel esta pregunta:

—¿Vos lo quereis así?

—Así lo quiero, contestó Lanuza, fingiendo en sus palabras un valor que no sentía.

No contaba ya con fuerzas para prolongar por más tiempo una lucha en la que cada victoria que conseguía era una derrota. Deseaba salir á todo trance de la situación en que se encontraba, prefiriendo el dolor de una cruel certidumbre al lento martirio de la duda. Había, pues, resuelto quemar el último cartucho, y presentaba heroicamente el pecho al golpe mortal que debía aniquilarle.

Con la cabeza baja, fijos los ojos en la alfombra que cubría el pavimento, y anudando maquinalmente entre los dedos el cordón de su bata, preguntó Herminia de nuevo:

—¿No os arrepentiréis jamás de vuestra temeraria exigencia?

—Jamás, señora, contestó Miguel con firmeza.

—Quizá os engañais, añadió la jóven; mas aseguradme ante todo que no me culparéis nunca por haberos confiado el secreto de mi alma.

—No os culparé nunca, os lo aseguro.

—Pues bien, continuó diciendo Herminia.

Sabedlo, vos lo habeis dicho: mi corazón no me pertenece.

Pronunció estas últimas palabras con acento de convicción profunda, con ese acento de íntima certidumbre que hace imposible toda duda.

En honor de la verdad, nuestro enamorado caballero esperaba el golpe y se hallaba dispuesto á recibirlo, puesto que él mismo lo había provocado; pero esta vez la realidad excedió á la imaginación. Lo sintió rudo, violento, terrible; más rudo, más violento, más terrible que lo había esperado.

Herminia leyó en el rostro de Miguel lo que pasaba en su alma, y mirándolo con apasionada ternura añadió:

—Todavía no lo sabeis todo.

—¿Qué más necesito saber? preguntó Lanuza.

—Necesitais saber todo mi secreto. Si no añadiera nada á lo que habeis oído, os engañaría, y no puedo, no quiero, no debo engañaros.

Miguel se encogió silenciosamente de hombros con desesperada indiferencia. ¿Qué

le importaba un nuevo golpe, si ya estaba herido de muerte? Herminia prosiguió diciendo:

— Recordad que vos lo habeis querido; en cuanto á mí, jamas hubiera salido de mis labios esta confesion que habeis arrancado del fondo de mi alma. Ya es tarde para retroceder.

Y echando hacia adelante su hermosa cabeza para acortar la distancia que la separaba de Lanuza, dijo:

— Mi corazon no me pertenece, no es mio, ¿por qué? oidlo bien: porque..... ¿no lo adivináis?

— ¿Por qué, señora, por qué? preguntó Lanuza con voz trémula.

— ¡Ah!..... exclamó ella ocultando el rostro entre las manos, porque es vuestro.

Lanuza se estremeció al oír aquellas palabras; se creía víctima de un sueño, no comprendía lo que le pasaba, no acertaba á explicarse lo que sentia; no le era lícito dudar y no se atrevia á creer. Oprimióse la frente con ambas manos, como si sintiera que la cabeza se le iba, y haciendo un esfuerzo supremo, dijo:

— Repetid, señora, esa palabra, repetidla. Herminia alzó los ojos y repitió lentamente:

— Vuestro..... Vuestro.

— Entónces, exclamó Lanuza, no hay en el mundo poder que consiga separarme de vos. Os seguiré donde quiera que vayais. Seré vuestro amigo, vuestro hermano, vuestro esclavo, vuestro.....

— Imposible, dijo la jóven, interrumpiéndole.

— ¡Imposible!..... ¡decis!

— Sí, imposible.

Este nuevo golpe dejó á Miguel confuso, verdaderamente aturdido; mas, recapacitando, reuniendo con la rapidez del pensamiento todos los datos, todos los pormenores desde su primer encuentro con Herminia hasta aquel momento, buscó con ánsia la verdadera explicacion de tan incomprensible conducta, y vamos, creyó que la habia encontrado.

Herminia era hija de Lord Walbrook; pero Lord Walbrook no se habia casado; era pues hija natural. Debía saber ó sospe-

char la ilegitimidad de su origen, y en esta circunstancia le hacian ver su delicadeza ó su orgullo un obstáculo invencible. Así debió imaginarlo Miguel, pues dijo con vehemencia:

— Os juro que no hay fuerza humana que pueda separarnos, ni obstáculo que no allane el inmenso cariño que os profeso. Si Lord Walbrook me negase vuestra mano, se la robaria para repetiros delante de Dios y de los hombres el juramento de consagraros hasta el último suspiro de mi vida.

Nada replicó Herminia á estas apasionadas frases. Las recibió con triste sonrisa, y levantándose, se dirigió á un pequeño escritorio que próximo á ella estaba, lo abrió y sacó varias cuartillas de papel, que ordenó rápidamente como si estuviesen numeradas, doblólas por la mitad, y encerrándolas en un sobre, se volvió á Miguel diciendo:

— Tomad este manuscrito, guardadlo ahora, y leedlo cuando esteis solo.

Recibió Miguel de manos de Herminia el manuscrito que ésta le presentaba, y besándolo lo ocultó en su bolsillo.

— Ahora, añadió la hija de Lord Wal-

brook, sentándose junto á Miguel, decidme muchas veces que me amais.

— Os amo con todo mi corazón, exclamó Miguel embriagado de felicidad; os amo como sois digna de ser amada.

En esto se oyó el rumor lejano de un coche, que se fué acercando, cesando de pronto; indudablemente se habia detenido delante de la puerta del palacio.

— Os creo, contestó la jóven; ved si os creo.

Y tendió á Miguel su mano correcta, blanca y sonrosada, que éste cogió temblando entre las suyas, sin atreverse á acercar á ella sus labios.

Así permanecieron algunos instantes; así probablemente hubieran permanecido mucho tiempo; pero Herminia, que parecia pensativa, dijo de pronto:

— Besadla.

Entonces Miguel se inclinó en actitud sumisa, y con delicado respeto besó la mano de la jóven.

En aquel instante, y ántes que el dichoso amante pudiera separar los labios de la ma-

no de Herminia, se alzó la cortina que cubría la puerta de la habitación y apareció la Marquesa delante de ellos.

—¡Ah! exclamó la hija de Lord Walbrook poniéndose de pié: Miguel se levantó azorado.

—Señora, dijo Luisa con voz turbada, vuestra doncella no ha querido anunciarme.

—Vos, señora Marquesa, se apresuró á decir Herminia adelantándose á recibirla, no necesitáis que os anuncien, porque acabáis de entrar en vuestra casa. Sentaos..... me parece que estais cansada..... ¡Dios mio! ¿os sentis mal?

En efecto, la Marquesa estaba sumamente pálida, y sonriendo dulcemente á Herminia y á Lanuza, se sentó. Éste disimulaba en vano su sorpresa, y no sabiendo qué hacer, saludó cortésmente á la Marquesa, pidió permiso para retirarse, lo obtuvo y salió de la estancia.

Las dos nuevas amigas se encontraron solas y frente á frente.

CAPÍTULO VI.

El manuscrito.

Desde el palacio del Lord Walbrook, el afortunado mortal, que, como hemos visto, acababa de obtener el envidiable amor de la hermosa Herminia, se dirigió apresuradamente á su casa, con ánimo resuelto de encerrarse en su cuarto y devorar el manuscrito que llevaba en el bolsillo. Sin embargo, creía haber adivinado lo que el pliego contenía. ¿Qué había de ser? Indudablemente la historia de alguna locura de Lord Walbrook. El noble inglés pudo muy bien poner sus ojos grises, más ó ménos tiernos, en alguna criatura bastante bella y bastante pura para ser amada, mas no tan ilustre ni tan rica, que pudiera aspirar á la suprema dignidad de Miladi. Para estos casos tiene la

no de Herminia, se alzó la cortina que cubría la puerta de la habitación y apareció la Marquesa delante de ellos.

— ¡Ah! exclamó la hija de Lord Walbrook poniéndose de pié: Miguel se levantó azorado.

— Señora, dijo Luisa con voz turbada, vuestra doncella no ha querido anunciarme.

— Vos, señora Marquesa, se apresuró á decir Herminia adelantándose á recibirla, no necesitáis que os anuncien, porque acabáis de entrar en vuestra casa. Sentaos..... me parece que estais cansada..... ¡Dios mio! ¿os sentis mal?

En efecto, la Marquesa estaba sumamente pálida, y sonriendo dulcemente á Herminia y á Lanuza, se sentó. Éste disimulaba en vano su sorpresa, y no sabiendo qué hacer, saludó cortésmente á la Marquesa, pidió permiso para retirarse, lo obtuvo y salió de la estancia.

Las dos nuevas amigas se encontraron solas y frente á frente.

CAPÍTULO VI.

El manuscrito.

Desde el palacio del Lord Walbrook, el afortunado mortal, que, como hemos visto, acababa de obtener el envidiable amor de la hermosa Herminia, se dirigió apresuradamente á su casa, con ánimo resuelto de encerrarse en su cuarto y devorar el manuscrito que llevaba en el bolsillo. Sin embargo, creía haber adivinado lo que el pliego contenía. ¿Qué había de ser? Indudablemente la historia de alguna locura de Lord Walbrook. El noble inglés pudo muy bien poner sus ojos grises, más ó ménos tiernos, en alguna criatura bastante bella y bastante pura para ser amada, mas no tan ilustre ni tan rica, que pudiera aspirar á la suprema dignidad de Miladi. Para estos casos tiene la

seducción medios eficaces, y claro está que Lord Walbrook pondría en práctica aquellos que más pronto y más fácilmente lo llevarán al cumplimiento de sus deseos. La pobre muchacha caería en la red, esto es corriente, y affligida y desesperada escondería su infortunio en el rincón más oculto de la tierra, y al fin moriría de pesar; por supuesto, después de haber dado á luz á Herminia. Lord Walbrook recogería á su hija, la haría educar en uno de los mejores colegios de Francia, llevándola después en su compañía.

Esta historia, poco más ó ménos, era la que, según Miguel, contenía indudablemente el manuscrito. En él habría cartas autógrafas que atestiguaran la verdad del caso. La jóven procedía noblemente, descubriéndole de ese modo el secreto de su nacimiento, y Miguel se recreaba pensando en el efecto que causaría en Herminia la firme resolución que abrigaba de reparar con su amor, con su nombre y con su mano aquella injusticia de la suerte. Lord Walbrook no rechazaría sus pretensiones, tanto más, cuanto que Herminia le dejaría entender su in-

clinación y su deseo, y era asunto concluido, porque era indudable que la singular belleza de la hija ejercía sobre el padre una influencia decisiva. Por lo visto, el orgulloso Lord no se atrevía á reconocerla públicamente, presentándola en el mundo como á la legítima heredera de su nombre y de su fortuna. Debía tener para ello varias razones, que Miguel respetaba; pero al fin era su hija, y Lord Walbrook quería compensarla de esta crueldad de su destino, rodeándola de las más complacientes atenciones.

Semejante situación era, sin duda, la causa del retraimiento, de la soledad y hasta del misterio en que entrambos vivían. No faltaba, como á su tiempo vimos, quien supiera que la hermosa jóven se hallaba unida al opulento inglés con vínculos poco honestos; pero Lanuza condenaba estas murmuraciones de la malicia al más completo desprecio, porque tenía un dato seguro para creer que Herminia era hija de Lord Walbrook, como él mismo había dicho á Sir Packet el día que vieron el retrato de la jóven en las habitaciones del Lord.

El dato de Miguel consistía en la tranquila y natural benevolencia con que supo el motivo que había tenido á nuestro héroe toda una noche escondido en el ropero de Herminia, y la solicitud con que dispuso las cosas de modo que Miguel saliera del palacio sin comprometer el decoro de la jóven. Semejante conducta no es propia de un amante. Y si es que por el momento pudo reprimir el impulso de la sospecha, ¿cómo después no puso obstáculo alguno á que los dos jóvenes se vieran y se trataran con afectuosa intimidad? Semejante conducta será imprudente en un padre, denotará excesiva confianza ó demasiada indiferencia; pero es de todo punto inadmisibile en un amante. Indudablemente Herminia era hija de Lord Walbrook. Para Lanuza era una cosa evidente, de clavo pasado.

Sea la que quiera la fuerza que nosotros concedamos á esos razonamientos, convenáremos en que no había motivo fundado para pensar otra cosa, sin perjuicio de que los más suspicaces pudieran dar cabida á todo género de sospechas. Entre tanto Mi-

guel era el sér más feliz de la tierra; se dirigía á su casa, llena la imaginacion de las más risueñas esperanzas. ¡Qué cambio tan dichoso y tan repentino en su suerte! Había ido á despedirse de Herminia para siempre; llevaba el firme propósito de verla por última vez, y hé aquí que cuando ménos lo esperaba se encuentra á punto de unirse á ella también para siempre..... ¡Qué loca es la fortuna!

Mas no hay en el mundo felicidad completa; en el fondo del vaso en que la dicha humana nos ofrece las más dulces delicias, no falta nunca una gota de hiel. La inesperada presencia de la Marquesa en el cuarto de Herminia en el momento en que oprimía con sus labios la codiciada mano de la jóven, le había producido una impresion fria y dolorosa. ¿Cuándo, cuándo había hecho la Marquesa conocimiento con Herminia? ¿Dónde se habían visto por primera vez? ¿Cómo habían trabado aquella amistad, que parecía íntima y antigua? ¿Por qué Herminia lo había ocultado? Siempre que un hombre, hablando á sus solas, se dirige muchas

preguntas acerca del mismo asunto, es señal casi segura de que no tiene ninguna respuesta que darse.

No debe sorprendernos la serie de dudas que á Miguel ocurría, pues ignoraba lo que nosotros sabemos; esto es, la singular manera con que la Marquesa se habia puesto en comunicacion con Herminia.

Realmente ningun temor fundado despertaba en su ánimo la amistad, hasta entonces ignorada, de la Marquesa y de la hija de Lord Walbrook; pero su amor se sentia mortificado. Luisa los habia sorprendido en un momento de tierno abandono. ¿Qué pensaria la Marquesa de Herminia? Esta gota de hiel, que acibaraba su dicha, la comprenderán fácilmente los corazones que hayan amado de véras, porque sabrán que nada hay más celoso del buen concepto de la mujer querida, que el amor verdadero.

Aprovecho esta ocasion para dar á las mujeres que lean esta verdadera historia una regla que puede servirles: siempre que el hombre cuyo corazon creéis poseer, os permita esa multitud de ligerezas, no siempre

inocentes, con que soleis hacer sospechosa vuestra conducta en el concepto de las gentes más ó ménos maliciosas, estad seguras de que ese hombre no os quiere, por la sencilla razon de que no os estima.

Entró Miguel en su casa y se encerró en su cuarto, sacó el manuscrito del sobre en que estaba encerrado, y desdoblándolo, comenzó á leer la primera página sin sentarse, y dando desde la primera palabra muestras de admiracion y de asombro, bien naturales por cierto, si se considera que los renglones se sucedian uno detras de otro escritos en castellano, cuando él creia que Herminia ignoraba nuestra lengua. Siempre, como sabemos, hablaba en frances. Es verdad que aquéllas podian haber sido escritas por otra mano. La letra era de mujer, bastante clara, aunque al parecer poco ejercitada.

Devoró la primera página y pasó á la segunda, leyendo con interes visible y creciente. De vez en cuando dejaba escapar ahogadas exclamaciones, otras veces rechinaba los dientes con ira ó con dolor reconcentrados; las hojas del papel que leia temblaban en sus

manos. Por último, llegó al final de lo que parecía como el primer capítulo del manuscrito, y allí se detuvo, respiró con violencia, y pálido como un difunto, se sentó en la silla más próxima al balcón, sin duda porque sus ojos turbados necesitaban toda la luz del cielo para proseguir la lectura que tan profunda sensación le causaba.

Comenzó á leer de nuevo, y hé aquí copiada al pie de la letra la continuacion del manuscrito. Decía de esta manera :

« Todo eso que acabo de escribir con la ira en el alma y las lágrimas en los ojos, ocurrió en aquella aciaga noche de terribles visiones. Mi primer pensamiento fué morir; pero pronto acudió á reanimar mi espíritu desfallecido otra idea más terrible que la misma muerte: la venganza. Experimenté una horrible necesidad de vengarme, y me así con desesperacion á la mano que en aquel instante se me ofrecía. Yo habia sufrido con paciencia el ódio brutal de un sér perverso, á quien la costumbre me hacia llamar hermano. Yo sobrellevaba con resignacion la

sórdida avaricia y la fria maldad de una mujer que habia usurpado traidoramente el lugar de mi madre. Me veía ultrajada y vendida, pero me alentaba y me defendía una esperanza: él.

» ¡Cuántas veces, apoyada sobre el alféizar de mi ventana, buscaba aquellas miradas y aquellas sonrisas, que eran la única compañía que encontraba en la soledad de mi vida!

» No pretendo disculpar mi falta; la reconozco, la confieso y la lloro. »

Miguel apretó convulsivamente el puño y lo dejó caer con violencia sobre el brazo del sillón en que se hallaba. Suspiró despues con ansiosa cólera, y prosiguió leyendo.

« Aquella misma noche salimos de Madrid. » Me sería imposible referir con exactitud los pormenores de este viaje repentino. El Duque lo dispuso con una actividad asombrosa. Recuerdo que salí de la casa apoyada en su brazo, que subí en la berlina que nos esperaba en la puerta, y que partimos. No

sé dónde nos detuvimos; nos apeamos y el Duque despidió su berlina; pero allí había otro coche, en el cual subí, y á los pocos instantes partió, rodando impetuosamente sobre el empedrado de las calles; despues comenzó á deslizarse suavemente, como si corriera sobre una alfombra.

»La luz del día, tan alegre para los dichosos y tan triste para los desgraciados, esparció por el horizonte la primera claridad de la mañana. Entonces miré á mi alrededor con el asombro del que despierta de un sueño, y pronto comprendí la terrible realidad de la situación en que me veía, y cerré los ojos, porque no tenía valor para mirar la oscuridad de mi suerte, iluminada por la cándida luz de la mañana. Hay días que no debían amanecer nunca; yo hubiera preferido en aquel instante una noche eterna; el sol iba á descubrirme ante mis propios ojos, y tenía miedo de verme.

»Yo sola ocupaba el testero del coche, sentía mis rodillas abrigadas por el suave peso de una hermosa piel, y había junto á mí una capa y un sombrero de viaje. En-

frente de mí, reclinadas las cabezas sobre los dos opuestos ángulos del coche, dormían dos personas: el Duque y una señora; ¡una señora.....! tal era, por lo ménos, su aspecto. Esta inesperada compañía animó mi espíritu abatido. Sus facciones me eran de todo punto desconocidas. No era jóven, y dormía profundamente con esa seriedad que el sueño imprime en el semblante de las personas dormidas. No recordaba cuándo había entrado en el coche; yo no hacía memoria de haberla visto entrar, pero su presencia allí me aseguraba de que había entrado. Sin duda estaba ya dentro del coche cuando yo llegué.

»Al traves de los vidrios que cerraban los ventanillos, vi adelantarse hácia mi izquierda una hermosa quinta, rodeada de un extenso jardín, cuyos árboles silenciosos levantaban al cielo sus tranquilas copas.... ¡ay! yo tuve envidia del reposo en que vivían. Por un momento temí que aquella quinta solitaria fuera el término de nuestro viaje, y temblé, porque en la inquietud en que se hallaba mi espíritu, necesitaba correr, correr, sin detenerme en ninguna parte; pero

el coche pasó á cierta distancia de la quinta.

» Poco despues se presentó á mi vista la sombra de una inmensa mole de piedra, que me pareció á la vez templo y palacio, y luego percibí las primeras casas de un pueblo, al cual nos acercábamos.

» Dió el coche un vaiven, y el Duque se despertó; yo cerré los ojos, como si de este modo quisiera ocultarme. Sentí que el Duque bostezaba desmesuradamente, y oí que en voz muy baja llamaba á la señora, diciéndole:

» — Marta..... Marta.....

» — Señor, contestó ella despertándose.

» — ¿Parece que duerme?

» — Sin duda; ¿qué ha de hacer la pobre niña?

» — Ya sabe V., añadió el Duque, que ha de cuidarla con la solicitud de una madre.

» — Así lo haré, señor Duque; seré á la vez su madre, su aya y su doncella.

» Yo escuchaba esta conversacion sin atreverme á abrir los ojos, pero no los tenía tan cerrados, que no pudiera ver el rostro de la señora Marta, cuyos ojos, abotargados por el sueño, me miraban con admiracion bon-

dadosa. Me pareció sumamente delicada la conducta del Duque, y le agradecí con todo mi corazon la compañía de aquella mujer, porque empezaba á sentirme arrepentida y aterrada del paso que acababa de dar huyendo con el Duque.

» El coche se detuvo, y me fué preciso abrir los ojos, pues el Duque se habia apeado, y la señora Marta, inclinada sobre mí, me decia dulcemente:

» — Señorita..... señorita.....

» — ¿Dónde estamos? le pregunté, fingiendo que despertaba.

» — En el Escorial, me contestó, echando sobre mis hombros la capa de viaje que habia junto á mí. Maquinalmente cogí el sombrero y me lo puse, dejando caer el velo sobre mi rostro. Me apeé de un salto, tocando apenas la mano que el Duque me ofrecia, y asida al brazo de Marta, entré en la fonda, donde nos condujeron á una habitacion en que habia dos camas. El Duque nos dejó en ella, y desapareció.

» A fuerza de reiteradas instancias consiguió Marta hacerme tomar un vaso de agua con

azúcar; fué lo único que acepté de cuanto me ofrecía. Tampoco quise acostarme; pero comprendiendo que mi buena aya no se acostaría mientras yo no lo hiciera, me recliné sobre un sofá y me quedé dormida.

»A la hora del almuerzo apareció el Duque y almorzamos silenciosamente; digo mal, porque yo almorcé apenas. Después del almuerzo volvimos á quedarnos solas, y Marta trató de distraer mi tristeza con toda clase de conversaciones. Parecía empeñada en no dejarme sola con mi pensamiento, y yo, Dios mio, se lo agradecía.

»No quería saber dónde iba, dónde me llevaban; me era indiferente cualquier punto de la tierra.

»Luego que la señora Marta hubo agotado el repertorio de sus conversaciones, inclinó suavemente la cabeza sobre el pecho, entregándose nuevamente á las dulzuras del sueño.

»Yo me levanté, porque necesitaba moverme; mis ojos se oscurecían con las lágrimas, y me faltaba aire, porque los sollozos me ahogaban. Parecía que también me aban-

donaban el aire y la luz. Buscando luz y aire, abrí el balcon y me asomé. Daba el balcon sobre la puerta de la casa, y estaban enganchando los caballos del coche que nos habia traído. Sin duda alguna se volvía á Madrid. Un secreto impulso me arrastraba hácia aquel coche que iba á tomar de nuevo el camino, y concebí el proyecto de volverme; pero..... ¿qué iba á ser de mí? ¿dónde refugiarme? ¿á quién acudir? Someterme de nuevo al imperio de mi madrastra era exponerme á mayores peligros. Habia comprendido al fin la refinada maldad de su codicia; ella fué la causa de la horrible muerte de mi buen padre. ¡Infeliz de mí! no tenía adónde volver los ojos; él también me abandonada, ¿y por qué?..... porque el fausto de la Marquesa habia deslumbrado su corazón. ¿Quién era yo, desdichada criatura, sola en el mundo, encerrada en una boardilla sin más lujo que el de mi inocencia, sin más fausto que el de mi amor, para disputarle á la brillante viuda el cariño de aquel hombre, que era mi vida?

»La rabia volvió á apoderarse de mi alma, y deseé en aquel instante con ardiente codi-

cia todas las riquezas de la tierra, y juré volver rica, espléndida, deslumbradora, implacable, y vencerla, hundirla, avasallarla y arrancarle el corazón que me había robado.

»Partieron los caballos, y el estrépito que el coche produjo al rodar sobre el empedrado de la calle despertó á la señora Marta, que no viéndome en el sitio en que me había dejado al dormirse, acudió presurosa al balcón, y como sorprendida, me dijo:

»—¡Ah señorita, está V. aquí!

»—Sí, le contesté; necesitaba aire, luz y horizonte.

»—Muy bien hecho, añadió, y me parece que le han sentado á V. muy bien la luz, el horizonte y el aire, porque ese hermoso rostro está más animado.

»Mi respuesta fué una sonrisa, y Marta prosiguió diciendo:

»—En París, que es indudablemente el paraíso terrenal, acabará de disiparse esa tristeza.

»—¿Vamos á París? le pregunté.

»—Por supuesto; á no ser que la señorita desee ir á otra parte, porque entonces el

Duque cambiará inmediatamente de itinerario. ¡Ah! el señor Duque es todo un caballero y la ama á V. con locura; pero créame usted, señorita, no sé cómo hay quien se muere sin ver á París. En todas partes se vegeta, en París se vive. ¡Oh, qué París, qué París!

»—¿Usted lo conoce? le pregunté yo.

»—Mucho, me contestó. Lo conozco á dedos; he pasado en él largas temporadas, días muy felices, y sin embargo, añadió suspirando, tiene para mí un triste recuerdo. En París enviudé.

»—Ah, exclamé yo, ¿es V. viuda?

»—Sí señora; viuda de Mr. Beauvilliers, coronel de infantería. Mi pobre Beauvilliers servía en el ejército español. Era muy valiente, y siempre que había guerra ofrecía su espada al que mejor le pagaba. Al fin murió, dejándome en París sola, en la soledad de la miseria, sin la triste viudedad que por su graduación me correspondía, y lloré mucho..... No se admire V., señorita. Me volví á España, y con la protección del señor Duque he ido viviendo. Mas en París se ol-

vidan todas las penas. Yo le anuncio á V. una vida brillante, una vida de princesa. Pronto adquirirá V. allí los modales de una gran señora. ¡Caramba!..... es V. muy hermosa y dará V. golpe.

» Confieso ingenuamente que oía con gusto á la señora Marta anunciarme la vida que me esperaba, como si sus palabras fueran en cierto modo el eco de mi pensamiento.

»—Sí, le dije, irémos á París.

» A la hora de comer entró el Duque en nuestro cuarto, y la comida no fué tan silenciosa como el almuerzo.

» A las diez de la noche nos dispusimos á continuar nuestro viaje. Asida al brazo de mi aya, y guiadas por el Duque, nos dirigimos á la estación del camino de hierro y llegamos á punto que entraba en ella el tren correo procedente de Madrid; subimos á un departamento reservado, y en seguida se puso el tren en movimiento.

» No pude reprimir el secreto impulso de una aficción repentina, y mis ojos se llenaron de lágrimas. Sentí en mi corazón un inmenso vacío, como si me lo hubieran arran-

cado del pecho, y fuera de él, de mi mismo corazón, de quien me separaba. Me irrité contra mi debilidad, puse mi orgullo sobre mi pena, enjuagué mis ojos con mano cólerica y me erguí..... Entre tanto la máquina rugía, dejando oír ese acento agudo y lastimero que estremece el aire y rompe los oídos; de vez en cuando brillaban relámpagos fugitivos, el humo, iluminado por chispas que parecían centellas, pasaba como un torbellino por delante de los cristales del coche; un trueno interminable, ronco, continuo, hacia temblar el tren en que volábamos, arrastrado con ímpetu salvaje por una fuerza brutal, ciega, furiosa. Había algo de desesperación en aquella carrera monstruosa. Todo huía á nuestro alrededor; los montes, los árboles, las casas, las llanuras se precipitaban á nuestro paso como ríos sin cauce; las montañas se adelantaban sobre nuestras cabezas, parecía que iban á aplastarnos, pero se rasgaban hendidias por el tren, que volaba como una flecha. Hubo momentos en que creí que la tierra iba á abandonarnos. Sólo el cielo lejano del horizonte nos seguía an-

sioso por uno y otro lado. Me pareció que quería detenernos..... Era tarde; mi suerte estaba echada.»

Aquí encontró Miguel interrumpido el manuscrito, y con mano trémula volvió la hoja y con ojos desencajados continuó leyendo de esta manera:

«El Duque, Marta y yo nos encontramos instaladas en una preciosa casa en los Campos Elíseos; es un pequeño palacio, en el que todo respira comodidad y lujo. Mis habitaciones tienen salida á una terraza ceñida por una balaustrada de piedra, donde tengo mis flores y mis pájaros en elegantes jarrones y en jaulas doradas. Hablo ya en frances como si hubiera nacido en París.

»¡Oh! mi vida es muy envidiable, yo misma me la envidio. Empieza la primavera y los árboles del jardín se rejuvenecen cubriéndose de hojas; mis flores se abren tímidamente y mis pájaros cantan con loca alegría.

»¿Soy dichosa? Veamos.

»Por las mañanas me viste mi doncella; Mari es una buena muchacha, que me viste admirablemente, adivina mis gustos y comprende mis caprichos. Es una doncella de verdadero mérito. Mi primera visita es á la terraza. Despues me siento delante del piano. Otras mañanas prefiero la pintura á la música, y salen de mi pincel los más caprichosos paisajes. Mis maestros se admiran de los progresos que hago en la pintura y en la música.

»Marta viene á buscarme para conducirme al comedor; allí está el Duque, que me saluda cariñosamente, emprendemos una conversacion cualquiera y almorzamos. La señora de Beauvilliers posee un excelente apetito y es ademas muy habladora, de manera que suele verse apurada para comer sin interrumpirse; esto nos hace reír. Despues del almuerzo, ya se sabe, damos una vuelta por el jardín. Hay un estanque y los peces me entretienen mucho. Acuden á mi voz, formando delante de mí una nube de todos colores, que brilla bajo las ondas azules del agua; les echo migas de pan, y es claro, saltan de alegría.

»El Duque nos deja pronto. Parece que teme molestarme. Todavía no ha entrado una vez siquiera en mi cuarto. Por supuesto, yo no le digo nada; vivimos como dos hermanos.

»Por la tarde salgo en carretela con Marta ó á caballo con el Duque, y la noche la pasamos en el teatro de la ópera ó en el teatro frances; Marta y yo, porque no siempre el Duque nos acompaña.

»Vuelvo á preguntarme. ¿Soy dichosa?

»En el teatro todos los gemelos se dirigen á mi palco. He podido observar que algunos caprichos de mi tocado se convierten en moda. Marta dice que hago *furor*. En paseo me siguen con empeño los más atrevidos, disputándose mis miradas y solicitando mis saludos. Alguna vez me envanecen estos triunfos, otras veces me fastidian, y siempre los rehuso.

»Pero la situación en que me hallo no puede prolongarse mucho tiempo; el Duque se ha encerrado en una delicadeza impenetrable. ¿Qué hago?..... Es preciso tomar una resolución. Yo tengo un proyecto; verémos.

Dejo la pluma, y Dios sabe cómo continuaré estos apuntes de mi vida.

Se hallaba el manuscrito interrumpido de nuevo, y luégo proseguía:

«¡Dios mio, voy á ser Duquesa!

»No era posible permanecer más tiempo en posición tan equívoca. El delicado respeto y la fina reserva con que el Duque me trata desde que me prometió ser mi amigo, mi padre y mi hermano, me obligan á mí á no abusar por más tiempo de su generosidad; mi misma gratitud me impone el deber de ser á mi vez delicada y generosa. ¿Qué soy yo en esta casa? ¿Con qué títulos poseo el fausto que me rodea? Es preciso poner término á mi indecisión y romper la red que me aprisiona.

»Así discurría yo, reclinada en el divan suntuoso que da vueltas al rededor de las aterciopeladas paredes de mi cuarto. Cerré los ojos para evadirme de las tentaciones del lujo que me rodeaba, buscando en la oscuridad un rayo de luz que me guiara.

»No sé el tiempo que permanecí de esta manera, pero sentí junto á mí algo que me hizo estremecer, y abrí los ojos.

»El Duque, doblada una rodilla sobre la alfombra y tendiendo sus manos suplicantes hácia las mias, se hallaba delante de mí contemplándome absorto.

»—¿Qué haceis? exclamé incorporándome.

»—Lo que ves, me contestó permaneciendo inmóvil.

»—No os comprendo, le dije.

»—Óyeme, replicó con dulce tristeza. Por primera vez, desde que salimos de Madrid, me he atrevido á penetrar en el santuario de tu cuarto. Ahora he querido verte, porque tenía necesidad de hablarte, y he llegado hasta aquí ansioso é indeciso; te he visto dormida y me he acercado á tí para adorarte.

»—Me alegro, dije yo, intentando sonreírme, porque yo también deseaba veros.

»—Habla, exclamó tomando una de mis manos.

»—Sentaos, añadí yo retirándola.

»Cogió una silla y se sentó junto á mí, muy cerca, demasiado cerca.

»—¿Qué queréis de mí? le pregunté.

»—Tu amor, me contestó; la delicia de tu amor.

»Yo suspiré, bajé los ojos, y dos lágrimas cayeron de mis párpados. No sé por qué lloraba.

»Entónces él asió mis manos y me atrajo hácia sí tanto, que sentí su respiracion casi en mis labios.

»No puedo explicar lo que pasó por mi corazón. Creo que horrorosamente oprimido lanzó hácia mi rostro toda la sangre que contenía, pues yo sentí en mis mejillas un fuego abrasador. Me sacudí con violencia, me desasí de sus manos y grité:

»—Nunca, nunca.

»Sin detenerme salté sobre la puerta que abría paso á la terraza con tal ímpetu, que mi cabeza chocó fuertemente con los cristales, rompiéndolos. A pesar del aturdimiento que este golpe me produjo, abrí y me lancé á la terraza; llegué á la balaustrada y allí me detuve. El Duque, pálido, azorado, ve-

nía detras de mí. Al verlo me así con todas mis fuerzas al pasamano de la balaustrada, y le grité:

»—Si os acercáis me tiro de cabeza.

»Mi voz ahogada y mi ademan desesperado detuvieron al Duque, que cruzando los brazos, me dijo con acento conmovido:

»—Magdalena, eres injusta.

»Volvióse hácia la puerta y llamó á Marta, que acudió presurosa, y acercándose á mí exclamó:

»—¡Ah, señor Duque, está herida!

»Con el golpe que di contra los cristales me habia herido ligeramente en la cabeza sobre la sien, y una gota de sangre rodaba por mi mejilla.

»Me entraron en mi cuarto; el Duque cortó un rizo de mis cabellos para descubrir la herida, y rodeó á mi cabeza su pañuelo. Despues se retiró diciéndome:

»—Tranquilízate; no volveré á enojarte con mi presencia; pero dentro de ocho días comprenderás adónde llega la ciega pasion que por tí siento.

»Hoy hace justamente ocho dias que no

salgo de mi cuarto. Marta no se ha separado de mí ni un instante; al Duque no he vuelto á verlo.

»Esta mañana entró Mari y me dijo:

»—El señor Duque desea ver á la señorita.

»—Que pase, le contesté.

»Entró el Duque, puso sobre mi tocador un rollo de papeles, y me preguntó:

»—¿Qué deseas?

»—Deseo, caballero, le dije, salir de vuestra casa, pues no debo continuar más tiempo en ella.

»—Bien, añadió; pero ántes dime: ¿me aborreces?

»—No, le contesté.

»—¿Quieres ser Duquesa? volvió á preguntarme.

»—No supe qué responder. Entónces puso el rollo de papeles en mis manos y salió de la estancia.

»Por lo que pude entender, aquellos papeles contenian una escritura de esponsales; al pié estaba la firma del Duque.

»—Firmad, me dijo Marta, y firmé.»

Aquí hacia el manuscrito capítulo aparte, y Miguel dejó caer la cabeza sobre el pecho, como si la sintiera agobiada por un peso enorme. Al fin hizo un esfuerzo, volvió la hoja y siguió leyendo:

«Ya soy Duquesa. Anoche recibí la bendición nupcial; el notario formalizó nuestro contrato y un sacerdote recibió nuestros juramentos. Los testigos comieron con nosotros; fueron un general bastante brusco, un diplomático algo pretencioso y un lord inglés, vecino nuestro, soberanamente inalterable.

»Marta está loca de alegría y Mari llora como una tonta.

»¿Y yo? ¡Ah! yo estoy aturdida, no sé lo que me pasa. Pienso que soy Duquesa, que iré á Madrid y mi venganza será completa. ¡Oh! voy á brillar ante sus ojos, á deslumbrarlo, á enloquecerlo; voy á encender el infierno de la envidia y el rayo de los celos en el alma de esa mujer orgullosa que se ha puesto en mi camino, en mi humilde camino.

»Pienso esto despreciándome en el fondo

de mi corazón, porque yo he engañado al Duque; no lo amo, no puedo amarlo. ¡Dios mío, esto es infame!»

Notó aquí Miguel que continuaba el manuscrito en letra más menuda y más encadenada, que los reflejos de la tinta eran más azules y que aparecía el papel sombreado por manchas que parecían huellas de lágrimas. Con ánsia indecible prosiguió leyendo.

«Abro de nuevo estas páginas despues de haber pasado el verano en Suiza y el invierno en Italia, y despues de haber estado á las puertas de la muerte; pero esta vida cruel no ha querido abandonarme.

»Haria poco más de un mes que era Duquesa, cuando una mañana me advirtio Marta que el Duque estaría ausente algunos dias. ¿A dónde ha ido? pregunté, y Marta, siempre tan habladora, se encogió de hombros. Me sorprendió, no la ausencia, sino que el Duque me la hubiera ocultado; pero tambien me encogí yo de hombros y no volví á hablar más del asunto.

»Al día siguiente entró Mari en mi cuarto algo azorada.

»—¿Qué ocurre? dije.

»—Ocurre, me contestó, que el caballero inglés que habita el palacio inmediato quiere veros.

»—¡Ah! exclamé yo, será Lord Walbrook, uno de los testigos de mi casamiento. Decidle que recibo.

»En efecto, era Lord Walbrook, que entró haciéndome una profunda reverencia. Le invité á sentarse, y se sentó diciendo:

»—Mientras no encuentre una muerte digna de mí, me he propuesto ir engañando la vida con el propósito de realizar una empresa extraordinaria. Imaginaos, señorita, que estoy empeñado en reunir una colección completa de los tipos de todas las especies de seres que pueblan la tierra. Por supuesto, una colección viva. Poseo ya varios ejemplares típicos de diferentes razas de cuadrúpedos; pero ahora me he fijado particularmente en la especie humana, y he adquirido un hermoso negro, un chino auténtico, un griego correcto como Apolo. Os vi en un momento ar-

tístico de primer orden, revestida con toda la majestad de la belleza trágica. Desde mi palacio pude admirar vuestro conjunto de estatua sobre la terraza de vuestro palacio. Saliais airada, tremenda, os lanzasteis sobre la balaustrada, y me pareció que os ibais á arrojar de cabeza. Yo tendí maquinalmente las manos para deteneros, temeroso de que os rompierais un brazo en la caída. Aunque la distancia es corta, no distinguía bien vuestras facciones, y con el auxilio de mis gemelos descubrí todas las perfecciones de que estais dotada, y os juro que sois un tipo admirable; yo no he visto jamás nada más bello, y desde entonces me propuse adquirirlos, porque sois un ejemplar digno de figurar á la cabeza de mi colección.

»Yo oí con asombro las palabras del inglés, supuse que su cabeza no estaba sana, y le contesté:

»—Caballero, ignoraba que tuviese mérito bastante para ser un objeto de museo, mas ya sabéis que he tenido la impremeditación de casarme con el Duque; de modo que vuestra série de tipos va á quedar incompleta.

»—¡Oh! no, exclamó con una formalidad pasmosa. Para conseguirlo hablé seriamente con el Duque sobre este asunto, y pronto nos entendimos. Soy muy tenaz en mis pretensiones; no cedo nunca, tendré orgullo en poseeros, y ha llegado el momento de adquirirlos.

»—Milord, grité indignada á pesar mio. ¡Qué estais diciendo!

»—Nada de eso, me contestó; juzgais mal mis intenciones. No solicito vuestros favores. Lord Walbrook no ama, añadió sonriéndose, ni apetece ser amado; para mí no sois más que una obra de arte, una estatua viva, la Vénus de Médicis, la Vénus de Milo; más aún, el original asombroso de la misma Eva, que habla y respira; no encuentro en vos una mujer, sino un tipo, y en verdad, un tipo que no tiene precio. Suprimid mi coleccion, y me sois de todo punto indiferente. En mi palacio, que desde ahora es vuestro, encontraréis un hospedaje digno de vos. Serán satisfechos todos vuestros caprichos en todo aquello que no perjudiquen á vuestra belleza. Os veréis libre, independiente. Me comprometo á trataros como á una

hija. En fin, extenderémos una escritura en la forma que os parezca. Creo, pues, que mi proposicion os conviene. ¿Qué dificultad encontráis para negaros á ser la hija predilecta de mi coleccion? En el mundo no hallaréis un partido como el que yo os hago.

»Acabé de persuadirme de que el pobre Lord estaba loco, y por evadirme de sus pretensiones, aunque empezaban á hacerme gracia, le dije:

»—Hay una dificultad, Milord, una sola, y consiste en que no puedo disponer de mí sin licencia del Duque. Ved, añadí sonriéndome, si podeis obtener su permiso, y entonces hablaremos.

»—Sois muy juiciosa, me dijo, cosa singular en una mujer tan jóven y tan bella, y acepto tan razonable proposicion; pero ántes decidme: Si el Duque os concede su licencia absoluta, ¿podré contar con vos?

»—Sin duda, le contesté sonriéndome, aceptaré desde luego el partido que me ofrecéis.

»Entonces Lord Walbrook puso en mis manos una carta que sacó de su bolsillo. Era

para mí, y el sobre estaba escrito con letra del Duque. La abrí y la leí. Hé aquí lo que decía :

«Hermosa Magdalena : Jamas olvidaré la
 »felicidad que te debo; pero, ay, en el mun-
 »do todas las felicidades son pasajeras, y me
 »veo obligado á separarme de tí de esta ma-
 »nera por ahorrarme el dolor de una cruel
 »despedida. No he podido conseguir que me
 »ames, pero he debido á tu ambicion, bien
 »disculpable por cierto, lo que no pude con-
 »seguir de tu ternura; no te guardo, pues,
 »rencor ninguno. Tú sabes que tengo empe-
 »ñada mi palabra con una rica heredera, y
 »voy á cumplir el deber que este compro-
 »miso me impone. Tú, que has querido ser
 »Duquesa, comprenderás que no debo re-
 »chazar la mano que me ofrece trescientos
 »mil duros de renta. Mas no creas que te
 »abandono. Antes de decidirme á esta sepa-
 »racion he asegurado tu suerte. Lord Wal-
 »brook es un caballero inglés veinte veces
 »más rico que yo, y está empeñado en pro-
 »tegerte. Óyelo y acepta sus proposiciones,
 »que son muy originales, pero muy admisi-

»bles. Si incurrieras en el capricho de recha-
 »zarlas, escíbeme, porque estoy dispuesto á
 »partir contigo mi fortuna. Adios; perdó-
 »name esta locura, que te juro será la últi-
 »ma. Perdónamela, porque tú has sido la
 »causa de ella.»

»Al pié de estos renglones firmaba : «Ja-
 »vier.» Yo tuve fuerzas para leer hasta la fir-
 »ma. No comprendia bien el horroroso senti-
 »do de la carta, ó mejor dicho, no queria com-
 »prenderlo, y sentia arder mi frente al mismo
 »tiempo que se helaba la sangre en mis
 »venas.

»— ¡Qué es esto! grité aterrada.

»— Ya lo veis, me contestó Lord Wal-
 »brook, que sois libre.

»— ¡Libre! exclamé. ¡Dios mio, no estoy
 »casada!

»— Señorita, me contestó, no debe sor-
 »prenderos. Vuestro casamiento ha sido una
 »ingeniosa estratagema, una comedia que ha
 »durado un mes; he ahí todo.

»No sé qué maldicion fué á salir de mi
 »boca, pero la voz se ahogó en mi garganta;
 »una nube de fuego pasó por mis ojos, cho-

caron entre sí mis rodillas en convulsion violenta, y caí sin sentido.

» Cuando recobré el conocimiento no acertaba á darme cuenta de nada, flotaban en mi imaginacion calenturienta vagos recuerdos y confusas sombras que oscurecian mi memoria; me creia sumergida en los horrores de un sueño, del cual no podia despertarme. Carecia de voluntad para moverme y sentia mi cuerpo dolorido y á la vez insensible. Hacia ya siete dias que me hallaba en cama, abrasada por una fiebre espantosa. Poco á poco se fué apaciguando el furor de la calentura, se fueron aclarando mis ojos, y comenzó á iluminarse tristemente mi pensamiento.

» A los catorce dias de enfermedad quise saber dónde me hallaba y abrí los ojos, y todo lo que me rodeaba me era desconocido. Me pareció oír un suspiro, y dirigí la vista hácia el punto en que habia sonado, y vi á Mari sentada á los piés de mi cama; quise pronunciar su nombre y no pude; una nube de lágrimas acudió á mis ojos y rompí en llorar, y lloré sin consuelo.

» Me hallaba en el palacio de Lord Walbrook, á donde fuí transportada el mismo dia que perdí el sentido; me visitaban los médicos más famosos por su ciencia, fuí asistida con exquisito esmero, y Mari no se separó ni un instante de la cabecera de mi cama. Ella me contó que Lord Walbrook se desesperaba al ver la gravedad de mi estado; siendo él tambien mi enfermero mientras duró el peligro que me amenazaba.

» La convalecencia fué lenta y penosa. Habia caido en una debilidad extrema y en una tristeza profunda, y los médicos volvieron á temer por mi vida. Comprendieron que habian triunfado de la enfermedad del cuerpo, pero que se les resistia la enfermedad del alma, y apelaron al expediente de un viaje, conviniendo en que me convendria pasar en Suiza el verano, y el invierno en el mediodía de Italia. Lord Walbrook no perdonó medio para rodearme de todas las comodidades imaginables.

» En Suiza se convirtió mi áspera tristeza en dulce melancolía, en Italia se completó mi salud, y hemos vuelto á París.

»Escribo estos renglones en el primer aniversario, no sé qué nombre darle; quiero decir, que hoy hace un año que me creí Duquesa.»

Aquí los espacios con que el manuscrito aparecía interrumpido, marcando las distintas ocasiones en que había sido escrito, se hacían más frecuentes, continuando en esta forma:

«Lord Walbrook me considera como á una hija. A fuerza de atenciones, de cuidados y de respetos parece que quiere hacerme olvidar la parte que tomó en la traición del Duque, siendo testigo de mi casamiento.

»¿Dónde pasaré el verano? Lord Walbrook lo ha dejado á mi eleccion, y Mari me habla mucho de Suiza.

»Está decidido, pasarémos el verano en las costas del Océano, al pié del Pirineo. La idea de que voy á acercarme á España me conmueve de un modo indecible. Me atormenta el deseo de volver á Madrid, y vuel-

ven á despertarse en mi corazón sentimientos de venganza.

»Pasó el verano: la orilla del mar empieza á quedarse desierta, porque las familias, que han venido aquí buscando un refugio contra el calor, huyen como bandadas de golondrinas hácia las grandes ciudades.

»Será preciso abandonar esta playa. Yo voy alargando con mi silencio este nuevo viaje. Mari y yo pasamos las horas muertas contando las olas que vienen á besar nuestros piés. No me trato con nadie, huyo de la gente.

»Los primeros dias de mi estancia aquí me oculté cuidadosamente, temerosa de encontrarme con el Duque. ¡Ah! no quiero volver á verlo.

»Mari le ha dicho á Lord Walbrook que yo deseo ir á España, y ha hecho comprar un palacio en Madrid. ¡Qué locura! ¿A qué voy yo? y sin embargo, quiero ir..... Mañana partimos.

»He advertido á Lord Walbrook que me llamo Herminia.

»Lo he visto en la Fuente Castellana al través de las cortinillas de mi berlina. Iba á caballo, pero no he visto ni á la Marquesa ni al Duque. He sentido un doloroso placer al verle; me ha parecido triste y está más pálido.

»Volveré todas las tardes. La berlina perfectamente cerrada me ocultará á sus ojos y yo podré verlo.

»¡ La Marquesa! ¡ Ah!..... veremos.

»Ha estado aquí con el embajador inglés. Lord Walbrook los esperaba. He espiado sus pasos, he oído su voz y lo he visto absorto delante de mi retrato.

»¡ Dios eterno! ¿ me habrá reconocido?

»No sé qué pensar de lo que me sucede. Él mismo ha salvado mi vida. Ha penetrado audazmente en mis habitaciones, y ha permanecido toda la noche oculto en mi mismo cuarto.

»No hay duda, mi recuerdo vive en su corazón, lleva mi imagen en el alma. ¡ Oh, qué dichosa soy!

»Me cree Herminia, hija de Lord Walbrook, y adora en mí á Magdalena. Esto es magnífico. Que ignore siempre mi verdadero nombre. No quiero que me conozca, no quiero que me desprecie. Magdalena ha muerto, pero Herminia será su amiga, será su hermana. Velaré por su dicha como una madre. Sí, le hablaré de Magdalena todos los días.

»Dios mío, concededme la felicidad de este penoso sacrificio.

»Se obstina, y presiento una separación eterna. Dos veces he estado ya á punto de descubrirselo todo. Es un combate en el cual mis fuerzas se aniquilan. Mañana lo espero; debe venir, lo conozco muy bien, á darme la última batalla. La batalla campal.

»No puedo confesarle el amor que llevo en el alma sin descubrirle mi verdadero nombre, sin decirle: «yo soy Magdalena.» Ocultarle el secreto de mi vida sería una traición infame, y el secreto de mi vida nos separará para siempre.

»Herminia puede ser su amiga, su her-

mana. Magdalena no puede ser nada para él, ha muerto.

» Tal vez cierre los ojos á mi desdicha, y en un arranque de pasion generosa venga, despues de saber mi triste secreto, á ofrecerme de nuevo su corazon, su nombre y su mano; pero será inútil, yo no tengo inocencia que ofrecerle; he perdido la pureza, que santifica al amor, y jamas, jamas partiré con él mi ignominia. Lo rechazaría con violencia desesperada. Es imposible, imposible; mi amor no puede ya hacerlo dichoso.

» Los celos me cegaron, la ira encendió la venganza, la venganza despertó la ambicion, y la ambicion me ha perdido.

» ¿Es éste mi castigo? Pues bien, lo acepto.»

Así terminaba el manuscrito.

Al leer la última palabra, ocultó Miguel el rostro entre las manos, encorvándose sobre las rodillas, y permaneció inmóvil, como herido por un rayo.

CAPÍTULO VII.

Las dos rivales.

Dejamos á Herminia y á la Marquesa solas frente á frente; ambas pálidas. La Marquesa vestida de riguroso luto, que daba á su persona una expresion triste y resignada, realzando la palidez de sus mejillas y la blancura de su garganta. La hija de Lord Walbrook la miraba con irónica sonrisa, esperando que la noble señora pronunciára las primeras palabras, y ésta, por su parte, no atinaba, por lo visto, con la frase á propósito para romper tan embarazoso silencio.

Herminia, más impaciente, tomó la palabra, y hablando en español, dijo:

— Cualquiera que nos observára sospecharia que no tenemos nada que decirnos.

mana. Magdalena no puede ser nada para él, ha muerto.

» Tal vez cierre los ojos á mi desdicha, y en un arranque de pasion generosa venga, despues de saber mi triste secreto, á ofrecerme de nuevo su corazon, su nombre y su mano; pero será inútil, yo no tengo inocencia que ofrecerle; he perdido la pureza, que santifica al amor, y jamas, jamas partiré con él mi ignominia. Lo rechazaría con violencia desesperada. Es imposible, imposible; mi amor no puede ya hacerlo dichoso.

» Los celos me cegaron, la ira encendió la venganza, la venganza despertó la ambicion, y la ambicion me ha perdido.

» ¿Es éste mi castigo? Pues bien, lo acepto.»

Así terminaba el manuscrito.

Al leer la última palabra, ocultó Miguel el rostro entre las manos, encorvándose sobre las rodillas, y permaneció inmóvil, como herido por un rayo.

CAPÍTULO VII.

Las dos rivales.

Dejamos á Herminia y á la Marquesa solas frente á frente; ambas pálidas. La Marquesa vestida de riguroso luto, que daba á su persona una expresion triste y resignada, realzando la palidez de sus mejillas y la blancura de su garganta. La hija de Lord Walbrook la miraba con irónica sonrisa, esperando que la noble señora pronunciára las primeras palabras, y ésta, por su parte, no atinaba, por lo visto, con la frase á propósito para romper tan embarazoso silencio.

Herminia, más impaciente, tomó la palabra, y hablando en español, dijo:

— Cualquiera que nos observára sospecharia que no tenemos nada que decirnos.

—Es verdad, añadió Luisa; y sin embargo.....

—Tal vez, prosiguió diciendo Herminia, siente V. haberme sorprendido en el momento en que Lanuza conseguía de mí el favor particular de besar mi mano; pero V. sabrá dar á estas escenas el valor que les corresponde, y espero encontrar disculpa en su bondad.

—Ciertamente, dijo la Marquesa; he cometido una imprudencia penetrando hasta aquí sin ser previamente anunciada, y os aseguro que no pude prever lo que ha sucedido. De todos modos, á V. es á quien toca disculparme.

—Yo, contestó Herminia, no solamente la disculpo á V., sino que le agradezco la oportunidad con que ha entrado en esta sala. Diré á V. más: descaba que así sucediese.

Bajó la Marquesa los ojos con ademán dudoso, exclamando:

—¡No comprendo!.....

—¡Ah señora Marquesa! nos conocemos perfectamente, y no obstante, V. no me comprende; eso hace poco honor á la viva-

cidad de su talento. Permítame V. esta vanidad; yo he comprendido al instante toda la significacion del retrato que ha tenido V. la bondad de enviarme. Usted ha querido decirme: «Te conozco. Tú no eres hija de Lord Walbrook. Tú eres aquella humilde costurera, aquella pobre huérfana á quien yo protegí dándole á coser los encajes de mis vestidos; tú eres una brillante aventurera que vives al amparo del fastuoso amor de un inglés opulento.» ¿No es esto, señora?

Reprimió Luisa con visible esfuerzo un movimiento de impaciencia, y con marcada dulzura contestó:

—Prosiga V.

Dispuesta Herminia á aceptar el combate en el terreno en que se le presentára, cambió de tono y prosiguió diciendo:

—Admiro la originalidad del recurso de que V. se ha valido para preguntarme si yo soy yo, y comprendiendo el interes que debía V. tener en conocerme, no he titubeado un momento en descubrirme. Hablemos, pues, como buenas amigas; descubrámonos hasta el fondo de nuestros corazones;

nos conocemos y no podemos engañarnos.

—Sin duda alguna, replicó la Marquesa; yo he deseado con todo mi corazón encontrar en V. á aquella inocente y hermosa criatura, cuya singular belleza admiré en mi propia casa, y cuyas facciones se grabaron vivamente en mi memoria, y que después he recordado muchas veces con profunda pena. La fama de la hermosura con que el cielo quiso dotarla ha penetrado también en la soledad de mi vida retirada. También llegó allí la noticia, añadió la Marquesa con voz temblorosa, de la preferencia que V. dispensa á Lanuza; y oyendo hacer su retrato, advertí con alegre sorpresa que coincidía con mi recuerdo. Hice algunas preguntas, cuyas respuestas completaron la semejanza. Cogí el lápiz, y el éxito ha sido completo.

La hija de Lord Walbrook irguió su arrogante cabeza, creyendo ver en las palabras de Luisa el movimiento estratégico de un adversario hábil y resuelto que se dispone á la lucha, y contestó de esta manera:

—Ha estado V. felicísima en su obra;

reconozco en ella un verdadero prodigio de penetración, de memoria y de arte, que yo soy la primera en admirar. Mas permítame usted, noble Marquesa, que haga yo también ostentación de mi perspicacia. Usted ha adivinado mis facciones, ¿no es eso? pues yo he adivinado su propósito. Por medio del retrato ha querido V. asegurarse de la identidad de mi persona, provocando á la vez esta entrevista, que yo también deseaba. Ha querido V. verme, porque tiene V. algo muy cruel que decirme, y yo voy á anticiparme á su pensamiento ahorrándole el penoso trabajo de descubrirme su intento. Escúcheme usted atentamente.

La Marquesa cruzó las manos, cuya blancura mate se destacó sobre el negro paño de su enlutada falda; bajó lentamente los párpados, recogiendo toda su atención, y dijo: —Escucho.

—Seré breve, añadió Herminia. Ha venido V. á decirme con noble franqueza: Magdalena, te conozco; el hombre á quien atraes con tus verdaderos encantos y con tu falso nombre, y cuyas ciegas esperanzas ali-

mentas con tus distinciones, me pertenece; renuncia á él, ó te descubro.

Nada replicó Luisa á tan duras palabras, pero dos lágrimas silenciosas se desprendieron de sus párpados, cayendo sobre sus manos, que permanecían cruzadas.

Herminia siguió diciendo:

—¿Llora V.? ¡Ah, cuánto siento la aflicción que le causo! Y en verdad, lo siento más todavía porque no puedo acompañarla en su pena. No es crueldad; es que se ha extinguido en mi corazón el manantial del llanto; es que he llorado mucho, mucho, de tal manera, que mis lágrimas están agotadas.

Hablando así relampagueaban sus espléndidos ojos como el cielo sereno en una noche de verano; sus labios ligeramente contraidos daban á la majestad de su hermosa una expresión airada, formando vigoroso contraste con la actitud resignada y paciente de la Marquesa. Ésta levantó la mirada llena de mansedumbre, y sonriéndose pronunció dulcemente estas palabras:

—Crea V. que mis lágrimas nacen de la pena que su desdicha me inspira.

Hay obcecaciones terribles, sombras que oscurecen la inteligencia como las grandes tempestades oscurecen el cielo; nada nos ofende tanto como la compasión de las personas que nos han ofendido, y Magdalena sintió en el acento de la Marquesa la mordedura de una lástima humillante. Sentía el alma envenenada por la acerba amargura de su situación, y creyó que su rival, sorprendida, apelaba al recurso de una retirada alejosa. Así es que se lanzó implacable sobre su enemigo con todo el encarnizamiento de la ira victoriosa.

—¡Ah! exclamó; ¡cuán bondadosa es V.! Sería muy ingrata si no correspondiera á tan tierna simpatía. Mas ante todo es preciso que acabe V. de comprenderme. Le debía el singularísimo obsequio de un retrato admirable hecho de memoria, y yo, imitándola á V., he querido ofrecerle otro cuadro en que se viera á sí propia quizá en el momento más dichoso de su vida. ¿No recuerda V. haberse encontrado alguna vez en la misma situación en que yo me hallaba cuando V. ha tenido la bondad de honrar esta casa con

su presencia? Al mismo á quien ha sorprendido V. besando mi mano, ¿no le ha concedido V. nunca un favor semejante? ¿No se ha complacido V. en verle á sus piés seducido, alucinado por el doble esplendor de su belleza y de su lujo? Pues bien, señora, obsequio por obsequio: V. ha reproducido en el lienzo mi imágen inocente, sencilla, risueña, como me vió en su casa; y yo, al recibirla á V. en la mía, he querido reproducir por mí misma la escena en que, seductora, irresistible, triunfante, tenía V. á sus piés á Lanuza subyugado. Escena espantosa para mi corazón, que vieron mis propios ojos..... ¿No se ha reconocido V. al verme? Y añadió con forzada sonrisa: ¿Tendrá V. la crueldad de negarme el mérito de tan feliz imitación?.....

Guardó silencio, esperando respuesta; pero la Marquesa, clavando en su rival los ojos asombrados, exclamó con trémulo acento:

— ¡Señora, V. ha visto!.....

Magdalena no la dejó concluir y la interrumpió, diciendo:

— Sí, vi y cegué.

— ¡Cómo, Dios mio! ¡cómo! exclamó Luisa bajando los ojos.

— Va V. á saberlo, contestó la jóven.

Diciendo esto acercó su butaca á la de la Marquesa, y con voz reposada, en la que se percibían de vez en cuando las inflexiones de la ira comprimida, comenzó á referir todo lo que nosotros leímos en el último capítulo del segundo libro; capítulo que va señalado en el curso de esta historia con el epígrafe de *La noche de las visiones*.

Durante el relato la Marquesa permanecía con la cabeza baja y los ojos clavados en el suelo, mientras Magdalena descubría en la enérgica expresión del rostro y en la viveza de los ademanes los tumultuosos pensamientos que agitaban su alma. Al concluir, dijo:

— Ésa es la historia de aquella noche. Tal vez V. se disculpe á sus propios ojos diciéndose: «¡Bah!..... yo ignoraba el daño que hacia»; pero yo, señora, no puedo disculparla.

La Marquesa inmóvil ahogó un suspiro, y viendo que Magdalena guardaba silencio, prorumpió en estas palabras:

—No me disculpo, no pretendo disculparme; no tengo disculpa. Sabía el daño que podía causar, tal vez el daño que causaba.

—En ese caso, replicó Magdalena, debe usted estar satisfecha de su obra, porque es completa.

—Perdon, perdon, exclamó Luisa tendiendo á su implacable rival las manos suplicantes.

—¡Perdon! repitió Magdalena. ¡Ah! es curioso esto. Se perdona al ladron que nos roba la fortuna, al asesino que nos arranca la vida, al calumniador que nos infama; pero ¿cómo se perdona á quien nos despoja á la vez de la fe, de la esperanza y de la inocencia? Perdon, y ha destrozado V. mi alma, condenándola á una desesperacion eterna. ¿Comprende V. ahora por qué he deseado que usted nos sorprendiera?

—Sí, sí, contestó Luisa; lo comprendo todo.

—Yo, infeliz, continuó diciendo Magdalena, lo sacrificé todo á la rabia de mis celos, á la furiosa cólera de mi amor ofendi-

do, de mi amor engañado; porque, sépalo usted, lo quería con toda mi inocencia, con todo mi sér, con toda mi vida, y lo adoro con toda mi alma, y huí..... Usted, más hábil, más diestra, más experimentada, viene á pedirme su corazon, que es mio, que no ha dejado de serlo ni un instante, que ha latido impetuoso lleno de mi recuerdo. La semejanza de la hija de Lord Walbrook con la pobre Magdalena, con la infeliz Magdalena, con la olvidada Magdalena, ha bastado para encender en su alma la oculta centella de su primer cariño; cariño inmenso, que V. no ha podido robarme, porque en el mundo sólo una vez se ama.

—Es verdad, murmuró Luisa, arrasados de lágrimas los ojos.

—Pues bien, señora, añadió con expresion vehemente. Dios nos ha puesto á la una enfrente de la otra y lucharé con todas mis fuerzas; es mio y no cedo. Pero, desdichada de mí, añadió ocultando el rostro entre sus manos; no puedo defenderme. Ha venido usted á provocarme cuando estoy desarmada, cuando yo misma acabo de poner en sus

manos la triste relacion de mi deshonra. En estos instantes devora con horrible interes las páginas en que yo misma he escrito mi ignominia para no olvidarla nunca. Ya sabrá que la hija de Lord Walbrook es la desventurada Magdalena.

Al oír estas palabras alzó Luisa los ojos al cielo, que es adonde nos dirigimos siempre en las aficciones supremas, porque sólo en él encuentran las almas angustiadas los supremos consuelos y las esperanzas supremas. Alguna idea terrible cruzaba en aquel momento por su atribulado espíritu, si hemos de juzgar por la expresion desolada de su rostro.

—¡Qué ha hecho V., señora! exclamó dando á su acento, si es posible decirlo así, la dulce aspereza de una triste reconvencion.

—Desengañarlo, contestó Magdalena.

—¡Oh! no; perderlo, dijo Luisa.

Ambas se miraron atentamente, y la Marquesa volvió á repetir:

—Sí, señora, perderlo.

—¡Qué teme V.! preguntó la jóven con ansiedad visible.

—Todo lo temo, presiento una desgracia, la última, la más terrible de todas las desgracias. Ese golpe inesperado, imprevisto, frio y mortal como una puñalada, lo hiera en el momento en que saborea toda la dulzura de las esperanzas que V. le ha hecho concebir. No podemos decirle al hombre que ciegamente nos adora, que ha hecho de nuestro corazon un tabernáculo de pureza, que nos cree inmaculadas; no podemos decirle: «Te amo, eres el aliento de mi vida, el regocijo de mi alma, la luz con que veo..... pero huye de este sér miserable, que lleva en su frente avergonzada la sombra de una fatal desdicha. Aborréceme, despréciame, porque yo no soy digna de tí.» No podemos decirle esto sin abrir en su alma el negro abismo de la desesperacion más espantosa. Calló la Marquesa, y Magdalena asió una de sus manos y la sacudió con trémula violencia, diciendo:

—¡Y qué, señora, y qué!

—Su corazon, pobre niña, añadió Luisa, no está fortificado por la fe, para defenderse con sublime resignacion de las adver-

sidades de la vida. No está su entendimiento cegado por las tinieblas de la impiedad, ni tan corrompida su conciencia, que necesite asegurarse la impunidad de sus culpas negando la existencia del Juez Supremo, misericordioso y justo, que pesa en balanza infalible nuestras acciones, nuestras palabras y nuestros pensamientos. Cree en Dios, en el Dios verdadero, que afana y que consuela, que humilla á los soberbios y enaltece á los humildes, que perdona á todos los que perdonan..... Cree en Dios, sí; lo conoce, pero ¡ah! no lo busca; lo confiesa, pero no lo llama; lo siente, pero no lo adora. Su alma, enflaquecida por las disipaciones del mundo en que vive, sucumbirá á la violencia del golpe, buscará un remedio atroz á su pena, y por huir de un dolor pasajero, porque en el mundo todo es fugitivo, se lanzará desesperado en los abismos de un dolor eterno.

Hablaba la Marquesa con sencillez majestuosa, habia en su voz el reposo que respiraba toda su persona, y su acento conmovido y penetrante imponia y subyugaba. Oíala Magdalena con atencion profunda, de

tal manera, que las dos rivales parecian en aquel momento dos amigas, dos hermanas, en ocasion en que la mayor reprimia con dulces y severas advertencias las ligerezas infantiles de la más jóven. Tal era la apariencia á primera vista; en el fondo ya sabemos que habia otra cosa.

— ¡Dios mio! exclamó Magdalena, oprimiendo entre las suyas las manos de Luisa; renuncio á todo..... á todo..... será capaz de matarse, y eso sería horrible. Señora, sálvelo V..... que viva, y todo lo perdono.

La Marquesa se puso de pié, dió un paso y se detuvo, y cayendo en el asiento que acababa de dejar, dijo:

— ¡Ah! solo Dios puede hacer milagros.

— Es decir, gritó Magdalena, que yo lo mato, que mi sinceridad lo envenena, que mi secreto lo pierde, que mi amor lo asesina..... Bien, añadió con firmeza; si él muere, yo moriré tambien..... la vida nos separa, nos rechaza..... que la muerte nos una.

Nada suele parecernos más positivo y más inmediato que la realizacion de las desgracias que más tememos. Hay corazones op-

timistas, que no creen más que en la felicidad; almas risueñas, que por triste que sea el color de la realidad, todo lo ven de color de rosa. Mas luégo que se adquiere alguna experiencia de la vida, luégo que se echa la cuenta y hacemos el balance entre las penas sufridas y las felicidades alcanzadas, pocos son los que no encuentran un *déficit* espantoso entre sus dolores y sus alegrías. Adquirido, pues, el convencimiento, por más que pretendamos desmentirlo con la algazara de nuestros placeres y el regocijo de nuestras vanidades, de que esta vida mortal por que pasamos es una expiacion penosa, pero justa, en que cada sonrisa nos cuesta torrentes de lágrimas, nada más propio que ver en el orden de las cosas humanas, próximas siempre las desdichas, siempre lejanas las felicidades.

Cuéntase lo siguiente de un boticario, gran tresillista, de sonrisa dulce y palabra amarga, de aspecto calmoso y áun calmante, y de intencion cáustica, en cuya casa se reunian todas las noches algunos amigos, que formaban al rededor de la mesa de tresillo la honesta y

habitual tertulia del ya célebre entónces licenciado en farmacia.

Es el caso que allí entre *paso y bola*, *codillo y vuelta*, se hablaba de lo pasado, de lo presente y de lo futuro; juzgándose, segun caian las pesas, los sucesos más notables ocurridos en el pueblo; y claro está que de las cosas pasaba la conversacion á las personas. Siempre que se referia alguna accion noble, algun acto generoso, nuestro hombre callaba, embebido en las hábiles combinaciones de su juego; mas cuando se contaba *a* por *b* alguna debilidad de mujer, alguna ruindad de viejo avaro, alguna brutalidad de éste ó del otro; en fin, cualquiera miseria humana, el boticario recogia los naipes que tenía en la mano, como quien cierra un abanico, y apoyando el índice en la mejilla, abria desmesuradamente los ojos, diciendo:

— Como si lo viera.

Todos tenemos algo, bastante, del boticario del cuento; lo cual significa que el género humano, á pesar de todo, no tiene de sí mismo una idea excesivamente favorable.

Sin duda alguna no habia una razon po-

derosa para temer el peligro inminente de que Miguel, luego que terminara la lectura del manuscrito, cogiera una pistola y de golpe y porrazo, paf, se saltara la tapa de los sesos. Pero vaya V. á contener dentro de juiciosos límites la imaginacion excitada de dos mujeres afligidas, con las que la felicidad del mundo no se habia mostrado muy amable. La Marquesa lo presintió y Magdalena lo dió por hecho; ambas lo creyeron á *pié juntillas*. Era una desgracia más..... ¿por qué no habian de creerla?..... Quizá no se engañaban.

Ante la explosion en que habia estallado el sentimiento de Magdalena, Luisa quedó aterrada, y las dos permanecieron silenciosas, pensando la primera que se habia llenado el vaso de hiel de su infortunio, y pensando la otra que se habia llenado la medida de su castigo en la misma proporción en que se habia llenado la medida de su culpa; en la culpa está siempre el castigo.

Veíase en Magdalena la arrogancia desesperada, que sondea audazmente el abismo en que va á sepultarse, y descubriase en la

Marquesa la humildad resignada, que dobla la cabeza afligida ante los altos designios de la Divina Providencia. Cada una habia formado su resolucion, pero ¡qué distintas! Resolucion de Magdalena..... morir. Resolucion de Luisa..... orar. La una buscaba en sí misma el remedio; la otra se lo pedia á Dios, todo misericordia para aquellos que le piden con alma fervorosa.

Movida la Marquesa por una súbita idea, se volvió á su rival y le dijo:

— Usted puede salvarlo.

— ¡Yo! exclamó Magdalena con feroz sonrisa. ¡Yo, que soy la causa de su muerte!

— Escríbale V., añadió la Marquesa como si no hubiera oido la exclamacion de Magdalena, que venga. Aquí V. lo convence. ¡Ah! sí, estoy segura de ello. Estréchelo V..... vida por vida, y no se matará.

— Imposible, replicó Magdalena. Su desesperacion consiste en que me ama y me desprecia. Pero supongamos que consigo apartar de su imaginacion el terrible propósito. Bien..... nos separaremos para no volvernos á ver. ¿Cree V., señora, que más tem-

prano ó más tarde no realizará su designio?

—¿Quién sabe? contestó la Marquesa. La idea del suicidio, cuando se apodera de la voluntad y del entendimiento, es tenaz, persiste con horrible constancia; mas ahora lo que importa es impedir el primer ímpetu. Despues..... la reflexion, los consuelos de la verdad eterna, el recuerdo de su madre, el nombre de Dios, iluminarán las tinieblas de su inteligencia y endulzarán la amargura de su corazon. Todas las tempestades se calman; los mares más embravecidos se serenán.

Púsose Magdalena de pié, miró á la Marquesa atentamente, y cruzando los brazos, le preguntó:

—¿Usted quiere que viva?

—¡Oh! sí, contestó Luisa con efusion ingenua y juntando las manos. Sí, quiero que viva. El suicidio es una cosa horrible.

—No importa, replicó Magdalena. Por segunda vez mi suerte está echada: morirá. Y desplomándose sobre su asiento, añadió: morirémos. Nada tenemos ya que hacer sobre la tierra.

Luisa comprendió la naturaleza borras-

cosa de la tempestad que rugia en el alma de la jóven; su instinto de mujer no le ocultó que los celos tomaban mucha parte en aquella resolucion tan desesperada, y llena de angustia le dijo:

—La he ofendido á V. mucho; pero todavía no ha comprendido V. el sentimiento que me ha hecho adivinarla, el deseo que me ha movido á descubrirla, el verdadero fin con que he venido á su casa. Hace dos años que la llevo á V. sobre mi corazon, y veo que V. ignora lo que ha sucedido en esos dos años. Óigame V.; seré muy breve.

—No sé, exclamó Magdalena, qué género de compasion es la que le inspiro; mas sospecho que ha de ser esa lástima que humilla y no consuela. Pues bien, es preciso que sepa V. que conservo íntegro el orgullo de mi virtud; que si tengo que bajar la frente avergonzada en presencia del mundo, puedo levantarla sin avergonzarme delante de mí misma. Usted es, señora Marquesa, la que ignora toda la extension del mal que me ha ocasionado.

Y dejándose llevar por el impulso de sus

récuerdos, hizo, con la viva elocuencia de una mujer apasionada, el resúmen enérgico de la triste historia que hemos leído en los apuntes del manuscrito.

Conforme iba hablando, el semblante de la Marquesa se animaba, reflejándose en él la expresion de un interes creciente. Cuando llegó á la escena de la terraza, las manos de Luisa temblaban, y sus pálidas mejillas se tiñeron de repentina púrpura. La escena del casamiento la oyó sin pestañear, sin respirar siquiera, y cuando Magdalena repitió palabra por palabra la carta del Duque, cubrióse su rostro de mortal palidez, temblaron sus labios y bajó los ojos. Magdalena terminó diciendo :

— Ésa es mi historia. Quise ser Duquesa, no por ambicion, sino por venganza.

— ¡Justicia de Dios! exclamó la Marquesa, brillando á la vez en sus ojos, con singular contraste, la afliccion y la alegría.

Se puso de pié y añadió :

— Dios solo sabe sacar bien del mal. Todo lo dispone con infinita sabiduría y con inmensa misericórdia. Somos rivales, dos ri-

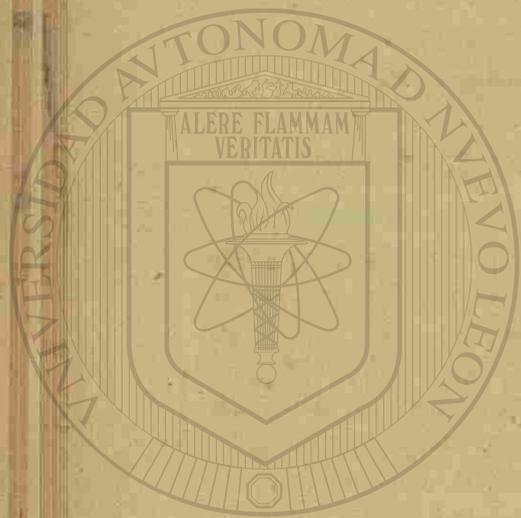
vales implacables; pues bien, verémos quién vence.

Y sin añadir más palabra, salió de la habitacion enjugándose los ojos.

Antes que Magdalena pensára en detenerla, la berlina de Luisa pasó al galope por delante de la verja.

La hija de Lord Walbrook se quedó suspensa; no adivinaba la causa de aquella huida repentina, y sin saber qué pensar ni qué hacer, dudosa acerca de las intenciones de su temible rival, queriendo aborrecerla y no pudiendo odiarla, se oprimió las sienes con las manos, como si quisiera sujetar el desorden de sus pensamientos, y exclamó :

— ¡Qué mujer!..... es incomprendible: ó está loca, ó yo he perdido el juicio.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPÍTULO VIII.

El testamento.

¿Qué dirán ustedes que hizo nuestro héroe luego que encorvado sobre las rodillas, oculto el rostro entre las manos, é inmóvil como herido por un rayo, meditó profundamente acerca del relato que acababa de leer en el manuscrito? Pues hizo lo siguiente:

Se levantó, al parecer tranquilo, con semblante pálido, pero sereno, con un *si es no es* de sonrisa en los labios, mirada un tanto vaga; metió las ociosas manos en los respectivos bolsillos del pantalón y comenzó á pasear de un extremo á otro de su cuarto, del mismo modo que suele pasearse el león encerrado en la jaula cuando se halla convencido de que no tiene salida. Luego se detuvo, recogió el manuscrito, que había rodado por la alfombra, y lo puso sobre la mesa. Sin

detenerse en más reflexiones, asíó el llamador de seda que pendía de la cornisa del techo, y lo agitó, haciendo sonar una campanilla. Mientras acudían á este llamamiento sacó una tarjeta de su cartera, y sobre su nombre escribió tres palabras.

Presentóse un criado y le dijo :

Que pongan á *Bel-Khrer* su más lujosa manta y su ronzal más rico, y que lo conduzcan al palacio de Lord Walbrook, dejándolo allí con esta tarjeta.

El criado la tomó y leyó en ella :

«Milord, *Bel-Khrer* es vuestro.»

Miraba el criado alternativamente á Lanuza y á la tarjeta, como si dudara de la realidad de lo que estaba viendo; pero Miguel lo sacó de su estúpida perplejidad, diciéndole:

— Eso, que lo hagan al momento, y además diga V. que no estoy para nadie.

El criado se encogió de hombros y salió del gabinete estupefacto.

Viéndose solo el héroe de esta verdadera historia, se dijo á sí mismo :

— Perfectamente; ya hemos cumplido con

la primera disposición testamentaria. Vamos ahora á la segunda.

Y diciendo y haciendo, abrió un cajón de la mesa de su escritorio y sacó la caja en que tenía guardado el estuche en que estaba la miniatura de su madre. Destapó la caja, levantó la tapa del estuche, y brillaron á sus ojos los pequeños brillantes que circuían el marco del retrato. Contempló mucho tiempo las dulces facciones que el retrato le presentaba, pareciéndole más tristes que nunca. Su pensamiento debió retroceder, refugiándose á los primeros años de su vida; y recorriendo uno á uno aquellos días risueños, porque la infancia es la inocencia, y la inocencia es la alegría, debió llegar al recuerdo de aquel supremo instante en que oyó por última vez la cariñosa voz de su madre moribunda. Y tan vivamente debió representarse en su memoria la escena de tan dolorosa despedida, que por un movimiento tal vez involuntario, cayó de rodillas, y acercando el retrato á sus labios, lo besó muchas veces durante el tiempo que necesitó para recitar el *credo* palabra por palabra.

Levantóse despues y encerró la miniatura en el estuche, y el estuche en la caja, escribiendo en ella: «Para Magdalena», y diciendo: Sea éste mi último recuerdo. En cuanto á mi fortuna, añadió, tengo un heredero forzoso, á quien corresponde en gran parte por el título irreprochable de un *pagaré* valor de cien mil duros, cuyo vencimiento está encima.

Por último, se sentó delante de la mesa, dispuso papel, tomó la pluma y comenzó á escribir lo que á continuacion veremos:

«Acabo de hacer el balance entre mi fortuna y mi desgracia, comparando entre sí las dos sumas que arrojan mis bienes y mis males, mi corazón y mi bolsillo; y hé aquí que soy rico y hé aquí que soy el más miserable de los hombres.

»En estos últimos días la fortuna ha derramado sobre mí pingües favores, llenando mi gaveta de brillantes realidades. A la vez la desgracia ha fruncido el terrible entrecejo, é invadiendo mi corazón, lo ha despojado de todas sus ilusiones.

»Me encuentro entre mi caja llena de oro y mi alma vacía de toda esperanza.

»Yo recuerdo que poseía un tesoro inagotable, que llenaba mi imaginacion de espléndidas y risueñas perspectivas; me sonreían el cielo y la tierra, derramando en mis sueños los sonrosados resplandores de una dicha tranquila siempre esperada; y rico en mi corazón, opulento en mis esperanzas y generoso en mis deseos, me burlaba sin rencor y sin envidia de las inquietas vanidades y del sórdido fausto con que brilla el mundo.

»Vivía yo entónces en las más altas regiones de la sociedad: en una boardilla, pues por el hacinamiento en que se vive en las grandes poblaciones, los pobres ocultan su miseria en las alturas de los últimos pisos, mientras los poderosos arrastran su fugitiva pompa sobre el fango de la tierra. La arquitectura usual y corriente en los edificios de Madrid, tomando en el aire lo que le falta en la base, realiza, sin saberlo y sin pensarlo, un órden de colocacion profundo y admirable; ha puesto, como el Evangelio, á los pobres sobre los ricos. Así es que el ciudadano baja en la misma proporcion que el vecino sube. La prosperidad nos arroja de un

piso quinto á un piso tercero, del piso tercero al piso principal, y la pobreza nos eleva del piso principal al piso tercero, del piso tercero á la boardilla. Vivía yo, pues, dichoso en las risueñas alturas de mi humilde soledad, más cerca del cielo que de la tierra, más cerca de los ángeles que de los hombres, y me dignaba algunas veces descender, y paseaba mis pobres vestidos y mi serena frente entre las agitadas muchedumbres del mundo.

»Un día mordíome en el corazón la serpiente de la soberbia, y tendí la mano afanosa para coger la manzana de oro que el árbol envenenado de este maldito paraíso me ofrecía. Apoyado en el alféizar de mi ventana saqué mi repentina codicia, acumulando sobre una cuartilla de papel número por número la deslumbradora suma de dos millones de reales. Sentía en mi espíritu una agitación desconocida, un placer acerbo, un deleite amargo, y era la primera inquietud de mi fortuna. Un soplo de viento arrancó de mis manos tanta riqueza, y creí que se me arrancaba el alma al ver que los cien mil

duros se los llevaba el aire. Mas resonó en mi oído una dulce carcajada, volví los ojos y vi á Magdalena. Su sonrisa cayó sobre mi corazón, y su tímida mirada penetró en mi espíritu como un rayo de luz en la sombra, se llenó mi sér de una felicidad hasta entonces no sentida, pero ántes soñada, y ya no pensé más que en ella. Entónces sí que pude decir: «Adios, mi dinero.»

»Pasaron así muchos días, cuyo dulce recuerdo llena en estos instantes mi memoria de cruel amargura..... La serpiente no retrocedió en su empeño de perderme, y clavó de nuevo en mi alma sus dientes envenenados. Puso ante mis piés la suave pendiente de todas las alucinaciones con que el mundo nos atrae hácia su brillante abismo; resbalé y caí. Olvidé á Magdalena y hasta olvidé á mi madre, para lo que fué preciso que me olvidara de mí mismo. Sentí el vértigo del vergonzoso amor, que enciende los sentidos; el vértigo del juego, que oscurece la conciencia; el vértigo de la soberbia, que hace enloquecer. Estuve á punto de caer en el oprobio del suicidio, y me salvé de esta ignominia cayendo en el lazo

alevoso de una ruin estafa. Mi orgullo, irritado á la vez por el falso honor y la falsa honra, armaron mi brazo y he sido homicida. Necesitaba esa sangre para cumplir una venganza y redondear un negocio, y la deramé sin misericordia. Soy uno de tantos criminales que pueden levantar la frente en presencia de la ley; para mí no hay tribunales; los hombres me absuelven, el mundo me acoge y la sociedad me respeta.

»A todo esto iba sumando dinero y restando dicha.

»En la misma proporción que iba probando los amargos desengaños de los vanos placeres, la imagen de Magdalena se iba levantando en el fondo de mi pensamiento como el sol en medio de las nubes.

»He leído el manuscrito palabra por palabra, línea por línea, hoja por hoja, y me someto á la dura ley de mi destino. ¿Acaso no soy yo mismo cómplice de mi infortunio?

»He vendido mi felicidad por un soplo de placer, por un poco de vanidad, por un puñado de oro, y ahora todas las riquezas de la

tierra no son bastantes para comprarla. ¡Sobervio negocio!

»Mi fortuna equivale á mi desdicha.

»Hé aquí la tremenda liquidación que arroja el libro de caja de mi vida.

»Capital: ciento sesenta mil duros.

»Felicidad: cero.

»Es preciso hacer frente con heroica voluntad á esta catástrofe de mi corazón, á esta ruina de mi alma, de la cual no pueden salvarme las prosperidades de mi bolsillo.

»En una palabra: es preciso morir.

»Matusalem, ¡infeliz! aquí tienes un caso tremendo, en que el dinero no sirve para nada.

»Morir..... perfectamente. La muerte es el término de las felicidades de la vida; ¿por qué no ha de serlo también de las desgracias que no tienen reparación?

»Pero morir..... ¿cómo? La muerte me sonríe como un dulce beneficio, y el suicidio me espanta; quiero morir, y no puedo matarme.

»Hay tal confusión en mis ideas, que no acierto á ordenarlas.

»Me parece que oigo la voz de Magdale-

na, que me dice: «muramos», y me parece que oigo la voz de mi madre, que me dice: «vive.»

»Pues bien; moriré sin matarme.

»Iré á sepultarme vivo en la soledad de algun retiro ignorado, ó echaré el miserable óbolo de mi vida en el platillo de la sublime abandonada virtud más desvalida.

»No está la tierra tan poblada, que no se encuentre en ella un rincón oculto donde ir á esperar la muerte. Hay además una causa santa brutalmente arrollada por la más feroz injusticia.... ¡Magnífica idea! Como oscuro soldado moriré gloriosamente sobre los viejos muros de la augusta Roma.

»Magdalena, ¿qué más he de hacer? Madre mía, no puedo hacer más.

»Éste es mi testamento.

Soltó la pluma, dobló el papel en que había escrito lo que él llamaba su testamento, y encerrándolo en un sobre, lo colocó dentro de la caja que contenía el retrato de su madre y dijo:

—Esta noche saldré.... para siempre.

En aquel momento oyó en la pieza inme-

diata ruido de pasos precipitados y rumor confuso de voces, y maquinalmente dió un paso; mas ántes de que llegára á la puerta se alzó bruscamente la cortina que la cubria, y se encontró frente á frente de la Marquesa.

—¡Señora! exclamó retrocediendo, lleno de asombro.

—Caballero, se apresuró á decir Luisa, se sorprende V. de verme y es bien natural; pero han sido inútiles mis esfuerzos; sus criados de V. no han querido anunciarle mi visita. Hoy tengo desgracia en esto, añadió sonriendo; en ninguna parte quieren anunciarme, y aquí me cerraban el paso con tal obstinacion, que he tenido que atropellar por todo. Mi trabajo me ha costado, pero, en fin, mi audacia ha salido victoriosa.

Miguel se inclinó cortésmente, diciendo:

—Si alguno de los que me sirven ha tenido la torpeza de incurrir en alguna falta de respeto, saldrá inmediatamente de esta casa.

—Nada de eso, contestó Luisa; la consigna era severa; ellos han hecho lo que de-

bian, y yo lo que he querido. A mí es á quien hay que dispensarme la impetuosidad de este asalto.

—Cualquiera que sea, añadió Miguel, el motivo de tan inesperada visita, yo suplico á V. que me conceda el honor de tomar asiento.

La Marquesa se sentó con el fino desembarazo que tanta distincion da á las mujeres acostumbradas al agradable trato de la buena sociedad, y dijo:

—El motivo que me trae á esta casa es de tal naturaleza, que recibiria de V. un señalado obsequio si adivinándolo allanára la dificultad que encuentro al decirlo. Además, sería una satisfaccion para mí que V. lo adivinára.

—Me pone V., señora, replicó Miguel, cada vez más sorprendido, en un grave conflicto. Deseo con todo mi corazon complacerla, y no acierto á conseguirlo.

—En ese caso, será preciso que yo rompa el silencio y descubra el enigma. Vamos á ver si consigo formular de una vez todo mi pensamiento, porque lo que voy á decir, ó se

comprende pronto, ó no se comprende nunca.

Reflexionó un momento y siguió diciendo:

—Ante todo, oiga V. una historia: Cuéntase que al principio de la guerra civil, trasladándose de no sé qué pueblo de Aragon á Madrid una honrada familia, fué sorprendida en el camino por una partida de malhechores, que la condujo á un lugar solitario, léjos de todo socorro humano. Formaba parte de esta familia una hermosa jóven, honesta y pura, que iba á Madrid á casarse con el hombre que habia elegido su corazon, con el hombre que amaba. La hermosura de la jóven despertó en el jefe de aquellos bandidos un brutal deseo, y la infeliz jóven sufrió el horroroso tormento de una feroz violencia. Llegó á Madrid desesperada y moribunda, oprimida de angustia y abrasada de vergüenza. Al novio se le ocultó por algun tiempo tan terrible suceso, y ella con valor heroico y con el corazon despedazado le suplicó al fin que renunciára á su mano, porque habia decidido irrevocablemente encerrarse en un convento. Él insistió con vehe-

mente ternura y juró matarse si le arrancaban el cariño de aquella mujer, que era su vida. Entonces fué preciso descubrirle el horrible secreto. Juzgue V. cuál sería su dolor y su rabia; no hay necesidad de encarcelarlos; pero latía en el pecho de aquel hombre un gran corazón, un corazón nobilísimo, y echándose á los pies de la pobre jóven enferma y desconsolada, le dijo: «Sería el más cobarde de los hombres si yo te abandonára en esta desgracia.» Un torrente de lágrimas fué la respuesta de la jóven. Entablóse entre ellos una lucha formidable; él suplicaba, ella se resistía, y.....

—¿Y qué, señora! preguntó Miguel.

—Imagínese V. Al año se casaron.

—¿Y fueron dichosos?

—Eran dignos de serlo, y lo fueron cuanto se puede ser sobre la tierra. ¿Qué le parece á V. el rasgo de ese hombre?

—Oh, exclamó Lanuza bajando los ojos, me parece un rasgo envidiable.

Calló la Marquesa; mas viendo que Miguel permanecía mudo y pensativo, añadió esta pregunta:

—¿No ha comprendido V. aún el motivo de mi visita?

—Sí, contestó Miguel; lo he comprendido, y me avergüenzo de no haberlo adivinado.

—Magdalena, añadió la Marquesa, acaba de contármelo todo. Yo ignoraba los pormenores de su desdicha, y ¿qué quiere V.? al saberlos se ha afligido mucho mi corazón, pero he visto el cielo abierto.

Miguel suspiró diciendo:

—Marquesa, ha puesto V. el dedo en la llaga de mi alma.

—Sí, le contestó, porque es preciso curarla. Me parece, siguió diciendo Luisa, que aunque distintos los dos casos, son bastante análogos. Ambas han sido víctimas inocentes, la una de la violencia, la otra del engaño.

—Es verdad, dijo Miguel acogiendo con ansia las palabras de Luisa.

—Pues bien, caballero, añadió ella afablemente, ya sabe V. á lo que he venido.

—¿Y V., señora, exclamó Lanuza, es quien viene á la casa del matador de su hermano con la bondad en los ojos y la paz en los la-

bios á infundir en mi alma atribulada el noble sentimiento de una accion generosa, que mi mismo amor no ha sabido inspirarme?

—Yo, amigo mio, contestó la Marquesa; y acerca de esto abrigo la seguridad de que no tendrá V. duda ninguna. He cambiado mucho; mi corazon es ya otro, mis locuras son algo más juiciosas. Vamos, he sentado la cabeza; pero yo soy la misma. Ya ve V., ¿qué se dirá cuando se sepa que la mojjigata de la Marquesa, que vive royendo altares, ha venido á esta casa? Ciertamente es una locura, que el mundo castigará con todas las penas de su severa malicia; pero si nos dejamos maniatar por las injusticias del mundo, créame V., jamas harémos cosa buena.

—Marquesa, replicó Miguel, ¿cree V. que yo hubiera excusado ir á su casa sabiendo que V. tenía deseo de verme?

—No, contestó ella; pero venía á ser lo mismo; V. en mi casa ó yo en la suya, la murmuracion me perseguiria del mismo modo, y no era conveniente acudir á una cita misteriosa. Ademas, perder tiempo era perderlo todo. Temia un desastre.

—¡Un desastre!..... exclamó Miguel inquieto.

—Sí, añadió Luisa; V. tiene buen corazon y nobles intenciones, pero no ha adquirido aún la sublime fortaleza que infunde la fe. Era fácil de presumir el efecto que había de causarle la lectura del manuscrito de Magdalena, y he querido anticiparme á un ciego arrebatado, que sería su perdicion eterna, cuando visiblemente Dios quiere que viva V., que espere y que ame.

—¿De modo, prorumpió Lanuza, vivamente conmovido, que ha venido V. á salvar mi vida de la muerte, mi nombre del oprobio, mi alma de un castigo eterno, y á ofrecerme la esperanza de una felicidad que ya no existia para mí en la tierra? ¿Y á quién ha venido V. á traer el magnífico presente de tan inmenso beneficio? A mí; á mí, que.....

—Detúvose un instante, y añadió con vehemencia:—A mí, cuyas manos están todavía teñidas con la sangre del Duque.

—He venido, replicó Luisa, á cumplir un sagrado deber de mi conciencia.

—¿Y quién, señora, preguntó Miguel, en

el colmo de la emocion más viva; quién le ha inspirado á V. tan generosa idea?

—Dios, contestó ella. Hace un año que le pido incesantemente el perdon de mi culpa, ofreciéndole con voluntad resignada las dolorosas tribulaciones de mi espíritu, y concebí la esperanza de conseguirlo, porque noté que poco á poco se iban serenando las tempestades de mi corazón y aclarándose las turbias oscuridades de mis pensamientos. Un día me prosterné á los piés del altar, y en el momento en que el sacerdote levantaba sobre su cabeza la consagrada hostia, alcé la voz fervorosa de mi alma y le dije: «Señor, si me habeis concedido la gracia de vuestra divina misericordia, concededme tambien el perdon de Magdalena. Acercadme á ella, Señor, que ignora el daño que le he causado, y yo me arrodillaré en su presencia y le confesaré mi culpa. Encended en su alma el fuego divino de la caridad; que me compadezca y me perdone. Haced, Dios mio, que yo la vea, que yo la abrace y que yo la consuele.» Despues de esta oracion sentí en mi espíritu bienestar indecible; esperé,

y ya lo ve V.: Dios ha oido mi súplica.

Oyendo á la Marquesa, creia Miguel ver en su frente ráfagas fugitivas de celestiales resplandores, en sus ojos la clara serenidad de los cielos, y en todo su semblante los reflejos de esa paz inefable que brilla en los rostros de los santos; y dejándose arrebatado por el entusiasmo que ardia en sus pensamientos, prorumpió en estas palabras:

—¡Ah, señora! Con esa voz y con esas palabras deben hablar los ángeles.

—¡Infeliz pecadora! exclamó Luisa. Pero vamos á nuestro asunto. Dios ha hecho casi un milagro conservando intacta la pureza en el alma de Magdalena; su misericordia ha consentido que el amor que siente por V. la defienda contra las abominables seducciones del mundo. Tambien ha faltado; pero ¡ah! mucho ha sufrido y mucho sufre. Lo que falta que hacer, á V. le toca.

—¡Oh, noble Marquesa, santa mujer, alma heroica! ¿Cree V. que yo soy digno de pretender una dicha que no merezco? Miserable gusano de la tierra, debo ir á ocultarme en el último rincón del mundo, escon-

diendo allí mis remordimientos y mi vergüenza.

—Usted, replicó la Marquesa con dulcísima bondad, no es juez de sus acciones. Ésa sería una expiación desesperada, orgullosa y soberbia, y debemos creer que Dios ha dispuesto otra cosa. ¡Ah! su misericordia es infinita. Hay que salvar á Magdalena, y en el mundo V. solo puede salvarla.

—Es altiva, contestó Miguel, y me rechazará.

—Insista V., replicó Luisa, y se ablandará su orgullo.

—Huirá de mí, añadió Lanuza con desaliento.

—Entonces, dijo la Marquesa, la sigue usted por todas partes. Donde vaya ella va usted; V. no puede ni debe abandonarla. Dios la ha salvado, y V. no ha de querer perderla.

Apénas acabó la Marquesa de pronunciar estas palabras, se lanzó Miguel á la mesa de su escritorio, abrió la caja que contenía el retrato de su madre, sacó el testamento que en ella habia encerrado, y poniéndolo en manos de la Marquesa, le dijo:

—Lea V.

Luisa rasgó el sobre, desdobló el papel y leyó en silencio.

Entre tanto, Miguel, de pié y con los brazos cruzados, contemplaba absorto el noble semblante de la Marquesa, cuya diáfana blancura no empañaba la más ligera sombra.

Luégo que hubo terminado la lectura del testamento, lo devolvió á Lanuza, diciendo:

—He sido injusta temiendo en V. la insensatez de un furioso arrebato; pero es preciso cambiar de propósito; es necesario que se resigne V. á ser dichoso; la felicidad de Magdalena y la paz de mi alma se lo suplican.

Cayó Miguel de rodillas, exclamando:

—¡Ah, señora! Si Dios me concede la felicidad que V. ha venido á traerme en sus palabras, será una felicidad suprema, por ser á V. á quien se la debo.

Luisa se sonrió, excusando de este modo la imprudencia de las lágrimas que acudieron á sus ojos; mas Miguel no las vió, porque levantándose impetuosamente, rasgó en mil

pedazos el testamento que tenía en sus manos.

—Muy bien, dijo Luisa; pero ante todo necesito una palabra.

—Juro cumplir cuanto V. me encargue.

—Pues ocúltele V. á Magdalena nuestra entrevista, á lo ménos hasta que sean ustedes dichosos.

—Señora.....

—Tengo empeño en ello, añadió la Marquesa interrumpiéndole; y además, V. lo ha jurado.

—Marquesa, contestó Miguel inclinándose, cumpliré mi juramento.

—Gracias, exclamó ella, poniéndose de pie.

Miguel dijo:

—¿Cómo se paga tanta bondad, tanta grandeza?

—Con una promesa, contestó Luisa.

—¿Cuál?

—Alcánceme V. el perdón de Magdalena, y estaremos en paz.

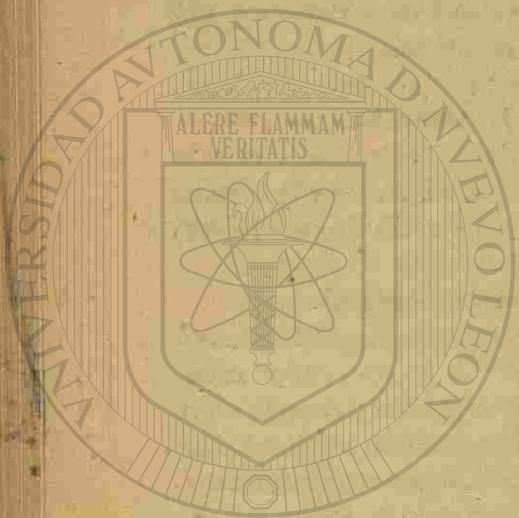
Diciendo esto estrechó afectuosamente la mano de Lanuza y salió de la estancia.

Siguióla nuestro héroe, absorto, hasta que vió perderse su sombra en la escalera y oyó el último golpe de sus pasos.

En seguida partió la berlina.

Apénas llegó la Marquesa á su casa, se entró en el oratorio, se postró ante el altar hasta tocar con la frente en el suelo, y luego que los sollozos dejaron libre paso á su voz, exclamó con toda su alma:

—Gracias, Dios mio, gracias.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA

CAPÍTULO IX.

Conclusión.

He llegado al término de los sucesos que componen el hilo de la presente historia; sucesos que, alguna vez fingidos, otras veces variados, muchos verdaderos y siempre creíbles, deben haber entretenido al lector lo suficiente para que no dé por mal empleado el tiempo que haya invertido en leerlos.

Los datos y noticias, apuntes y cartas que me han servido para ir tejiendo en el mejor orden posible las diferentes escenas de mi relato, llegan hasta la entrevista de la Marquesa y de Lanuza, que hemos leído en el capítulo precedente; de forma que en conciencia no tengo nada que añadir á lo que dejo relatado.

Esto pensaba yo, sintiendo no poseer algun

antecedente más, algún indicio siquiera, que me ayudara á entretener una conclusion, digámoslo así, más terminante, más explícita, que llevando á conocimiento de los lectores con sus correspondientes pelos y señales, *c* por *b* y de *pe* á *pa*, en una palabra, de la cruz á la fecha, á lo ménos lo ocurrido despues entre Miguel y Magdalena, pudieran cerrar el libro, seguros de saberlo todo.

Yo mismo experimentaba cierta curiosidad, deseando inquirir qué fué de ellos. No se me cocia el pan, como vulgarmente se dice, y me devanaba los sesos buscando á tientas el hilo invisible de la narracion, que se habia roto entre mis manos; pero cansado de inútiles averiguaciones, renuncié á saber más de lo que ya sabía, y decidí dar mi tarea por terminada. No obstante, sospeché que no todos los lectores quedarian satisfechos, y advertí que si era difícil averiguar lo ocurrido, era sumamente fácil suponerlo; y dicho y hecho, sin levantar mano, me puse á imaginar una conclusion que sirviera de feliz remate al sencillo edificio de esta historia. Pero el papel de Providencia es más di-

fícil de lo que parece á primera vista, y por eso se lo ha reservado para sí Aquel que todo lo sabe y que todo lo puede; y héteme aquí árbitro del destino de Magdalena y de Miguel, sin saber qué hacerme de ellos.

Lo primero que me ocurrió fué separarlos, para que no volvieran á verse más en la vida; pero es preciso tener el corazon muy duro para decretar así, sin más ni ménos, la separacion violenta de dos corazones que verdaderamente se aman. Ante esta dificultad, retrocedí, cayendo en el extremo opuesto, y resolví casarlos para que no pudieran separarse nunca; mas le tuve miedo á la gravedad del caso, porque en los tiempos en que vivimos es ardua tarea y difícil empeño hacer un buen matrimonio, y es materia ésta—la del casamiento—acerca de la que no me he tomado nunca la libertad de aconsejar á nadie; porque si se trata de un hombre sano de corazon y de cuerpo, bastante jóven para tener hijos y educarlos, debe hacerlo sin que nadie se lo aconseje; mas si se trata de un viejo loco, es una burla sangrienta excitar en él el imaginario apetito de un

manjar para el que ya no tiene dientes, y nada hay que decirle; si se casa, con su pan se lo coma.

Verdaderamente en Miguel y en Magdalena concurrían todas las circunstancias necesarias para cerrar los ojos y echarles la bendición que había de unirlos para siempre; mas, á pesar de eso, yo no me determinaba por mí y ante mí á llevarlos á la iglesia, aunque confieso que lo habría visto sin pensar, porque, como ya sabemos, Miguel y Magdalena formaban la pareja más igual del mundo.

Por más reflexiones que me hacia á mí mismo, no lograba convencerme. Decididamente yo no he nacido para casamentero; es ocupación de gente desocupada, y yo no puedo permitirme semejantes ocios.

Pero bien, me decía, ¿qué hago de estos dos personajes, visiblemente hechos uno para otro? Mientras vivan continúa el drama del amor que une sus corazones, y por consiguiente, la novela no queda terminada. Hay que casarlos, matarlos ó envejecerlos.

De esta manera daba yo vueltas á mis

pensamientos, con el papel delante y la pluma en la mano, cuando noté que había encima de la mesa un sobre, por cuyos cuatro cantos corría un ancho filete negro en señal de luto; estaba cerrado con lacre, que brillaba sobre el papel como un boton de azabache. Examiné el sello estampado en el lacre, y no contenía cifra ni escudo alguno; esta carta me la habían dirigido por el correo interior. Pasé mentalmente lista á todos mis amigos, y ninguno estaba de luto; tampoco me era conocida la letra del sobrescrito. La mejor manera de salir de dudas era rasgar el sobre y ver lo que contenía, y así lo hice. Desdoblé el plieguecillo de papel que iba dentro, y con gran sorpresa leí lo siguiente:

COPIA DE UNA CARTA DIRIGIDA POR MAGDALENA
Á LUISA.

«Roma, 6 de Mayo de 186.....»

»Por supuesto, que no tiene perdón de Dios, haberme condenado por espacio de dos meses mortales á ignorar lo que en este momento acabo de saber; y como quiero ser

justa con todos, tampoco me perdono á mí misma la ceguedad y la torpeza que ha oscurecido mis ojos y extraviado mi entendimiento. Repaso en este instante todos los pormenores de nuestro encuentro y todos los detalles de nuestra conversacion, y me golpeo la frente, exclamando: «Ciega, ciega; » torpe, torpe.» Sí, noble amiga mia; ahora, que todo lo sé, porque todo me lo han dicho, es cuando todo lo veo, cuando lo comprendo todo. Y V. tambien, ¿por qué no se explicó más claramente? ¿Quiso V. poner á prueba su paciencia, sufriendo con humilde resignacion mis acerbadas palabras, mis crueles suposiciones? Muy santo y muy bueno. La humildad es la virtud de las almas fuertes, es la primera de las virtudes, es el heroismo; pero no debió V. dejarme entregada á la estúpida obcecacion de mi soberbia. Debíó usted haberme dicho: «Insensata, tienes ojos » y no ves, tienes oidos y no oyes. La des- » ventura ha endurecido tu corazon hasta el » punto de no comprender el noble móvil de » mi conducta, el generoso objeto de mis de- » signios. No mereces el sacrificio que he ve-

»nidó á ofrecerte, ni la bondad con que te » he buscado para consolarte.» Esto y muchas cosas más debió V. haberme dicho, porque todo eso es lo que merezco. Ya ve V. que hoy me encuentro dispuesta á reñir con todo el mundo, hasta con V., pues estoy muy descontenta de mí misma, muy enojada conmigo. Y sin embargo, hoy..... Mas no adelantemos las cosas; ellas vendrán á su tiempo. Vamos por partes.

» Me dejó V. de repente, y la vi salir sin saber qué pensar de tan precipitada fuga. Ahora comprendo la sublime intencion de aquel reto que V. me dirigió, diciéndome: «Somos rivales, dos rivales implacables; pues » bien, verémos quién vence.» Con esas palabras quiso V. incitarme á la lucha para proporcionarme más fácilmente el triunfo; pero entónces me reí de su provocacion y creí que estaba V. loca. Esto deben pensar de los demas todos los que pierden el juicio. Despues medité y temí. Temí el último golpe de mi suerte. Con horror lo recuerdo y lo confieso: temí que Miguel renunciára á quitarse la vida. ¡Oh! preferia su muerte

á su olvido. ¡Ay, Marquesa, qué indigna soy, ó más bien era entónces, del tierno afecto que V. me profesa!

»Agitado mi espíritu por encontradas y diversas imaginaciones, me hallaba sumergida en dolorosa incertidumbre. Yo nada podía hacer, nada quería hacer; pero él, ¿qué haría?

»En esto entró Mari y me anunció la visita más inesperada que he recibido en mi vida: era la suya, era él. «Magdalena, me dijo, eres para mí corazón la misma que yo vi por primera vez, aquella criatura inocente que me sonreía desde la ventana del cuarto piso.» Yo tuve que tomar aliento para contestarle, y por lo mismo que me sentía débil contesté con firmeza: «Imposible.»—No hay fuerza en el mundo, me replicó, que me separe tí.»—Nunca, grité, animada por el valor que me infundía el miedo de parecer débil. Nunca; pesa sobre mí una desgracia, que jamás partiré con V.» Al oír estas palabras se irguió; creí que iba á aceptarlas y temblé; pero hé aquí lo que me dijo: «Sería el más cobarde de los hombres

»si yo, causa principal de tu desdicha, te abandonára en ella. Tú no puedes impedirme que repare el mal que te he causado.» No supe qué contestar, y comprendí que prolongar aquella lucha era dejarme vencer, y apelé al primer recurso que encontré á mano. «Me siento mal, le dije; necesito tranquilizar mi espíritu, excesivamente agitado, y V. necesita también pensar despacio el temerario arranque de su resolución.» Quisiera retirarme.» No tuve necesidad de insistir, pues inmediatamente se alejó, diciéndome: «Mi resolución es irrevocable.» En cuanto calculé que habría cruzado la puerta de la verja, subí á las habitaciones de Lord Walbrook. El honorable señor leía tranquilamente el *Times*; es lo único que lee, y se comprende por qué lo lee todo. Al verme, alzó los ojos y me miró con rostro sumamente complacido, y poniéndose de pie, me dijo: «Venis en ocasión oportuna; soy feliz, y quiero complaceros en cuanto me pidais.» «¡Ah, Milord! exclamé; esa alegría me aterra. ¿Habeis encontrado ya la muerte original y extraordinaria que hace tanto tiem-

po buskais?» Nublóse la frente de Lord Walbrook, y movió la cabeza, contestándome : «No, aún no; eso es más difícil; pero entre tanto, poseo á *Bel-Khrer*, *Chareb er" eh*, el tipo más correcto de caballo que pisa la tierra, sangre árabe pura, de la raza de Haymur, que tiene ademas sobre todos los caballos del mundo el mérito singularísimo de haber vencido á Ofelia. Soy dichoso; decidme, pues, lo que quereis.—Quiero, le contesté, salir inmediatamente de Madrid.—¿Y qué quiere decir *inmediatamente*?, me preguntó. «Inmediatamente, quiere decir, esta misma noche.—Es lo mismo; saldremos.—No basta, añadí yo, que salgamos; es preciso, ademas, que este viaje sea un secreto.» Entónces me preguntó : «¿Puedo yo saber la causa de tanta precipitacion y de tanto sigilo?—Sí, le contesté; si no se hace así, os exponéis á perder para siempre á vuestro tipo predilecto.»

»Habría sucumbido en una segunda conferencia, y quise huir; el mismo amor que me hacia débil me hacia fuerte. En efecto, aquella noche salimos, y no paramos hasta

París. Durante el viaje me pregunté un millon de veces : ¿qué efecto le causará mi desaparicion? Iba contenta, orgullosa de mi valor. Me encerré en mi cuarto, y sólo encontraba consuelo en los dolores de mis recuerdos. ¿Qué cosa tan singular es nuestro corazón! sondeándole llegué á presumir algunas veces que habia huido porque me siguiera. Temia verlo aparecer, y me desesperaba porque no aparecia.

»Una mañana oí su voz y dí un grito. Hablaba con Lord Walbrook en una habitacion inmediata á la mia, y Mari me anunció esta doble visita. Él entró diciendo : «Sí, Milord, mi resolucion es irrevocable y me he propuesto seguiros hasta el fin del mundo; ya conoceis el motivo que me mueve á ello, pues os he contado toda la historia.» Lord Walbrook le contestó : «No puedo en rigor oponerme á que nos sigais; vuestra obstinacion es digna de un inglés y la respeto. Ademas, os debo á *Bel-Khrer*, y no puedo cerraros las puertas de mi casa.»

»Luégo que pude dominar la primera sorpresa, me sentí más animosa y formé una

resolucion heroica: afrontar los peligros y defenderme; huir era difícil, y además era una cobardía.

» Poco tardé en convencerme de que mi ánimo era mayor que mis fuerzas. He fingido alegría, indiferencia, hasta fastidio, y todo ha sido inútil. Al fin le dije: «No puedo hacerlo á V. dichoso. Es V. demasiado generoso y demasiado noble para que yo abuse de su generosidad y de su nobleza.» Hé aquí su respuesta: «Crees que no puedes hacerme dichoso, y te obstinas en hacerme desgraciado; respeto tu resolucion, pero insisto.»

» Marquesa, yo sola no podia defenderme, y resolví hacer el último esfuerzo. Propuse un viaje á Italia, que fué aceptado, y llegamos á Roma. Aquí descubrí mi propósito, declarando que estaba resuelta á encerrarme en un convento. Lord Walbrook levantó los ojos asombrados como si el techo se desplomara sobre su frente; y él bajó la cabeza y permaneció silencioso. «¿Qué decis á eso?», le preguntó Lord Walbrook.—«Nada», contestó. Desde aquel día empecé á disponerme

para pronunciar los primeros votos. Lord Walbrook estaba desesperado, Lanuza triste y yo resuelta.

» Era preciso preparar mi espíritu con ejercicios de penitencia, que fortificáran mi vocacion y alentáran mi humildad. Hice mi primera confesion, porque.... ¡ay Marquesa! no habia confesado ninguna vez. Mi buen padre murió ántes que yo cumpliera diez años, y Juana no me habló jamas de semejante cosa. Ya sabe V. quién es Juana. ¡Infeliz! su hijo es su castigo. Mi confesion fué muy larga, y me levanté de los piés del confesor como deslumbrada, como si de repente hubiera pasado de una oscuridad extrema á un foco de luz vivísima. Habia sentido primero el frio dolor que debe experimentarse cuando el cirujano sondea la herida, y luego la suave sensacion que produce el bálsamo que empieza á curarla.

» ¿No habeis visto algunas veces, á la caída de la tarde, irse sonrosando las nubes conforme los reflejos del sol las van iluminando? Yo lo veia muchas veces con infantil curiosidad desde la ventana de la humilde casa de

mi padre; pues del mismo modo se van sonrosando por los resplandores de la verdad las nubes que oscurecían mi alma. Siento en mi espíritu algo..... así como si amaneciera, y todo se ha transformado á mi vista. Pero vamos al caso.

» Tenía impaciencia por esconder mi vida en la paz del claustro; mas mi confesor iba muy suavemente alargando el plazo de mi entrada en el convento, y ántes de ayer le supliqué que no pusiera más dilaciones. Se sonrió al oír mi súplica, y me dijo: «Muy bien; mañana daréis el último adiós al mundo.» En efecto, ayer vino á buscarme para conducirme al convento que ya habia yo elegido y habia visitado muchas veces. Lord Walbrook y Miguel acudieron á mi cuarto á despedirme, porque mi confesor dispuso que allí debia ser la última despedida. Yo no me atrevia á levantar los ojos del suelo, pero los vi á los dos; Lord Walbrook impassible, pues habia convenido consigo mismo en que mi resolución era una excentricidad, y por lo tanto, respetable. Lanuza mostraba sereno el semblante, pero me pareció

horriblemente pálido. Mari á mi espalda sollozaba como una niña. Me acerqué á Lord Walbrook, le cogí la mano, me arrodillé á sus piés y le dije: «Milord, os debo mucho; os debo más que la vida, os debo la virtud, que á vuestro amparo he podido conservar.» ¿Qué hubiera sido de mí si vos no me hubierais recogido y no me hubierais tratado casi como un padre? Os debo toda la gratitud de mi corazón; mi memoria está llena de vuestros beneficios, y si Dios se digna oír mis oraciones, abriréis los ojos á la verdadera luz y encontraréis la muerte más bella, la muerte del justo.» Dije esto, le besé la mano, y tuve que hacer un grandísimo esfuerzo para levantarme. Entónces me volví hácia el otro; quise decir «Lanuza», pero mis labios rebeldes pronunciaron el nombre de Miguel. «Miguel, dije, olvídeme V. Yo también, añadí con voz balbuciente, haré.....» no pude seguir, porque un sollozo anudó mi garganta. Mari prorumpió en lamentos y mi confesor acudió á sostenerme, creyendo que desfallecía. «Vamos, me dijo, las lágrimas desahogan el corazón, y cuando

» Dios las envía á los ojos es para que salgan ;
 » llorad, hija mia, llorad.» Estas palabras rompieron el dique que contenía mi llanto, y lloré á mares, y al traves de mis lágrimas vi que llorábamos todos. Mi confesor enjugó las suyas, diciendo: «Dios no quiere ni la
 » más ligera sombra de orgullo en los sacrificios que se le ofrecen. La humildad consiste sobre todo en la sumision voluntaria
 » á sus sabios designios. Y en este momento
 » supremo yo os pregunto, hija mia: ¿Son
 » los votos temerarios de un corazon orgulloso, ó los sencillos votos de un corazon
 » resignado y tranquilo, los que vais á pronunciar?» Estas palabras, articuladas con severa dulzura, pesaron sobre mi conciencia de tal modo, que me hicieron caer de rodillas, exclamando: «Perdon, perdon.» Alzóme el venerable sacerdote, cuya austera túnica de parda estameña aumentaba la bondad de su rostro, y sonrió diciendo: «Podemos
 » engañarnos á nosotros mismos, y nos engañamos muchas veces, pero á Dios no es
 » posible engañarlo nunca.» Y volviéndose á Miguel, que permanecía inmóvil como una

estatua, le tendió la mano y le dijo: «Cabalero, V. lo deseaba y Dios lo quiere.»

» Todo esto sucedió ayer, y hoy mismo le escribo á V., porque hoy mismo me ha contado Miguel la visita que V. le hizo, la conversacion que tuvieron y la resolucion que adoptaron. Ha cumplido su palabra y su promesa: su palabra, de no contarme nada hasta que fuéramos dichosos. Su promesa..... espere V. un momento. — Continúo. — Su promesa de alcanzarle á V. el perdon que de mí deseaba. Marquesa, está V. perdonada. Me he interrumpido para arrodillarme. El perdon que le envío lo he escrito de rodillas. ¡Dichosa desgracia la que á V. le debo! Hay una felicidad mayor que la felicidad misma, que consiste en proporcionarla; quiero decir, que el bien que se hace es el verdadero bien que se disfruta en la tierra. ¡Ay, Marquesa, ahora sí que no podrá V. deshacerse nunca de mi envidia.

» Léale V. esta carta á la señora Gertrúdis, porque creo que es el más afectuoso abrazo que puedo enviarle.

» Lord Walbrook habla mucho con el pa-

rácter más creíble. Y ahora caigo en la cuenta de que hubieran sido inútiles mis consejos, pues precisamente toda su ambición se funda en ser un personaje extraordinario, singular, único, increíble, y hubiera preferido dejar de ser inglés á dejar de ser inverosímil. Hay, pues, que creerlo ó matarlo.

Por lo que hace á *Bel-Khrer*, respondo de la autenticidad de su mérito, de la inteligencia de su instinto, de su ilustre origen y de la verdad de su historia.

Por último, aquellos á quienes ocurran dudas que no acierten á explicarse, y deseen salir de ellas, pueden consultarme, seguros de que les facilitaré cuantas noticias necesiten.

Dejo aquí terminada LA MANZANA DE ORO. Voy á proseguir otra que tengo empezada, y que deberá titularse *El Angel de la Guarda*. Dios ponga tiento en mis manos.

FIN.

INDICE

DE LOS CAPÍTULOS DEL LIBRO SEXTO.

	Páginas.
CAPÍTULO PRIMERO.—Vamos á ver cómo las paredes oyen.	5
CAP. II.—La primera escaramuza.	27
CAP. III.—Ni amante ni cómplice.	57
CAP. IV.—El retrato.	81
CAP. V.—Batalla campal.	109
CAP. VI.—El manuscrito.	137
CAP. VII.—Las dos rivales.	179
CAP. VIII.—El testamento.	203
CAP. IX.—Conclusion.	227

FIN DEL ÍNDICE.

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

rácter más creíble. Y ahora caigo en la cuenta de que hubieran sido inútiles mis consejos, pues precisamente toda su ambición se funda en ser un personaje extraordinario, singular, único, increíble, y hubiera preferido dejar de ser inglés á dejar de ser inverosímil. Hay, pues, que creerlo ó matarlo.

Por lo que hace á *Bel-Khrer*, respondo de la autenticidad de su mérito, de la inteligencia de su instinto, de su ilustre origen y de la verdad de su historia.

Por último, aquellos á quienes ocurran dudas que no acierten á explicarse, y deseen salir de ellas, pueden consultarme, seguros de que les facilitaré cuantas noticias necesiten.

Dejo aquí terminada LA MANZANA DE ORO. Voy á proseguir otra que tengo empezada, y que deberá titularse *El Angel de la Guarda*. Dios ponga tiento en mis manos.

FIN.

INDICE

DE LOS CAPÍTULOS DEL LIBRO SEXTO.

	Páginas.
CAPÍTULO PRIMERO.—Vamos á ver cómo las paredes oyen.	5
CAP. II.—La primera escaramuza.	27
CAP. III.—Ni amante ni cómplice.	57
CAP. IV.—El retrato.	81
CAP. V.—Batalla campal.	109
CAP. VI.—El manuscrito.	137
CAP. VII.—Las dos rivales.	179
CAP. VIII.—El testamento.	203
CAP. IX.—Conclusion.	227

FIN DEL ÍNDICE.

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

